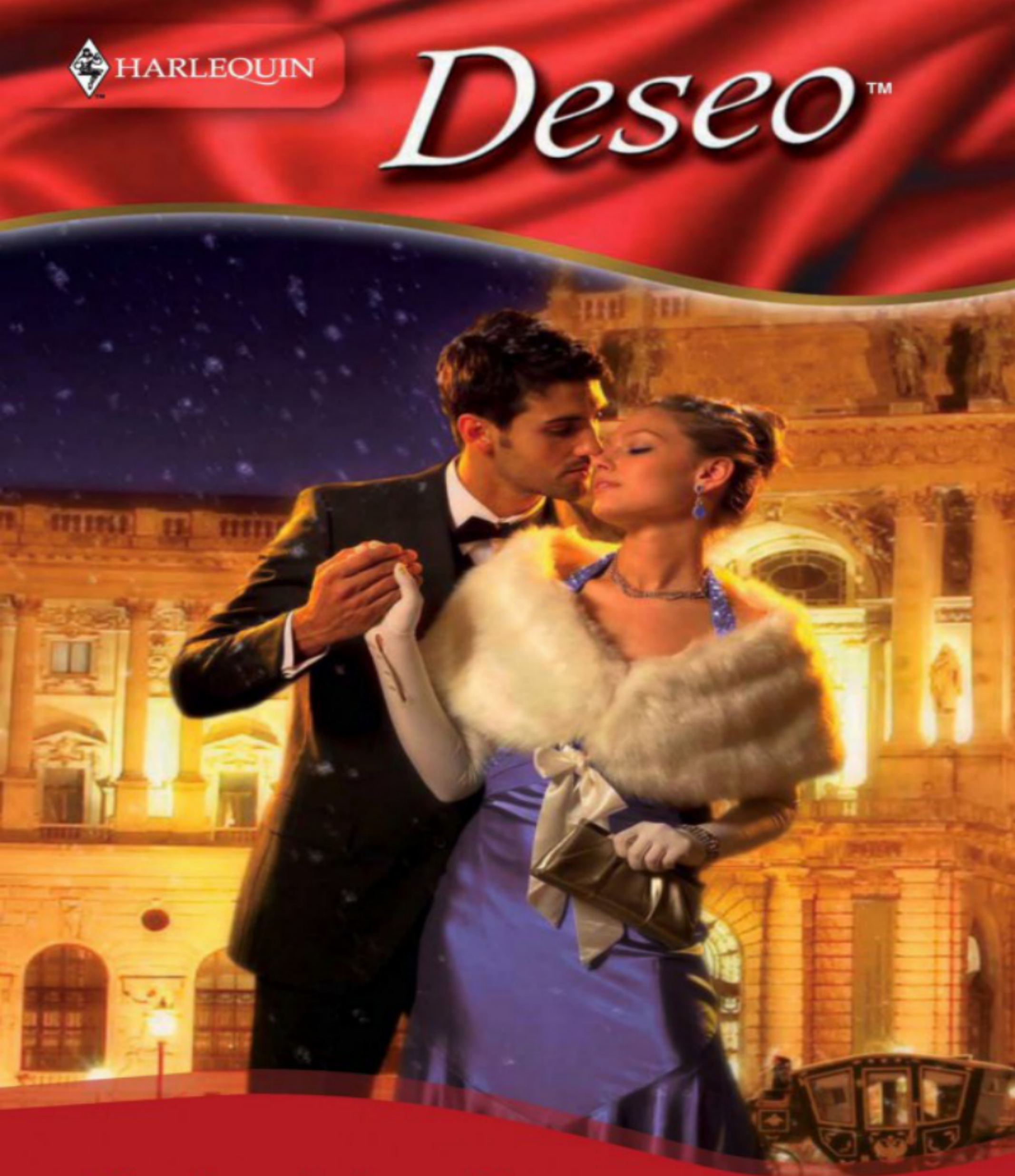

HARLEQUIN
Deseo™
El calor de la pasión
JAN COLLEY

El calor de la pasión

Jan Colley

2º Los hermanos Thorne

El calor de la pasión (2010)
Título Original: His Vienna Christmas bride (2009)
Serie: **2º Los hermanos Thorne**
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: **Deseo 1748**
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Adam Thorne y Jasmine Cooper

Argumento:

El compromiso era una farsa, un plan desesperado de Jasmine Cooper para apaciguar a su padre moribundo y evitar el escándalo en la familia.

El playboy y lince de las finanzas Adam Thorne sabía reconocer una oportunidad cuando la veía. Lo único mayor que su ambición era su orgullo, y Jasmine lo había herido en una ocasión, así que aceptaría la propuesta de la que una vez fue su amante… vengándose de paso y sacando un buen beneficio. Pero, ¿flaquearía esa venganza tan bien planeada ante la pasión que los aguardaba?

Capítulo 1

«Vaya, vaya», pensó Adam Thorne recostado en su silla mientras observaba a la mujer que acababa de entrar en la oficina. Mahoma había ido a la montaña.

El pecho se le expandió de satisfacción. Esa mujer le había dado con la puerta en las narices un mes antes, tras una mágica noche de pasión, pero ahí estaba en carne y hueso en su oficina de Londres. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por reprimir una sonrisa. Más le valía estar dispuesta a arrastrarse. No era un hombre acostumbrado a promesas huecas.

—Hola, Adam.

Tomándose su tiempo, arrojó por última vez al aire el balón de *rugby* que tenía en las manos y lo atrapó al tiempo que se ponía de pie.

—¿No deberías estar a veinte mil kilómetros de aquí trabajando para mi hermano mayor?

Jasmine Cooper, la ayudante personal de su hermano, Nick, era de origen inglés, aunque residía en Wellington, Nueva Zelanda. Fría y elegante, era sin duda la hembra más fascinante de su extenso catálogo privado.

—Me quedaban unos días de vacaciones.

Adam se irguió cuan alto era y rodeó la mesa mientras lanzaba el balón a una caja.

Ella se acercó al tiempo que se desabrochaba el largo abrigo, permitiéndole deleitarse contemplándola. Como de costumbre iba impecablemente vestida con un traje de lana color azul marino cuya severidad era contrarrestada por un jersey amarillo y los tacones de diez centímetros a los que tan aficionada era. Largos años de baile de salón le habían moldeado las larguísimas piernas. Adam sintió una descarga de salvaje deseo en su interior y sus dedos ardieron al recordar el tacto de esas sedosas piernas, firmes y fuertes, enroscadas alrededor de sus caderas mientras le acariciaba con las suaves manos…

—¿Me permites tu abrigo?

Extendió una mano mientras ella se quitaba el abrigo y miraba a su alrededor con curiosidad. El despacho parecía el escenario de un bombardeo. Era su último día como socio minoritario de la firma de agentes de bolsa Croft, Croft and Bayley. Con el nuevo año, inauguraría su propia empresa, de naturaleza muy distinta.

—¿Y a qué debo este inesperado placer? —dijo él mientras colgaba el abrigo de un perchero y le indicaba con la mano que tomara asiento.

Ella se pasó una elegante mano por los oscuros cabellos

recogidos, como de costumbre, en una coleta. A Adam le gustaban más sueltos, haciéndole cosquillas en el pecho mientras, sentada a horcajadas sobre él, le besaba en los labios. Había descubierto que los ojos almendrados pasaban del color gris al azul en función del grado de excitación.

Tenía un aspecto elegante y formal, la fiel representación de la beldad inglesa de mejillas cremosas y sonrosadas, apenas maquillada y con un cálido toque de carmín en los deliciosos labios. Era la imagen que lo había atormentado durante las últimas semanas y volvió a recordar esos ojos teñidos de pasión mientras las cortas y cuidadas uñas se clavaban en su carne y lo urgían a seguir. También recordó los pequeños y desesperados jadeos previos al estallido del orgasmo por los que, no le cabía duda, la señorita Cooper se sentiría mortificada después.

Lástima que lo hubiera estropeado todo. Aún le desagradaba recordar el modo en que lo había tratado después. Había necesitado seis citas para llevársela a la cama, estimulado por la determinación de ella de no ser otra muesca más en el concurrido cabecero de la cama. Había insistido porque estaba de vacaciones, disfrutando de un tiempo para sí mismo y porque le agradaba su compañía más de lo esperado, considerando que no se parecía en nada a las mujeres con las que solía salir. Si tenía un tipo de mujer, desde luego no era Jasmine Cooper.

¡Qué demonios! Había insistido porque ella le había dicho «no».

—Hablé con Nick la semana pasada —dijo él—. No mencionó que fueras a venir.

También había tenido que vencer el desagrado de su hermano, empeñado en mantenerlo alejado de su ayudante, hasta el punto de llegar a decirle que una mujer como Jasmine no le daría ni la hora.

Si había algo a lo que no podía resistirse era a un desafío. No obstante, su hermano había tenido razón en parte. Tras una increíble noche de salvaje pasión, ella le había mostrado la puerta. Había estado ansiosa por perderlo de vista. Quizás le consideraba un paréntesis en su impecable trayectoria, o temía que él fuera poco discreto y se lo contara a su jefe.

Él era un maestro de la informalidad, pero al menos lo hacía con encanto y buenos modales. Esa mujer tan elegante tendría un aspecto de lo más culto con ese refinado acento que no desentonaría en el castillo de Windsor, pero había hecho mella en su habitualmente sólida autoestima, y eso no le gustaba nada.

En esos momentos estaba sentada delante de él con las manos fuertemente entrelazadas sobre el regazo. Un segundo vistazo le mostró hasta qué punto: los nudillos estaban blancos. Una interesante demostración de nervios.

—Suelo venir en Navidad.

Lógico. Era Nochebuena y ella era inglesa, y seguramente tenía familia en el país. Pero ¿por qué molestarse en ir a verlo cuando semanas antes parecía no poder esperar para deshacerse de él?

—¿Y daba la casualidad de que pasabas por aquí? —preguntó él secamente.

—No exactamente —el rostro de ella se dulcificó.

Jasmine era mujer de pocas palabras. Bien educada y con clase, de su boca nunca escapaba nada indebido, aunque él recordaba un par de ocasiones en que esa misma boca había hecho cosas que le habían causado toda clase de placeres. De inmediato se sintió excitado como un adolescente y decidió colocarse tras el escritorio. Desde su vuelta de Nuera Zelanda había trabajado veinte horas al día para dejar bien atadas las cosas en la firma, buscar inversores y organizar su nuevo trabajo. Desde su vuelta no había tenido ni una cita. Las jovencitas londinenses que frecuentaban su círculo no habían tenido mucho éxito con él, pero eso, se dijo, no tenía nada que ver con la dificultad que experimentaba para despejar su mente de la imagen de cierta joven en particular. Si alguna vez pensaba en Jasmine Cooper, era tan sólo porque ella le había fastidiado.

—Necesito pedirte un favor —dijo ella mirándolo fijamente a los ojos.

Adam alzó una ceja. Eso sí que era bueno. Él también le había pedido un favor, uno que marcaría una enorme diferencia para el éxito de su nuevo negocio. Ella había prometido ayudar, pero cada vez que la había telefoneado desde Londres, le había dado largas.

¿Qué podría necesitar de él? ¿Su cuerpo? La seductora idea cruzó por su mente. Estaría encantado de ayudarla, pero primero le enseñaría algunos modales para la mañana después. No estaba bien tener a tu amante a tu merced y echarlo de casa sin siquiera una taza de café.

—Entiendo. ¿Soy yo el único o tú también has captado la ironía del asunto?

Por primera vez, ella tuvo el detalle de parecer algo incómoda. No mucho, tan sólo un ligero destello en su mirada y un leve carraspeo. A su hermano, Nick, le encantaba presumir de tener la mejor ayudante personal del país: extremadamente eficiente, mucho más que profesional, sin perder jamás la compostura. Pero Adam poseía el secreto para deshacer esa compostura. Sólo tenía que acercarse un poco más para comprobar el efecto que ejercía sobre ella.

Se apoyó en el extremo del escritorio, justo enfrente de ella.

—Si acaso te parecí algo distante tras… —empezó ella.

—¿Tras nuestra inolvidable noche juntos? —él mantuvo la ceja

enarcada y los ojos fijos en los suyos. Quería una disculpa.

Ella tragó con dificultad y Adam sonrió al percibir el ligero rubor que asomaba a sus mejillas.

—Te pido disculpas —dijo ella con solemnidad—. Me temo que no tengo mucha experiencia en estas cosas.

—Uno de los detalles más encantadores e inolvidables de aquella noche —dijo Adam, totalmente en serio. Para ser una mujer e la mitad de la veintena, era seductoramente tímida e inexperta—. ¿Acaso no te resultó satisfactorio? —sabía que la pregunta la incomodaría, y sabía que había quedado satisfecha en unas cuantas ocasiones.

Ella se sonrojó aún más y resultó evidente que se estaba mordiendo la mejilla por dentro.

—Lo siento mucho, Adam —contestó con sinceridad—. Fue una noche especial, una que jamás olvidaré.

Adam le sostuvo la mirada unos segundos más antes de asentir. No se merecía menos, y la disculpa parecía sincera. Poco a poco sintió que su enfado se disipaba. Además, la pelota estaba en su campo. Ella había acudido a él. Y él deseaba lo que sólo ella podía proporcionarle.

—¿Qué puedo hacer por ti, Jasmine? —al parecer, ella también lo deseaba. De lo contrario, ¿qué hacía allí? Se inclinó ligeramente hacia atrás para darle un poco más de espacio. Luego se cruzó de brazos, sintiéndose intrigado una vez recuperado el orgullo.

—Quiero que celebres la Navidad conmigo en la propiedad de mi familia en Lincolnshire —contestó ella—. Como mi prometido.

Durante el silencio que siguió, Jasmine se obligó a mantener la vista fija en el atractivo rostro del hombre que tenía delante. Debía conservar la calma y el control, comportarse como si fuera una petición sin importancia y no la cosa más descabellada que hubiera hecho jamás.

La frente del masculino y bien afeitado rostro se arrugó de sorpresa. Los ojos color caramelo estaban desmesuradamente abiertos. Normalmente huía de la estudiada barba de dos días y las patillas de diseño, pero en cuanto conoció a Adam Thorne, *playboy* de altos vuelos y, según su avergonzado hermano, un seductor profesional, se sintió encandilada. Un cuerpo digno de un modelo, alto y fornido, y sumamente atractivo vestido con trajes de diseño y camisas abiertas a la última moda.

Sin embargo, no quedaba ni rastro de la arrebatadora sonrisa. Los carnosos labios estaban fruncidos y la miraba fijamente. Cielo santo, ¿cómo se le había ocurrido soltarlo así sin más? Debería haber preparado el terreno.

Jasmine se mordió el labio y echó la culpa al largo vuelo que parecía haber nublado su cerebro haciendo que se sintiera físicamente

disminuida. Por algún motivo, semanas atrás, ese hombre tan interesante y *sexy* la había encontrado atractiva. Pero en esos momentos se sentía tan aburrida y gris como el día de invierno en que estaban.

—Quizás debería explicarme un poco mejor.

Ella jamás le había dado a Adam o a Nick, o a nadie, ningún detalle sobre su familia. De ese modo resultaba más sencillo eludir las relaciones, evitar acercarse a las personas. Cinco años atrás, había huido de Inglaterra para escapar de su pasado.

La mañana después de que se hubieran acostado juntos, Adam le había preguntado sobre un artículo de una revista que había recortado y dejado sobre la mesilla de noche. Había estado distraída admirando el desnudo torso del hombre, la prolongada línea de la columna, la longitud y hermosa fluidez de las largas piernas. Distraída, sobre todo, por la novedad de tener a un espléndido hombre paseándose desnudo por su habitación.

—Es mi tío —respondió antes de darse cuenta del peligro de la situación. Adam vivía en Londres. Podría haber oído algo. Podría mencionárselo a Nick. No lo soportaría si sus escasos amigos y colegas de Nueva Zelanda descubrían las complicadas circunstancias en que había transcurrido su vida.

Había sufrido un ataque de pánico y apenas le oyó decir que llevaba dos meses persiguiendo al gran Stewart Cooper, el protagonista del artículo, y que quizás ella podría presentárselo.

—Sí, seguramente —había contestado al tiempo que le arrojaba los pantalones y la camisa con la excusa de que se le hacía tarde, que lo sentía, y que le deseaba un buen viaje de regreso a Londres y gracias por todo. Prácticamente le había cerrado la puerta mientras le daba un beso de despedida, llena de remordimientos porque había sido la mejor noche de su vida y acababa de estropearla.

Sin embargo, no le había preocupado demasiado. Era poco probable que Adam Thorne la recordara. Y ésa era una de las razones por las que había cedido, eso y el hecho de que volvería a Londres en un par de días.

Él le había telefoneado varias veces, pero había conseguido mostrarse fría y ambigua y, tras un par de llamadas más, dejó de preguntarle por el aspecto de su jardín, si había bailado últimamente y si su hermano Nick le hacía trabajar demasiado. Sólo le preguntaba por su tío, a lo cual ella siempre contestaba que estaba demasiado ocupada para hablar y que no había podido contactar con él. Se sentía fatal, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Jamás había visto a su tío. Ni lo había deseado, por culpa de la enemistad existente entre él y su padre. Según su padre, él tampoco había deseado nunca conocerla. En realidad le había hecho un favor a Adam. Stewart Cooper, el huraño

multimillonario, seguramente no accedería jamás a concederle una entrevista si supiera que era amigo de Jasmine.

—En primer lugar —ella intentaba no darle más detalles de los que necesitaba conocer—, mi nombre no es Jasmine, sino Jane.

Adam frunció los labios y ella casi sonrió al verle vocalizar un par de veces el nombre, como si estuviera comprobando el efecto.

—No me gusta, lo siento —él sacudió la cabeza.

—No lo he cambiado oficialmente —dijo ella mientras sacaba la cartera del bolso y le mostraba el pasaporte—. En mi pasaporte y documentos oficiales sigo siendo Jane.

—Jasmine te va mejor —insistió él mientras consultaba el pasaporte que ella le mostraba.

—Mi padre es un abogado jubilado, *sir* Nigel Cooper —ella lo miró expectante mientras se preguntaba si el nombre suscitaría alguna reacción en él.

Adam volvió a sacudir la cabeza.

Aliviada, suspiró sin interrumpir el contacto visual. No había oído hablar de su padre, ni de ella. Costaba creerlo, pero, por otro lado era lógico puesto que sólo llevaba cuatro años en Londres y había aterrizado en aquella ciudad más de un año después del escándalo que había hecho que el nombre de Jane Cooper fuera casi tan famoso como el de *lady* Di, y no por primera vez.

—Él y mi madrastra viven en Pembleton Estate. Se trata de una propiedad de ochocientas hectáreas en Lincolnshire. Parte de la mansión señorial está abierta al público —de nuevo, Adam pareció no dar señales de reconocimiento, pero tampoco esperaba que le interesaran las casas señoriales de Inglaterra—. Mi padre —llegaba la parte más difícil—, necesita un heredero masculino, un hijo o nieto que pueda conservar la propiedad. Dado que mi hermano mayor falleció siendo un bebé, mi padre siempre ha soñado con mi matrimonio.

—¿Te refieres a algo así como un matrimonio concertado? —preguntó Adam mientras se inclinaba hacia atrás y cruzaba las piernas—. ¿Todavía se hacen esas cosas?

—Tenía la esperanza de que me dejara cuidar de mí misma —dijo ella secamente—. En cualquier caso, recientemente le han diagnosticado un tumor cerebral. Me temo que está muy avanzado —el tumor era de crecimiento lento, pero su padre había ignorado los síntomas durante demasiado tiempo. Le atormentaba la idea de que, si hubiera estado a su lado, a lo mejor habría detectado algún síntoma antes, o habría insistido en que acudiera a sus revisiones médicas.

Adam pronunció las habituales palabras de consuelo.

—Nuestro vecino —Jasmine le explicó que su padre incluso

había elegido al candidato—. Es un viejo amigo mío del colegio.

—El príncipe malvado —murmuró Adam.

—No lo es —sonrió ella—. Es muy agradable, pero no tengo ninguna intención de casarme con él.

Era consciente de lo raro que debía de parecerle aquello a alguien que no se hubiera criado en el ambiente de la alta sociedad de Inglaterra, con su historia y tradiciones aún vivas y gozando de buena salud en las mansiones de la campiña.

—Será una visita bastante emotiva —Jasmine bajó la vista a sus manos—. Seguramente la última Navidad de mi padre. Yo… —dejó escapar el aire. Se sentía como una cría. Lo mejor era acabar cuanto antes. Y, ¿quién sabía? A lo mejor a Adam aquello le parecía divertido.

Pero no lo era. Durante toda su vida había defraudado a su padre. Tan sólo quería agradarle una vez, y quedarse con el recuerdo de haberlo hecho.

—Me temo que hace un par de meses le conté una mentira. Le dije que ya estaba prometida.

—Y ahí es donde entro yo en escena —de repente, él se inclinó hacia delante y la miró fijamente a los ojos—. Por cierto, ¿por qué yo?

«Porque ignoras mi pasado», pensó ella. «Porque me siento culpable por el modo en que te traté. Porque deseaba verte de nuevo…».

—No conozco a muchos hombres —confesó. Al menos no a muchos que no sintieran pena por ella o la consideraran objeto de burlas.

—¿Y cuando tu padre te pregunte por la boda, dónde viviremos y por el sonido de pequeños pasitos por la casa?

—Le contestaremos con ambigüedades —dijo ella con seguridad —. Mi padre y yo no coincidimos en muchas cosas —en realidad, en casi nada—. Nuestra relación es bastante distante. Me siento muy unida a mi madrastra, Gill. Puede que ella haga algunas preguntas, aunque seguramente no delante de él. Es muy discreta.

Adam no había apartado los ojos de ella. Secretamente, cruzó los dedos de las manos y los pies, consciente de que había muchas preguntas por responder. Necesitaba un plan. Había pensado en telefonearle, pero al final había albergado la esperanza de que un ataque por sorpresa proporcionara mejores resultados.

Aún sin sonreír, él la estudió con detenimiento. Si pudiera atrasar el tiempo hasta aquella mañana, o al menos hasta las llamadas telefónicas que siguieron… Adam solía mirarla así.

Sin embargo, lo que no había cambiado era su costumbre de moverse demasiado cerca. Hubiera preferido que estuviera sentado

tras el escritorio y no encima de él.

—¿Estará tu tío presente en esta reunión familiar navideña? —como si le hubiera leído la mente, Adam se irguió un poco.

—No —era una pregunta esperada y, en el esquema de las cosas, el aspecto más importante—. Mi padre y él han discutido y sería mejor no hacer ninguna mención a este hecho —a pesar de la enfermedad, el rugido de *sir* Nigel se oiría en todo Lincolnshire si alguien se atreviera a nombrar a su némesis particular en su presencia—. Ya que probablemente se trate de su última Navidad —dulcificó la voz en un intento de suscitar simpatía—, odio la idea de disgustarle.

Los agudos ojos de Adam buscaron su rostro. Ella sostuvo su mirada a la espera de una respuesta.

—Un favor de tal magnitud —dijo él pausadamente—, y considerando el hecho de que ya tenía planes para Navidad…

—¿En serio?

—Yo siempre tengo planes, Jasmine —Adam sonrió, pero no había calidez en su sonrisa—. ¿Hay algún motivo por el que debería dedicarme a ti cuando prácticamente me echaste de tu casa hace unas pocas semanas?

—Pensé que éramos amigos —no es que se muriera por tener amigos, pero sí había disfrutado cada segundo en compañía de Adam, haciendo cosas que jamás había hecho antes, como esquivar sus intentos de llevársela a la cama.

Jasmine se recordó que los amigos, como norma, no solían disfrutar de un sexo tórrido y pleno en casi todas las habitaciones de la casa. Aunque increíble, la experiencia le había dejado buenos, más bien geniales, recuerdos y no le importaría que Adam Thorne fuera su último amante. ¿Quién podría superarle?

Sintió un escalofrío que, a juzgar por el destello en los ojos de caramelo, no pasó desapercibido. Tragó con dificultad. No podía permitir que él adivinara los recuerdos que acababan de cruzar por su mente, ni que fuera capaz de identificar las notas de menta y naranja de su colonia. Ni que su respiración se hubiera acompasado a la suya. Ni lo malditamente atractivo que le resultaba el modo en que las masculinas cejas rozaban ligeramente ambos lados del puente de la nariz.

—Los amigos se ayudan mutuamente —murmuró él.

Ella cerró los ojos y empezó a desesperarse. Adam hablaba con la misma voz de la noche en que al fin le había convencido de que lo deseaba tanto como él a ella. «¿Por qué negarlo?», había dicho. «El sexo es una manera natural y agradable de mostrar aprecio». Esa voz había sido su perdición. Sensual, sugerente y cálida, había impregnado sus sentidos como si fuera miel. Las imágenes eróticas de la noche

compartida, de sus susurros apremiándole a hacerle cosas que jamás había pensado que sería capaz de hacer, hizo que los dedos de los píes se le encogieran de placer.

Por primera vez, a no ser que la excitación le hiciera imaginarse cosas, la mirada de Adam se suavizó un poco. Mucho. Adam Thorne sabía exactamente en qué estaba pensando.

—No lo ignoro, encantadora Jasmine —dijo él confirmándole las sospechas—. Créeme, recuerdo cada espectacular y apasionado centímetro de ti.

Jasmine contuvo la respiración en un intento de calmar su enloquecido pulso. De sus mejillas surgió un calor que inundó todo su cuerpo. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía volverla loca sin siquiera tocarla? En el trabajo solía jugar con ella, sentándose en su mesa, diciendo naderías con voz aterciopelada, mirándola con unos ojos que serían la tentación de un santo. No sabía si intentaba fastidiar a su hermano o destruir su reputación de niña buena. En cualquier caso, ejercía un poder devastador sobre ella, y lo sabía.

—Esa cuestión no está en la agenda —dijo con voz menos firme de la que le hubiera gustado emplear. ¿A cuál de los dos intentaba convencer?—. Me acosté contigo en un momento de debilidad —tenía que acabar con eso. Había otras prioridades aparte de sus egoístas deseos—. No esperaba volver a verte y no buscaba nada más.

—Pues desde luego no estoy disponible para una relación —Adam rió—, pero para formar parte de tu agenda… —alzó los dedos para dibujar unas comillas en el aire—. Lo que no veo aquí es una justa reciprocidad entre amigos.

El deseo de Jasmine se enfrió lentamente. Sabía qué buscaba de ella, pero si descubría hasta qué punto estaban enemistados su padre y su tío, dejaría de serle útil. Tenía que maquillar a su familia, al menos hasta que estuviera en la propiedad y hubiera aceptado su hospitalidad. Con suerte, sus encantos y buenos modales harían el resto.

—Lo único que pido —insistió Adam—, es que me presentes. El resto dependerá de mí.

Viendo la determinación dibujada en su rostro, Jasmine comprendió que no le bastaría con «maquillar» a la familia. Ese hombre quería algo más concreto.

Con una esperanza de vida de seis meses a un año, la felicidad de su padre era su única prioridad. No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo, pero consiguió reunir una seguridad que no sentía.

—Si haces esto por mí, te doy mi palabra de que organizaré el encuentro —dudó antes de continuar con firmeza—, después de Navidad.

—Muy bien —Adam se volvió a su lado del escritorio—. Y ahora que hemos zanjado esa cuestión, hay una cosa más…

Jasmine estaba a punto de levantarse de la silla, dispuesta a marcharse.

—Esta noche se celebra el baile de Navidad de la empresa y he estado demasiado ocupado para buscar pareja. Vendrás conmigo.

Incluso mientras aceptaba a regañadientes, ella tuvo una mala sensación. Cuanto más tiempo pasara con Adam Thorne, más desearía estar con él. Esperaba que sus buenas intenciones no la metieran en un lío.

Por otro lado, aunque había tenido unas cuantas oportunidades para sentirse mujer durante los últimos años, Adam Thorne le hacía sentir como la mujer.

Capítulo 2

Adam la recogió en un Mercedes cabriolet plateado que olía a nuevo y la llevó a un club de moda muy cerca de su hotel.

—¿Qué nombre vamos a utilizar esta noche? —preguntó él mientras esperaban a ser localizados en la lista de invitados.

—Simplemente Jasmine —de repente se le ocurrió que alguien podría reconocerla. Aquél era la clase de sitio que frecuentarían algunos de sus antiguos amigos. Miró a su alrededor con desconfianza y esperó que sus largos y oscuros cabellos se alejaran lo suficiente del estilo más descuidado que solía llevar entonces.

Se abrieron paso hasta una zona privada en la que una centena de invitados VIP de Croft, Croft and Bayley deambulaba de un lado a otro. En cuanto llegaron fueron rodeados por los compañeros de Adam que no sólo festejaban la Navidad sino también la despedida de éste de la empresa. Jasmine contempló maravillada el decorado. Las paredes mostraban lo que parecía una cascada de aguas azules hecha con líneas verticales de números.

—Muy de alta tecnología, ¿verdad? —Adam sonrió ante su cara de asombro—. Las empresas clientes pueden diseñar su propio ambiente o atmósfera, o dibujar el logotipo de su marca si son así de aburridos —le explicó que su empresa se había decidido por la descripción de una sesión de bolsa, pero también había sido testigo de otras muchas decoraciones—. Podrías venir cada noche de la semana y sentirte en un lugar diferente cada vez —sacudió la cabeza—. Me gustó tanto la idea que la compré.

—¿Eres el dueño de este club?

—Sólo de un porcentaje de la empresa multimedia que ideó el concepto —Adam negó con la cabeza.

Jasmine sabía que las ideas atrevidas e innovadoras intrigaban a aquel hombre. Ese era precisamente el catalizador de su nuevo negocio, ofrecer a las personas con talento y grandes ideas los medios y la experiencia para abrirse camino.

Aceptó una copa de champán de manos de una camarera con gorro de Papá Noel y fue presentada a demasiadas personas para poder recordarlas. Mientras Adam charlaba, uno de los socios empezó a alabar sus virtudes.

—Lo vi por primera vez en el parqué hace cuatro años. Un buen negociante debería ser un apasionado de la bolsa, pero mientras que todo el mundo corría enloquecido de un lado a otro, Adam se quedó sentado, observando, fiel a su plan. Enseguida supe que tenía que trabajar para nosotros.

A medida que la velada avanzaba, escuchó más cosas sobre la

ambición de Adam y lo mucho que había trabajado para lograr el éxito.

—El socio más joven de esta empresa —aseguró otro colega. Croft, Croft and Bayley no era la correduría de bolsa más grande de Londres, pero era una de las más antiguas y respetadas—. Le echaremos de menos, pero somos demasiado pequeños para poder albergar su ambición.

Otro de los compañeros le confesó que el nuevo proyecto de Adam era muy arriesgado, pero que «si alguien es capaz de sacarlo adelante, ése es Adam».

Tantas alabanzas le provocaron una sensación de confusión y de admiración. Hasta ese día su opinión preconcebida de Adam Thorne, basada en la media docena de citas en Nueva Zelanda, era que se trataba de un joven adinerado, *sexy* y amante de la diversión, opinión reforzada por la afirmación de su hermano de que no debía tomársele en serio.

Las formalidades de la fiesta empezaron con las felicitaciones navideñas de los socios hacia sus empleados tras lo cual siguió un discurso de despedida para Adam acompañado de los parabienes cara al nuevo y, sin duda, exitoso negocio que iba a emprender. Apartada de la multitud, Jasmine contempló la escena con pena por los demás trabajadores. Era injusto que un solo hombre acaparara tantos dones, no sólo físicos sino también de éxito. No hacía tanto tiempo que había considerado a Nick Thorne el hombre más atractivo del mundo. Era más alto que Adam, pero bastante parecido en el color de piel, el porte atlético y los ojos hipnotizadores. Por eso había resultado una sorpresa, y no sólo para ella, averiguar que Nick era adoptado.

Por lo demás, eran tan diferentes como la noche y el día. Nick era recto y disciplinado, un hombre de negocios conservador amante de los trajes caros y el pelo bien cortado. Por mucho que lo intentara, era incapaz de imaginárselo con un balón de *rugby* en el despacho, o con los pies sobre la mesa. Ni en un millón de años.

Adam Thorne seguramente no tenía ni idea de cómo se hacía el nudo de una corbata. Desde luego jamás le había visto llevar una, ni siquiera durante la velada en el *ballet* de Nueva Zelanda a la que le había llevado el mes anterior. Rezumaba estilo por todos sus poros. Las gruesas cejas, la incipiente barba y los carnosos labios le conferían un aire de chico malo aunque su sonrisa era mucho más espontánea que la de Nick.

Los peligrosos pensamientos le llevaron una media hora, hasta el final de los discursos. Adam se acercó a ella y la atrajo hacia sí.

—Me ha gustado —dijo en voz baja y aterciopelada mientras se acercaba tanto a su oreja que prácticamente le rozaba el lóbulo con los labios.

—¿E1 qué? —preguntó ella en tono casual. Adam Thorne era demasiado perspicaz.

—Ser el objeto de toda tu atención.

—Opino que es una cuestión de cortesía —de modo que había resultado evidente que lo había estado mirando fijamente—, prestar atención al orador de un discurso.

—En ocasiones eres de lo más inglesa, señorita Cooper —la sonrisa se hizo más amplia.

Estaba jugando. Sabía el efecto que producía en ella y se aprovechaba de su gratitud. Pero Jasmine tenía su orgullo y, al fin y al cabo, él también deseaba algo de ella… sexo aparte.

Resistió la urgencia de abanicar su acalorado rostro y pensó que había llegado el momento de cambiar de tema.

—Creo que Nick se habría sentido muy orgulloso de ti esta noche.

La ceja ligeramente enarcada evidenció la sorpresa que había suscitado en él su comentario. Jasmine no estaba segura de si había sido por el tema, o por el cambio de tema, pero un segundo después los labios fruncidos revelaban que estaba encantado. Y eso, curiosamente, le encantó a ella también.

—¡No te lo vas a creer! —uno de los jóvenes colegas de Adam se unió a ellos con una expresión en los ojos que sólo podía deberse al típico cotilleo—. ¿Qué celebridad creerás que está en el lavabo de caballeros engullendo pastillas?

—Vincent de Burgh —respondió alguien rápidamente.

—¡Otra vez no! —otro de los colegas puso los ojos en blanco.

El corazón de Jasmine dio un brinco y estuvo a punto de desmayarse. Vincent de Burgh, famoso *playboy*, décimo en la línea de sucesión al trono, y el hombre cuya traición cinco años atrás le había obligado a emigrar a la otra punta del mundo.

Con cuidado de no girarse bruscamente, buscó los servicios, los cuales localizó en el primer nivel. Después escudriñó el rostro del mensajero en busca de una pista que le indicara que sabía que una vez estuvo prometida a esa misma sabandija de la realeza.

Los jóvenes ejecutivos contrastaban sus informaciones sobre el problemático aristócrata, sin prestarle atención a ella. Satisfecha, Jasmine se relajó un poco. Sin embargo, no podía quedarse allí y arriesgarse a ser reconocida.

El que Vincent siguiera comportándose indecorosamente no le sorprendió. Había oído que acababa de divorciarse de la mujer por la que la había abandonado, su antigua mejor amiga, y sin duda buscaba otra mujer adinerada a quien engañar. Lo increíble era que siempre lograba su propósito, tal y como le había advertido su padre

reiteradamente.

Se volvió hacia Adam con la mente en ebullición. Si descubría su antiguo compromiso, sólo necesitaría una consulta en Google para averiguar todo lo demás. Sólo necesitaba un día, al día siguiente, para desempeñar el papel de la pareja feliz en la fiesta familiar. Después, Adam se marcharía en viaje de negocios y ella continuaría sus vacaciones, aprovechando el tiempo con su padre antes de volver al trabajo. No esperaba tener que fingir durante mucho tiempo. Según Gill, su padre se debilitaba por momentos. En dos o tres meses seguramente no entendería lo que le dijeran, pero si lo hacía, le explicaría que, desgraciadamente, lo suyo con Adam no había funcionado.

Pero si Adam descubría aquella noche las malas relaciones existentes entre su padre y Stewart, ya podía despedirse del éxito de su plan navideño.

Adam la miraba fijamente. Sin duda había vuelto a quedarse ensimismada. Por suerte estaba de espaldas a los servicios, lo que le permitió echar un vistazo a la puerta del aseo de caballeros justo a tiempo de ver salir a un envejecido Vincent.

Jasmine se quedó helada. Parecía estar mirando directamente hacia ella, pero con la iluminación del local no resultaba fácil de decir. Tras unos instantes él se volvió hacia el bar y se quitó la chaqueta. Soltando un suspiro de alivio no pudo evitar deleitarse en el hecho de que su ex no había soportado demasiado bien el paso de los años. La abultada panza y el grueso cuello evidenciaban que se había dado a la buena vida en exceso. Y quizás fuera la luz, pero la antaño espesa cabellera parecía clarear.

Lo observó reunirse con un pequeño grupo de hombres junto a la barra del bar. La fiesta privada de la empresa de Adam disfrutaba de su propio servicio de camarero, por lo que era evidente que Vincent no formaba parte del grupo. El alivio que sintió le permitió respirar de nuevo.

—Me gustaría presentarte a alguien —Adam le rozó el brazo llamando su atención.

Estrechó la mano de John Hadlow, el nuevo socio de Adam, y su esposa Sherrilyn.

—Ahora entiendo por qué nos has dado plantón para la cena de Navidad —dijo John alegremente.

Jasmine reprimió una sonrisa y miró de reojo a Adam. ¿Le había mentido al darle la impresión de que tenía unos planes más románticos que cenar con esa pareja tan agradable?

Media hora más tarde casi se había olvidado de Vincent cuando una interrupción en la música permitió oír un altercado junto a las

escaleras. Al levantar la vista vio a su ex novio discutiendo airadamente con el encargado de seguridad que le impedía la entrada a la fiesta privada. Rápidamente se dio la vuelta y buscó a Adam mientras oía claramente la voz de Vincent por encima de las conversaciones que se mantenían a su alrededor.

—¿Tienes idea de quién soy yo?

Adam se encontraba a medio metro, enfrascado en una conversación con una rubia. ¿Qué podía hacer?

El corazón le latía aterrorizado. Si la abordaba, aseguraría no conocerlo, aunque también podría hacerle frente y contarle a Adam la verdad: que era una persona non grata para su tío y que no había la menor posibilidad de que pudiera organizar una reunión entre ambos.

—Sólo quiero saludar rápidamente a alguien —insistía Vincent hablando en voz muy alta.

Jasmine tomó una decisión y rezó para no tener que vivir para lamentarla. Se acercó a Adam y le rodeó la cintura con un brazo por debajo de la chaqueta. El tacto del musculoso torso, la masculina colonia y las hormonas que siempre se disparaban ante ese hombre, le obligaron a contener la respiración. Esperó valientemente a que él se volviera. Por rubia que fuera la otra, era ella quien acaparaba toda su atención.

—Lo siento —se disculpó ante la otra joven mientras se ponía de puntillas y acercaba su boca a la oreja de Adam—. Creo que el desfase horario me ha atacado —susurró, asegurándose de que los labios acariciaran su oreja con cada sílaba.

Adam se inclinó caballerosamente y la miró. En los ojos dorados refulgía el interés y cierta cautela.

—Eso —Jasmine volvió a acercarse a la oreja de Adam, pero, dado que éste había girado la cabeza, ambas mejillas se rozaron—, o es el champán.

Él se pegó a su mejilla, impidiéndole apartarse de su lado. Sus ojos emitían un brillo de triunfo, curiosidad y cierta advertencia lobuna. De no haber habido tanto en juego, ella habría salido corriendo para salvar su alma. El mensaje era claro: «No juegues conmigo». O quizás era su conciencia culpable la que le hacía verlo así.

Tras un segundo de duda Adam se convirtió en el paradigma de la caballerosidad. Se excusó con la rubia, se despidió de John y saludó al resto de la gente con la mano mientras se preparaban para marcharse.

Y, por supuesto, se dirigió hacia las escaleras equivocadas. Vincent seguía allí. Por experiencia, Jasmine sabía que, cuando no se salía con la suya, la discusión podía durar días.

—Por aquí —ella tiró del brazo de Adam mientras señalaba hacia las otras escaleras—. Necesito pasar por el lavabo.

En cuanto llegaron a la planta inferior, echó un vistazo para asegurarse de que Su Alteza Real no surgiera de entre la multitud.

—No hace falta que me acompañes. Es tu gran noche y me siento culpable por estropeártela.

Lo cual era cierto, aunque la sensación de culpa tampoco fuera demasiado grande. Además, prefería que no se quedara, por si a Vincent se le ocurría abordarlo y hacerle preguntas sobre ella.

Sin embargo no había señal alguna de su ex, ni de que Adam tuviera la intención de permitirle desaparecer en medio de la noche. Camino de la puerta hubo un momento delicado cuando un reportero surgió de la nada cámara en ristre.

—El hombre del día. ¿Una foto para la revista *Out and About*?

Por suerte, Jasmine consiguió escabullirse en el lavabo de señoras justo a tiempo.

—¿Te sientes mejor? —al poco rato se encontraban en el coche de Adam. Arrancó el motor, pero no hizo intención alguna de moverse.

—Mucho mejor —ella se relajó un poco. Había estado cerca, pero el fin justificaba los medios y se encontraban a salvo—. Lo siento. Podría llamar a un taxi…

—¿Qué clase de novio sería si no te cuidara? —Adam le tomó una mano.

Después se llevó la mano a los labios y la besó en la muñeca, donde su pulso rugía desbocado. Jasmine sintió que los huesos empezaban a fundirse mientras él seguía mordisqueando y lamiendo la sensible zona. De repente se sintió al borde del desvanecimiento, sin que tuviera nada que ver con el desfase horario. Una oleada de calor la inundó mientras miles de flechas de fuego impactaban contra su nuca. Tenía la piel tirante y la boca seca, y por dentro todo su ser pegaba botes.

—¿Qué… qué haces? —balbuceó.

Adam no contestó de inmediato. Insistió en volverla loca de placer y excitación durante unos segundos más antes de bajar su mano y hablar con el tono seductor y almibarado que solía emplear.

—Digamos que me preparo para el papel de mañana —volvió a acercarse la mano de Jasmine a los labios y le besó la punta de los dedos, uno a uno.

Ella tan sólo deseaba disfrutar de aquello unos instantes más. Disfrutar con ese deseo que le inundaba las venas y le hacía latir el corazón alocadamente. Debía de ser el desfase horario. Era una mujer sensata y no había otra explicación para estar considerando

seriamente la posibilidad de sucumbir a la necesidad de acercarse más y absorber el calor que surgía en oleadas de masculina sensualidad. No estaba bien que ese hombre tuviera tal dominio sobre sus deseos más íntimos y que fuera capaz de explotarlos a su antojo.

Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y tensó los dedos, tirando de la mano hasta soltarse. Además, se volvió hacia el parabrisas, consciente de que el masculino rostro y los endemoniados labios castigando su piel la volverían loca. Jamás había echado de menos el sexo, hasta probar el de Adam.

—Me encanta ver cómo te arrugas, Jasmine —el rugido del motor hizo que la risa de Adam resultara casi inaudible—, aunque está fuera de lugar.

—No sé a qué te refieres —ella resopló. Le ardían las mejillas.

No volvió a mirarlo a la cara hasta que llegaron al hotel. En cuanto el coche se paró, se soltó el cinturón y abrió la puerta, agradecida por la brisa helada que recibió su rostro.

—¿A las nueve? —los ojos de Adam aún emitían un brillo divertido.

Jasmine asintió y cerró la puerta del coche.

Un par de minutos después, descorrió las cortinas de su habitación de lujo, se hundió en un sillón y contempló las vistas sobre Trafalgar Square y el árbol de Navidad más famoso del mundo. Su madrastra, Gill, le había llevado a contemplar ese árbol por primera vez cuando tenía seis o siete años, y desde entonces lo había visto muchas veces. Las tiras verticales de luces tapizaban el enorme abeto noruego, recogiendo los copos de nieve que caían sobre ellas. Era una visión mágica, una que debería resultarle familiar y tranquilizadora.

Pero no se sentía tranquila. Tenía los nervios a flor de piel. Durante los últimos cinco años había creído encontrar la paz, ya que no la felicidad. Por lo que había dicho Adam, no tardaría mucho en volver a Nueva Zelanda, seguramente a Wellington, riendo, bromeando y volviéndola loca de pura lujuria. ¿Por qué se había acostado con él? Lejos de satisfacer su curiosidad sexual, sólo había conseguido desearlo aún más.

Capítulo 3

El trayecto desde Londres llevó más tiempo del esperado por culpa de una fuerte ventisca de nieve, pero consiguieron llegar a la propiedad familiar justo a tiempo para comer. La excitación y la aprensión de Jasmine crecieron al franquear las gruesas puertas de hierro forjado. Adoraba el camino que conducía a la casa. Los ciervos pastaban en el bosquecillo colindante. Señaló la yeguada que su padre había fundado hacía una década. La nieve tapizaba las cañas que bordeaban el lago frente a la casa.

Pembleton, originalmente una mansión georgiana, había sido ampliada durante los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial y había adquirido un aspecto más acorde con la época eduardiana.

Adam expresó su admiración mientras se acercaban lentamente a la mansión de color pardo cuyas dimensiones se aproximaban más a una manzana de casas que a una sola residencia. Jasmine suspiró orgullosa. Se había criado allí y tenía una buena colección de malos recuerdos de aquel lugar, pero la casa y el paisaje siempre le dejaban sin respiración.

—¿Cuántas habitaciones hay? —preguntó Adam mientras paraban frente a una enorme entrada porticada.

—Más de cien. Aunque la mitad está cerrada.

Gill abrió la puerta y bajó corriendo las escaleras.

De unos sesenta juveniles años y cabellos grises, el pequeño manojo de energía les saludó con grandes gritos de júbilo.

—Tu padre tiene hoy un buen día —dijo—, y está muy ilusionado con conocer a Adam, aunque seguramente no lo demostrará.

Jasmine no se ofendió por el hecho de que su padre estuviera más ilusionado con conocer a Adam que por ver a su hija. Siempre había supuesto una desilusión para él, primero por nacer mujer y luego por convertirse en una testadura adolescente siempre dispuesta a desafiar los deseos paternos.

Pero de una manera algo fría, *sir* Nigel sí pareció encantado de verla. Estaba sentado en un cómodo sillón junto al fuego y la inspeccionó durante más de un minuto antes de tomarle una mano entre las suyas. Jasmine, Jane para ellos, intentó ocultar la impresión que le causaba el demacrado aspecto del anciano. Siempre había sido un hombre corpulento. De él había heredado la estatura ya que, al parecer, su madre había sido muy bajita. Su rasgo más notable había sido siempre su atronadora voz, pero apenas quedaba rastro de ella, salvo en ocasionales exclamaciones al hablar con Adam. No era más

que una sombra de lo que había sido.

Jasmine se sintió culpable. Debería haber estado allí para cuidarle en lugar de dejar todo en manos de Gill. La mujer llevaba en la familia desde que ella tenía diez años y era el único recuerdo cálido de su infancia y juventud.

Comieron en el comedor oficial, un salón que en el pasado había agasajado a jefes de estado. Entre los múltiples retratos que colgaban de las paredes había un Murillo sobre la antigua chimenea. Se sentaron todos juntos en un extremo de la mesa, pues como solía decir Gill, «la mesa de uno jamás debería sobrepasar las nueve musas».

Como de costumbre, la comida consistió en una variada sucesión de codornices, pavo, carne asada, un salmón entero, rosado y delicioso, verduras de todas clases, un pudín de Navidad y una salsa de *brandy* en la que estaban ocultas las antiguas monedas, falsas, de Gill. Jasmine ya le había advertido a Adam de la excéntrica costumbre para evitarle un diente roto.

Después de la comida, su padre insistió en que Gill abriera una vieja botella de oporto y pasaron al salón de estar, más informal.

—De modo que al fin te has prometido —dijo su padre con voz ronca mientras se acomodaba en su sillón y Adam y Jasmine se sentaban en un mullido sofá antiguo mientras Gill les servía la bebida.

Debería haber sido un momento de incomodidad, pero ella no esperaba demasiadas preguntas. A su padre le daba igual con quién se casara, a condición de que sus propiedades fueran atendidas.

—Sí, lo estamos —contestó en un tono de voz que pretendía ser de emoción.

—¿Cuándo será la boda? ¿La celebraréis aquí?

—Lo antes posible —murmuró él mientras rodeaba los hombros de Gill con un brazo y ella, visiblemente, se esforzaba por no dar un respingo—. Al menos por mí.

—Aún no hemos tenido tiempo de discutirlo —añadió Jasmine sin dejar de sonreír, aunque tenía todos los músculos en tensión y la mente trabajaba a toda prisa. En cuanto pudo, hundió la nariz en la copa de oporto.

—¿Seis meses? ¿Un año? —su padre alzó la vista.

—Lo hablaremos durante las vacaciones y te lo diremos enseguida —Jasmine sintió una gran compasión. Con una sentencia de muerte pendiente, era lógico que quisiera una fecha a la que aferrarse.

—Hummm —su padre volvió a hundirse en el sillón y tiró de la manta que Gill le había puesto sobre las rodillas—. Tendré que anunciarlo.

—¡No!

La brusquedad de la reacción de la joven hizo que todas las

miradas se volvieran hacia ella.

—Preferiría que todo quedara en familia, si es posible.

—Mi hija, siempre escondiéndose —su padre le lanzó una mirada llena de rencor.

Jasmine oyó a Adam respirar hondo, pero no pudo mirarlo a la cara.

—A mí me parece comprensible, querido —intercedió Gill con simpatía.

—Yo por mí lo gritaría a los cuatro vientos —Adam habló en voz sólo audible para Jasmine mientras le daba un discreto tirón a la coleta.

La joven contuvo el escalofrío que le provocó la sensación y mantuvo los ojos fijos en su padre, sorprendida de que considerara siquiera hacer un anuncio público después de lo sucedido con Vincent casi seis años atrás. Al hacerse pública la noticia de que su prometido y su mejor amiga se habían fugado juntos un mes antes de la boda, pasó una buena temporada sin poder salir de su casa sin verse asaltada por un montón de *paparazzi*. En ese momento fue consciente de que jamás escaparía a su pasado. Todos sus sueños y esperanzas se estrellaron con estilo, y en directo, en los medios de comunicación y fue lo que le empujó a huir lo más lejos posible de allí, a algún lugar donde nadie conociera su infame pasado y, con suerte, jamás llegara a conocerlo.

—¿Has hablado últimamente con Ian? —preguntó el hombre mayor mirándola con severidad. A pesar de la edad y la enfermedad, no había perdido ni un ápice de su agudeza.

—No —suspiró Jasmine—. ¿Debería?

—¿Quién es Ian? —Adam se inclinó hacia delante y dejó la copa de oporto en la mesita. Tenía las cejas enarcadas y la rodilla pegada a la de su prometida.

—Un amigo —ella lo miró con frialdad. En su opinión, Adam se estaba excediendo en su papel de amoroso prometido—. Nuestro vecino —ya le había hablado de él, y no deseaba darle más detalles.

—Algo más que un amigo, diría yo —murmuró su padre.

Ian siempre había estado allí. Tenían la misma edad y de niños habían jugado juntos. Era su amigo… hasta que su padre había decidido que sería el marido ideal.

—Es una persona seria y trabajadora, y en su familia hay muchos varones —prosiguió—. Además, heredaríamos las cuarenta hectáreas contiguas a nuestra propiedad. Eso nos daría la opción de expandirnos y generar más beneficios.

Desde el día que había cumplido los dieciocho, su padre no había dejado de insistir, pero Jasmine ni siquiera consideró seriamente la

posibilidad de una unión. Cuando su pasado chocó de frente con su futuro, Ian había estado allí. Fue la única persona que no la había mirado como si fuese un monstruo de dos cabezas, y como su padre hacía todo lo posible por juntarlos, al final había cedido, saliendo con él durante un par de meses al tiempo que intentaba pensar en él como en algo más que un amigo. Incluso habían llegado a acostarse juntos, pero no había ninguna química entre ellos.

Solían quedar para tomar un café, o para comer, cada vez que ella viajaba a Inglaterra, pero no se había sentido en la obligación de anunciarle su visita. Además, sabía que iba a pasar la Navidad en Suiza.

Todo el mundo, incluido Adam, la miraba como si fuera una libertina.

—Es un amigo —insistió mientras tomaba un sorbo de oporto.

—Pues vaya —su padre se fijó en las manos—. ¿No hay anillo?

—Teníamos pensado solucionar eso en este viaje, ¿verdad, querida? —Adam le tomó una mano y la apretó—. ¿Antwerp o Amsterdam?

Jasmine sonrió tímidamente y se obligó a relajar los dedos, uno por uno, mientras ideaba distintas maneras de asesinarlo.

Afortunadamente, la emoción y el oporto habían agotado a su padre quien decidió retirarse para echarse una siesta. El fuego de la chimenea y las barrigas repletas provocaron bostezos en todos los presentes. Gill anunció que iba a preparar el dormitorio.

—¿Te vas a quedar? ¿También para la fiesta de mañana?

Jasmine estaba a punto de aclarar que ella se quedaba, pero Adam no, cuando cayó en la cuenta de las palabras de Gill. Había dicho «el dormitorio», no había mencionado dos dormitorios…

Su dormitorio, en el que había jugado a las muñecas, bailado al son de los Backstreet Boys, experimentado con ropas y maquillajes, fantaseado con chicos, invitado a Vincent a escondidas y aullado su dolor contra la almohada cuando le rompió el corazón. ¿Qué era el dormitorio de una chica sino un catálogo de las experiencias más íntimas de su vida?

Y no podría haber mayor intimidad que dejar entrar a Adam Thorne en ese dormitorio, entre sus objetos más personales. Un calor que no tenía nada que ver con la chimenea, y sí con ese maldito hombre que le acariciaba la mano, bañó de sudor su frente.

Al día siguiente se celebraba la tradicional fiesta que ofrecía la mansión para todos los residentes de la localidad. Consistía en un té y una visita gratis y, más tarde, un cóctel y una cena para los amigos más cercanos y las autoridades locales. Las posibilidades de sobrevivir a aquello sin que Adam descubriera la extensión del odio entre su

padre y su hermano eran casi nulas. A los lugareños les encantaban los cotilleos sobre los habitantes de la mansión. El leudo familiar y su vergüenza particular iban a surgir en algún momento.

—Lo siento —consiguió decir al fin—. Yo sí, pero Adam tiene negocios que atender en la ciudad.

—Tonterías —su novio se llevó su mano a la boca y le besó la palma—. Es Navidad. Nos encantará quedarnos.

Desde luego iba a tener que matarlo. Negándose a mirarlo a la cara, sonrió forzadamente a Gill y se encogió de hombros.

Los intentos de Adam por avergonzarla e incomodarla resultaban evidentes. Pero su decisión era firme. No se saldría con la suya. En Pembleton había dormitorios de sobra y ella sabía dónde se guardaba la ropa de cama.

Gill la miró extrañada. Su madrastra era muy intuitiva. ¿A qué jugaba Adam? Hubiera pensado que estaría ansioso por abandonar aquella vieja casa y a su agobiante padre. No parecía hecho para ese lugar.

—Creo que le enseñaré a Adam parte de la casa —Jasmine se puso en pie—. Y de paso rebajaremos un poco la deliciosa comida.

—Si tenéis hambre después —Gill asintió—, han quedado muchas sobras en la cocina. Servios vosotros mismos. Tu padre suele tomar el té en su habitación, pero puede que baje más tarde.

—¿Tenías que decir que te quedarías? —en cuanto Gill se hubo marchado, Jasmine se volvió hacia Adam, hablando en voz baja.

—Jamás me había alojado en una casa señorial —él se quedó sentado y la miró pensativo—. Háblame de Ian.

—¿Qué pasa con él? —ella sintió que le faltaba la respiración.

—¿Os habéis acostado juntos?

Jasmine apretó los labios con fuerza para intentar contener la respuesta que surgió en su mente. Algo en la manera de mirarla se lo impidió. Tras una larga pausa, asintió.

—Ya veo.

¿Qué veía? ¿Al haberse acostado con él estaba obligada a casarse con él? Casi se le escapó una sonrisa al pensar en la mella que haría en el carácter mujeriego de Adam Thorne.

—Fue sexo por consuelo —aun así se sintió obligada a justificarse—. Y mi padre tiene sus propios motivos económicos para desear verme casada con él.

—¿Debería desempolvar mi espada de los duelos?

Jasmine reprimió, como solía hacer a menudo, todas aquellas cosas que más tarde, cuando estuviera sola, decidiría que le gustaría haberle dicho.

—¿Quieres ver la casa o no?

Al ver que Adam se ponía en pie, se dirigió hacia la puerta, pero él la agarró del brazo y la obligó a girarse.

—¿Por qué necesitabas su consuelo?

Jasmine parpadeó. Necesitaba pensar. Ahíta, acalorada, abrumada por él… ¿cuánto tenía derecho a saber? No soportaría que los malpensados chismorreos llegaran a oídos de su jefe y sus colegas. Desde luego, echaba de menos su hogar, aquella casa, Gill, e incluso a veces a su arisco padre. Pero Nuera Zelanda era su paraíso particular. Su confortable y moderna casa de los suburbios estaba a años luz del lujo y la tradición de Pembleton, pero allí se sentía a salvo. Una palabra de más y Adam la dejaría expuesta al abismo.

Por el decidido brillo en su mirada, supo que el mal menor sería contarle su fallida historia de amor, el incidente que impulsaría el regreso de la indeseada publicidad de años atrás. Lo más importante, al menos de momento, era mantenerlo alejado de las disputas familiares.

—Un corazón roto —ella contempló la mano que le sujetaba el brazo—, algo bastante habitual a los veinte años.

Adam se limitó a enarcar las cejas.

—En contra de los deseos de mi padre —ella suspiró—, me enamoré del hombre que ocupa el décimo lugar en la línea de sucesión al trono. No duró mucho. Él prefirió a mi mejor amiga. Acaban de divorciarse, pero el caso es que durante unos meses para la prensa fui un cordero dispuesto al sacrificio. El anuncio de un compromiso —ella lo miró con dureza—, de nuestro fingido compromiso, podría hacer resurgir todo aquello.

—Vincent de Burgh —el rostro de Adam se iluminó—. Por eso tenías tanta prisa por marcharte anoche… y por eso no querías que te hicieran fotos.

Jasmine asintió perpleja. No sabía que hubiera resultado tan evidente.

—Pues muy bien —él la miró con tal intensidad que la joven empezó a ponerse visiblemente nerviosa. Al fin asintió—. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

—¿El qué?

—Ponerme al día. Empiezo a pensar que en esa preciosa cabecita tuya hay más secretos que en el servicio secreto británico —añadió mientras le daba un golpecito en la sien.

Adam se divertía. A pesar del altivo padre que parecía no tener consideración hacia los éxitos y deseos de su hija, su madrastra era estupenda y la casa parecía algo sobrenatural.

Lo mejor de todo era ponerla nerviosa porque, tal y como le había dicho la noche anterior, no le gustaba lo más mínimo. Desempeñar el papel de su prometido le daba carta blanca para tocar, mostrarse sugerente, seducir. Casi había olvidado por qué estaba allí. Deseaba a Jasmine, o Jane, como se veía obligado a recordar, y el deseo iba en aumento, pero su principal objetivo era la oportunidad de conocer a su tío.

El contacto físico, la seducción, aun siendo sugerentes y seductoras no hacían más que aumentar la diversión… para él.

Los apartamentos privados eran luminosos y despejados con profusión de mármol, escayola, ventanas y muebles cromados. El «bajo escalera», como se conocía al sótano, era otra historia. Jasmine le explicó que en el siglo XIX aquél había sido el lugar de trabajo de los veintitantos sirvientes que había tenido la casa, al margen de los jardineros, campesinos, ayudantes de los establos y garajes, o los guardianes de noche.

Aunque la Historia no era lo suyo, mientras paseaban por las zonas abiertas al público, se sintió transportado a otra época. Jasmine lo sorprendió con sus conocimientos. Parecía conocer una anécdota sobre cada rincón, cada reliquia familiar, cada ladrillo de aquella mansión. Resultaba fascinante.

—La sala de llamadas —anunció ella mientras señalaba las etiquetas de las que colgaban cuarenta campanas, algunas de las cuales llevaban impresas los nombres de algún antepasado suyo. Luego le enseñó la cocina de altísimos techos—. Para disipar el calor y el vapor de la cocina de carbón que podía llegar a consumir hasta cincuenta kilos de carbón al día.

—¿Cómo sabes tantas cosas? —preguntó él maravillado mientras rechazaba su invitación de subir los noventa peldaños hasta los aposentos de las doncellas, en el ático.

—Me crié aquí —Jasmine acarició el lomo de unos libros antiguos en las estancias del mayordomo—. Y soy licenciada en Historia de Inglaterra.

—¿En serio? —él la miró sorprendido.

—Pues sí. Empecé a interesarme por la historia cuando elaboré mi árbol genealógico en el colegio —explicó—. Me llevó años acabarlo, a pesar de que nuestra familia sólo lleve aquí un par de siglos —subieron las escaleras desde el sótano al recibidor, pestañeando para acomodar los ojos a la luz que contrastaba con la penumbra de la planta inferior—. Disfruté tanto que decidí que quería trabajar en un museo.

—Y resulta que vives en uno de los países más jóvenes del mundo y trabajas como ayudante personal en una empresa financiera.

—Menuda ironía, ¿verdad? —ella rió—. A lo mejor me admitirían en Te Papa.

Se refería al museo nacional de Nueva Zelanda, en Wellington. El interés de Adam por esa joven se redobló. Era educada, culta, elegante. Rezumaba clase por todos sus poros, y eso no se aprendía. Era evidente que había nacido con ello, en esa imponente casa de varios siglos de antigüedad.

Al mismo tiempo que ella le descubría una capa tras otra de la historia, él sentía el deseo de descubrir otras tantas capas de sus secretos, deseos y temores. A pesar de su cultura y su pose, y evidente agudeza, era una persona vulnerable y más dulce que aquéllas de las que solía rodearse.

No obstante, tenía la impresión de que le llevaría toda una vida desvelar los secretos de Jasmine.

—¿No echas de menos todo esto? ¿La historia, la casa y el campo?

—A veces.

—¿Te quedarás en Nueva Zelanda? —preguntó él.

—Por ahora sí —contestó ella pensativamente sin que el tono de su voz o la breve respuesta supusieran una confirmación.

—¿Qué te gusta de aquello?

—Su carácter relajado y respetuoso —dijo tras reflexionar unos instantes—. La reducida población. Muchas cosas. Me parece una sociedad más abierta y justa.

Adam asintió. A menudo él mismo echaba de menos su país, salvo cuando estaba trabajando durante quince horas al día o escoltando a alguna estupenda mujer por todo Londres, y tenía ganas de volver, seguramente durante el siguiente año, para demostrarles a su padre y su hermano que había alcanzado la cima.

Iban a morder el polvo. El cabeza hueca irresponsable que no era capaz de mantenerse a sí mismo les daría una lección. Y cuando se hubiera establecido en Australia y expandido a los Estados Unidos, quizás a los cuarenta años, elegiría una compañera y formaría una familia. Y esa familia sería su prioridad. No seguiría el ejemplo de sus padres, que habían trabajado seis días a la semana durante casi toda su infancia.

Tampoco es que se quejara. Le gustaba su familia. Simplemente había nacido con la necesidad de superarse a cada momento y en todo. ¿Qué había de malo en ello?

Por la noche, tras despedirse de Gill, siguió a Jasmine por las impresionantes escaleras plateadas que en su época, al parecer, requerían de tres hombres y tres días para sacarles brillo. No habían hablado sobre cómo iban a dormir, pero resultaba evidente por la

rigidez de la espalda que ella no se sentía cómoda. Tras varios intentos fallidos de salir con ella en Nueva Zelanda se había acostumbrado a su obstinación.

Desde el apasionado encuentro el mes anterior, el deseo de Adam por ella no había hecho más que aumentar. Lejos de saciar su sed, se sentía completamente deshidratado. Durante todo el día, ella se había mostrado muy digna, incluso cuando había forzado los límites y la había tocado, o le había susurrado al oído todas esas naderías que esperaba que hubieran hecho pensar a sus padres que formaban una pareja.

Jasmine no se había derrumbado. Él admiraba su compostura, pero cada vez estaba más decidido a alterarla. Pensó en algunos de los cuartos en penumbra del «bajo escaleras», y se imaginó a unos cuantos fantasmas arrastrando sus cadenas por la mansión. Quizás podría jugar a la carta del miedo a la oscuridad…

Jasmine abrió una puerta y le hizo pasar a un dormitorio en el que cabría todo su apartamento de Londres. La *suite* estaba decorada con gusto en tonos verde salvia y se abría a una fuente italiana en el estanque de lirios. En la chimenea, como en todas las estancias, ardía un fuego. Esa casa debía de ser endemoniadamente fría, pensó al recordar la cantidad de chimeneas repartidas por doquier.

—No me digas que éste era tu dormitorio —dijo él mientras acariciaba la cama de cuatro postes, del tamaño de una piscina olímpica. Le costaba creer que alguien pudiera dormir allí. El mobiliario y la decoración pertenecían más a un palacio.

—Sí —asintió ella mientras se encaminaba hacia el equipaje que la doncella había subido allí horas antes.

De repente, Adam tuvo plena conciencia de que aquella mujer se había criado en ese ambiente, aquello era parte de su vida, con toda su pompa, ceremonia y tradición.

Aun así, no encajaba con la tímida joven que había conocido en Wellington. Su casa era cómoda, pequeña, con un bonito jardín repleto de camelias y rododendros, pero sin lujos.

Dejó escapar el aire de golpe al darse cuenta del nivel económico de Jasmine. No es que le importara tener dinero, no tanto como el hecho de ganarlo. Pero con su evidente amor por la historia, una familia tan antigua y con tantas conexiones, ¿cómo podía darle la espalda a todo eso y esperar encontrar la felicidad en un país donde el más raro de los árboles tenía, como mucho, doscientos años?

Esa mujer pertenecía a aquel lugar, ¿es que no se daba cuenta?

Jasmine recogió su bolsa del suelo y se dirigió a la puerta. Adam se inclinó sobre la chimenea, sabedor de que era demasiado educada para marcharse sin despedirse.

—Que duermas bien —en efecto, ella se volvió desde la puerta y sonrió tímidamente.

—Menuda forma de desearle buenas noches a tu prometido —dijo él en voz baja y burlona.

—Ya veo que esto te divierte —ella cambió la bolsa de mano. Su mirada era recelosa, pero no hostil.

—Debo reconocer que sí —Adam levantó la vista y sonrió. Siempre disfrutaba con una buena caza. ¡Ella debería saberlo! Además, le encantaba verla en su ambiente—. Esto es otro mundo.

—Buenas noches, Adam —ella lo miró a los ojos y habló en voz baja. La poderosa atracción que siempre despertaba cuando se miraban a los ojos estalló en toda su anticipación.

—Y ahora vas a abandonarme a merced de los fantasmas y te largarás a alguna especie de cripta porque no te fías de ti misma como para pasar la noche en la misma habitación que yo.

Se sentía defraudado. El deseo que sentía era demasiado intenso para una mujer con la que ya se había acostado. ¿Qué clase de poder tenía sobre él?

—Los fantasmas son amigables —Jasmine sonrió—. Paso de la cripta, pero creo que estaré segura en los aposentos de las doncellas, en el ático.

—Noventa escalones deberían ofrecer la suficiente seguridad, en efecto —Adam asintió.

—Gracias por hacerme este favor —dijo ella a punto de darse media vuelta para marcharse.

Con sencillez y con clase. Esa mujer le encantaba, pero no debía olvidarse de su propósito principal. Tenía toda la vida por delante. Ya habría tiempo para distracciones. Por el momento tenía que poner en marcha un nuevo negocio y había otras personas que dependían de él.

—Tú quieres algo, y yo quiero algo —él se encogió de hombros.

A menudo le parecía que Jasmine tenía una mirada triste. O al menos como si esperara que fuera a suceder algo triste. Estaba de pie junto a la puerta. Sujetaba la bolsa de viaje con ambas manos y la barbilla casi le rozaba el pecho. A la luz de las llamas, sus ojos casi parecían de plata, llenos de tristeza y secretos.

—Por supuesto —dijo ella mientras salía de la habitación.

Capítulo 4

El día siguiente amaneció con sol y Jasmine decidió enseñarle a Adam la finca. En el Todoterreno de su padre se dispusieron a recorrer lentamente las ochocientas hectáreas de terreno. Había unas ochenta hectáreas de bosque y pastos para ciervos, caballos de pura raza, establos y unos amplios, aunque desaprovechados, prados con rocas y colinas cubiertas de brezo en la parte trasera de la casa.

—Padre siempre quiso construir un campo de golf aquí. No sé por qué no lo ha hecho.

—¿Cuántas personas cuidan de todo esto? —preguntó Adam.

Ella le explicó que en la propiedad había una plantilla pequeña compuesta por el ama de llaves, limpiadoras a tiempo parcial, un cocinero, ayudantes de cocina, un guía y un jardinero.

—Además del hombre de las caballerizas —concluyó—. La verdad es que no son suficientes. Sobre todo nos haría falta un especialista en agricultura. Gill se encarga de la mayoría de las tareas administrativas, pero no se ha mantenido al día en cuanto a las innovaciones en técnica y tecnología —se volvió hacia la casa—. Y dudo que tenga tiempo para ello en los próximos meses.

Tenía muchas ideas para mejorar la propiedad, aunque su prioridad era la casa y el legado familiar.

—Habría que darle un buen uso a todas esas habitaciones vacías —murmuró mientras su mente trabajaba a toda velocidad—. Un centro de antigüedades, exhibiciones privadas, fines de semana para pequeños grupos como escritores, conferencias, bodas… —había infinitas posibilidades que la estimulaban, pero, tristemente, no a su conservador padre—. A padre no le gusta la moda de abrir las mansiones al público. Ha tenido que hacerlo, hasta cierto punto, para poder pagar los costes de mantenimiento, pero es un suplicio conseguir que escuche nuevas ideas.

—Contigo al mando —comentó Adam—, Pembleton se convertiría en un destino de lujo.

Ella sonrió y barrió con la mirada el paisaje nevado. Quizás la ausencia aumentaba el cariño, o la realidad de la muerte de su padre la acercaba más a su hogar. Había amado esa casa y aquel lugar, y siempre lo amaría, pero los recuerdos que permanecían en un rincón de su mente eran de distanciamiento, de desilusión.

Condujo hasta el pueblo y pararon a tomar una cerveza en el pub local. Saludó a los curiosos que la miraban, a algunos de los cuales recordaba vagamente. De repente, se alegró de vivir en Nuera Zelanda, un lugar suficientemente pequeño como para poder tomarse un café o una cerveza en público sin que todo el mundo especulara

sobre su vida amorosa o el trágico matrimonio de sus padres, y eso compensaba las ocasionales punzadas de nostalgia que experimentaba al pensar en su hogar.

—¡Pero si está aquí la pequeña Jane Cooper! —exclamó la camarera tras la barra del bar.

—¿Cómo está, señora Dainty? —dijo Jasmine tras bucear en el banco de su memoria.

Durante unos minutos hablaron sobre la desgraciada enfermedad de su padre.

—Algunas familias reciben su dosis de tragedias —la amable mujer sacudió la cabeza—, pero la tuya ha tenido más que la mayoría.

—¿A qué se refería? —preguntó Adam cuando se sentaron en una mesa junto al fuego.

Jasmine había pasado la noche en una cama a cuatro puertas de la habitación de ese hombre en el que no había dejado de pensar. Desearía ser capaz de separar el sexo de los sentimientos, porque sus sentimientos se disparaban a su alrededor.

No lamentaba haberse acostado con él semanas atrás, pero inmiscuirle en los asuntos familiares podría convertirse en un lamentable error porque, a pesar de su arrogancia y coqueteos, resultaba peligrosamente atractivo.

Disimuladamente lo miró por encima de la jarra de cerveza y al fundirse sus miradas, sintió la familiar punzada en la boca del estómago. Necesitaba acostumbrarse a la idea, tal y como hacía él, de que entre ellos no había habido nada más que sexo.

Recordó lo que había dicho el día anterior acerca de sus secretos. Los tenía a montones y la experiencia le había enseñado a no confiar en la gente.

Ya se había llevado un buen susto, por culpa de Vincent, la víspera de Navidad y se enfrentaba a la perspectiva de que Adam oyera todo sobre su pasado durante la fiesta que se celebraría por la noche. No se le ocurría ningún motivo por el cual no fuera a simpatizar con ella, sin embargo la condena llegaría cuando no le facilitara la reunión con su tío.

Jasmine decidió que debía conocer los detalles, con la excepción de las insalvables diferencias entre su tío y su padre. Cruzó los dedos y rezó para que sintiera tanta lástima por «la pobre Jane Cooper», que se olvidara de Stewart Cooper.

—¿Sigues ahí? —Adam agitó una mano en el aire. La expresiva y traviesa boca se curvó y unas pequeñas arrugas aparecieron alrededor de sus ojos.

Sería todo un alivio compartirlo, tras tantos años de ocultarlo como si no hubiera sucedido. Sujetó con fuerza la jarra de cerveza y

respiró hondo mientras se disponía a desnudarse ante un extraño y se preguntaba qué sentido tenía arriesgarse si no había futuro para ellos. ¿Qué pasaría si él decidiera hacer un mal uso de la información?

¿Y qué pasaría si esa información les unía aún más?

—Mi madre murió cuando yo tenía catorce años, después de pasar diez en una institución psiquiátrica. Ella jamás superó ser la conductora del coche que sufrió el accidente en el cual murió mi hermano, poco después de que naciera yo.

Adam apartó la jarra de cerveza de los labios mientras la miraba fijamente a los ojos y apoyaba los codos sobre la mesa. Jasmine se imaginó que ése sería su aspecto cuando estuviera persiguiendo algún negocio.

O a una mujer…

—Dijeron que desde mi nacimiento sufría depresión posparto —ella se encogió de hombros mientras repasaba con la mirada los cuadros y fotografías colgadas de las paredes del pub, a espaldas de Adam—. En cualquier caso, lo soportó durante una temporada, pero cuando yo tenía tres años, y mientras mi padre estaba en viaje de negocios, me montó en el ferry de París y me abandonó allí.

—Te abandonó… ¿dónde exactamente? —Adam soltó el aire con mucho cuidado.

—En realidad, en el carrusel de Montmartre —Jasmine sonrió con amargura—. Dando vueltas.

Afortunadamente, había sido demasiado pequeña para acordarse. No había afectado a su amor por los caballos de la finca familiar y de sus visitas a Francia sólo guardaba buenos recuerdos.

—Volvió sin mí. Padre volvió a Gran Bretaña un par de días después y vio las noticias, en las que salía yo —se aclaró la garganta—, y llamó a la policía.

Al tener sólo tres años, los medios de comunicación se habían volcado en la noticia, pero debió de haber sido muy duro para sus padres. Todos los países europeos publicaron las fotos de la «pobre criatura abandonada», y en Gran Bretaña sus padres, sobre todo su madre, fueron tildados de monstruos. Su padre le ocultó los detalles durante años, pero no pudo impedir que se enterara de gran parte en el patio del colegio. Su madre siguió luchando durante un año más tras el «incidente», fuertemente medicada y bajo vigilancia, pero su deterioro continuó. Cuando al fin fue confinada en un centro psiquiátrico, se desató de nuevo la locura en la prensa, y otra vez más cuando *sir* Nigel se casó con Gill pocos años después. Cada vez que el apellido Cooper se mencionaba, resurgía toda la triste historia, sobre todo tras el compromiso fallido con Vincent.

—Entonces me di cuenta de que jamás podría escapar de mi

pasado y me mudé a Nueva Zelanda —concluyó en tono casual.

—¡Ufff! —fue lo único que salió de labios de Adam, aunque sus ojos reflejaban una gran dosis de compasión.

—No te lo he contado para despertar tu simpatía, pero esta noche seguramente oirás algunos comentarios.

—¿Volviste a ver a tu madre después de aquello? —preguntó él.

—Cuando tenía trece años —ella sacudió la cabeza—, después de una discusión con Gill, le dije que quería ver a mi verdadera madre. Más tarde, cuando ya me había calmado, me dijo que si insistía, me llevaría a verla. Pero, por algún motivo, nunca lo hicimos.

Su padre no se había mostrado tan condescendiente. Había prohibido que se mencionara el nombre de su madre. Fue Gill la que le había contado lo enferma que estaba, y tan fuertemente medicada que no la reconocería.

—¿Por qué Nueva Zelanda? —preguntó Adam.

—Un nuevo comienzo lo más lejos posible —ella se encogió de hombros.

—¿Sabe Nick algo de esto?

—No —contestó lisa y llanamente.

—Gracias por contármelo —él le apretó el hombro—. Tu secreto está a salvo conmigo.

Jasmine estaba segura de ello. Además, no había tenido otra elección. Retomó la jarra y bebió un gran trago antes de empujarla al centro de la mesa.

—Termínate la cerveza —le dijo a Adam—. Llegaremos tarde a la recepción.

Tras la marcha de los lugareños, llenos de cerveza, sidra y el fabuloso té del cocinero, Adam se dispuso a vestirse para la cena mientras deambulaba por el dormitorio de Jasmine. A pesar de estar decorado para una princesa, y de resultar evidente que no había sido utilizado como dormitorio habitual durante años, conservaba algunos detalles de la joven. Un par de peluches, una colección de CDs de un grupo juvenil, un montón de fotos enmarcadas dispuestas en una vitrina que debería estar en un museo, como casi todo de aquella casa.

Una foto mostraba a Jasmine frente a un gigantesco árbol de Navidad en Trafalgar Square, fechada en 1994 cuando tendría unos once años. En otra llevaba un traje de noche plateado que aún colgaba del armario.

Adam comprendía mejor su ferozmente reservada personalidad. No permitía que la gente se le acercara porque las personas cercanas a ella le habían defraudado, abandonado. Aquellas personas en las que

debería haber podido confiar, su madre, su prometido, por diversos motivos le habían dado la espalda.

Había otra foto de ella con un atractivo y corpulento joven, calzado con botas embarradas, que se apoyaba sobre un rifle. Jasmine parecía tener unos dieciocho años y sonreía abiertamente, como una niña. Se preguntó si sería el vecino o quizás un joven Vincent de Burgh, la sabandija que le había roto el corazón.

Consultó la hora y se ajustó la chaqueta. Al menos, durante el mes anterior, había conseguido que esos ojos tan tristes se iluminaran un poco. Habían ido a clubs nocturnos, navegado y, en una ocasión, habían dado un alocado paseo en moto alrededor de las bahías de Wellington.

Entre risas y sin aliento, ella había asegurado que era la primera vez que hacía algo así. A su vez, ella lo llevó al *ballet* y cocinó para él más de una vez en su casa. Y la última noche, cuando al fin había conseguido llevársela a la cama, no había ningún rastro de tristeza o rígido control, únicamente pasión.

Todo eso, supuso mientras abría la puerta y salía al pasillo, explicaba por qué lo había elegido a él para su bienintencionado plan de convencer a su padre de que estaban prometidos. No conocía a mucha gente porque prefería estar sola y, con su pasado, ¿quién podría culparle por ello? Él se había esforzado e insistido, pero sospechaba que no había habido muchas personas en su vida que hicieran lo mismo. Desde luego su padre no…

A lo largo de la velada estaba dispuesto a guardarle el secreto y a complacer a su padre, pero también deseaba algo, y no iba a erigirse en su salvador. En cuanto hubiera organizado una reunión con su tío, cada uno seguiría su camino, con suerte tras otra sensacional noche juntos. Después de lo que había pasado aquella mujer, dudaba de que albergara alguna ilusión sobre la felicidad eterna, y él no tenía tiempo, en el futuro más inmediato, para tomarse en serio a ninguna mujer.

Jasmine apareció en el pasillo y, al verlo, lo esperó. Tras inspeccionarlo detenidamente asintió a modo de aprobación. Dado que no había esperado codearse con la alta sociedad, no había llevado en su equipaje más que una cazadora de cuero, pero Gill le había provisto de una chaqueta que resultaba perfectamente adecuada.

—Te sienta bien —dijo ella mientras le tomaba del brazo.

—Y tú estás deslumbrante, como siempre —contestó él. Llevaba la espesa cabellera recogida en un moño francés con algunos mechones sueltos sobre los hombros. Le gustó su aspecto más relajado. El traje de pantalón era de color gris platino y una camisola de raso asomaba bajo la chaqueta desabrochada. El conjunto lo completaba un pañuelo de color verde que colgaba hasta la cintura. En sus orejas brillaban esmeraldas y diamantes, sus únicas joyas. Simple, elegante y

con clase—. Muy campestre —murmuró él mientras la escoltaba orgulloso hasta el salón. De algún rincón de su mente surgió la idea de que, si alguna vez fuera a tomar a una mujer en serio, sería a aquélla…

Los ingleses sabían comer. Sobre la mesa había un despliegue de todas las carnes conocidas por la humanidad. Los viejos dramas históricos que mostraban a vikingos y otros guerreros sentados a una mesa mordiendo un enorme muslo no se alejaban demasiado de la realidad, aparte de los cubiertos y los refinados modales.

El padre de Jasmine presidía la larga mesa con treinta invitados. La mayoría era gente mayor, lugareños, aunque también había una pareja de la edad de Jasmine que, según supo después, había ido al colegio con ella. Durante la cena permanecieron juntos, agradecidos de que el anfitrión no mencionara el compromiso de boda. Adam fue presentado como «el amigo de Jane».

Mientras el eficiente servicio retiraba los restos de la cena, todo el mundo se encaminó a la enorme estancia, conocida como *orangerie*, una especie de sólido y bien aislado invernadero con suelo radiante, impresionantes esculturas, plantas exóticas y muchas ventanas. En ese ambiente más informal, Jasmine fue inmediatamente requerida para que hablara de Nueva Zelanda, de si le gustaba aquel lugar y de cuándo pensaba volver a Inglaterra. Abandonado a su suerte por primera vez, Adam inició una conversación con un caballero de rostro enrojecido cuyo tono de piel oscurecía alarmantemente con cada copa de oporto que era capaz de arrebatarle a los camareros itinerantes.

—Desde luego, conozco a la familia de toda la vida —decía el hombre atento al camarero que se aproximaba—. Una tragedia lo de la esposa de *sir* Nigel y todo eso.

Adam asintió con aire ausente aburrido de la conversación de ese hombre y mientras buscaba con la mirada a Jasmine. Estaba a punto de escabullirse cuando oyó el nombre de Stewart Cooper y enarcó una ceja en un inequívoco gesto de interés.

—Los dos hermanos estaban enamorados de la misma mujer —le confió su interlocutor que señalaba a Jasmine con una mano regordeta mientras Adam soportaba los efluvios alcohólicos—. Se parece mucho a ella, aunque esperemos que no haya heredado su moral ni su salud mental.

—¿En serio? —Adam se volvió hacia el otro hombre y dio un paso al frente para acorralarlo un poco contra la pared. Quería saber más, pero no que el resto de los invitados lo oyera.

Al hombre le bastó con un ligero empujoncito y, para cuando hubo terminado su relato, Adam conocía hasta el último detalle del turbulento matrimonio de los padres de su falsa prometida. Cada traición y tragedia y la amargura que aún perduraba.

Jasmine le había engañado. Dejó la copa vacía sobre una bandeja y, de un pésimo humor, fue en su busca.

La rosa inglesa tenía algunas explicaciones que ofrecerle. La encontró de vuelta de la *orangerie*, tras haberle deseado las buenas noches a su padre. Esperó hasta que Gill se hubo llevado al frágil anciano antes de volverse hacia Jasmine con la ira reflejada en el rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Necesito hablar contigo, *cariño* —masculló Adam mientras le agarraba del brazo y la alejaba de la fiesta—. En privado.

Ella le condujo hasta una habitación cercana que debía de haber sido un despacho o una librería por los libros que se extendían de pared a pared. Las cortinas estaban descorridas y las luces provenientes de la fiesta al otro lado del patio iluminaban los copos de nieve que caían.

—¿Cuánto tiempo tenías pensado seguir burlándote de mí? —Adam no tenía ganas de ser amable.

—¿Qué has oído? —Jasmine corrió las cortinas y encendió una pequeña luz junto a un escritorio antes de volverse hacia él y mirarlo a los ojos con expresión resignada.

No parecía sorprendida. Seguramente por eso se había pegado a él como una lapa durante casi toda la velada.

—Que tu madre se acostaba con los dos hermanos, pero que cuando se quedó embarazada eligió a tu padre porque era el heredero de la finca y Stewart no recibiría nada. Que el bebé, tu hermano, era hijo de tu tío, no de tu padre. Que era tan desgraciada con tu padre que huía junto a Stewart la noche del accidente que mató a su hijo.

—No tengo la certeza absoluta de que nada de eso sea cierto —Jasmine le sostuvo la mirada durante largo rato antes de tragar con dificultad y mirar hacia otro lado.

—No lo conoces, ¿verdad? —la noción no hizo más que enfurecerlo aún más—. Apuesto a que no quiere saber nada de ti. ¿Por qué iba a hacerlo? Aun así, me prometiste que organizarías un encuentro para mí.

—Y lo intentaré, tal y como te prometí. Después de Navidad.

—No me hagas más favores, querida —Adam soltó una carcajada llena de amargura—. Si descubre que tengo algo que ver contigo, seguramente me expulsará del planeta.

—Lo siento —Jasmine se pasó las manos por el rostro y se frotó los brazos. Su expresión era la viva imagen del sentimiento de culpa.

—Lo sientes —él alargó las manos y agarró los dos extremos del pañuelo verde mientras observaba cómo sus ojos se abrían desmesuradamente—. Me temo que no me basta —tiró del pañuelo

hasta que Jasmine no tuvo más opciones que dar un paso hacia él, y otro más.

—Conseguiré lo que quiero, contigo o sin ti —gruñó en referencia a Stewart Cooper—, y también tomaré lo que deseo.

—¿Y qué es lo que quieres? —ella dio otro torpe paso al frente con expresión sorprendida.

La rabia de Adam le quemaba bajo la piel empujándolo hasta un estado febril de deseo. Dio otro tirón al pañuelo y contempló con ojos hambrientos la delicada línea de los hombros que la tela verde dejaba al descubierto.

—A ti, preciosa Jasmine —Adam inclinó la cabeza hasta que sus bocas quedaron a unos dos centímetros. Los bonitos ojos lo miraban, demasiado oscuros para ser grises—. Siempre que pueda —redujo la distancia hasta acariciar el labio inferior de la joven con su lengua—. Me lo debes. Al menos eso.

Ella se estremeció y su pecho chocó contra él, aumentando ligeramente la tensión. El aliento se le escapó de golpe y de inmediato tomó otra bocanada. Por su experiencia, él diría que la señorita Frialdad, Calma y Compostura estaba a punto de desmoronarse, y recordó cada excitante detalle erótico de la última vez que había perdido esa compostura.

No había nada malo en echarle una manita en el proceso. Adam le quitó el pañuelo y puso un dedo en la cinturilla del pantalón gris. De nuevo le golpeó el femenino pecho, bultos y hueso, blando y duro, golpeando, ardiente. Con la otra mano le sujetó la nuca y le obligó a alzar el rostro mientras aplastaba su boca contra la de ella.

Jasmine separó los labios de inmediato. Él la agarró con fuerza y se hundió en su boca con un ansia que eliminaba todo decoro que podría emplear habitualmente, o que ella pudiera esperar. Desprendía un intenso aroma a una sutil pasión. La calidez y suavidad de la delicada piel lo incitaba a hundirse más, a empujar con más insistencia.

Y no era el único. La lengua de Jasmine entraba y salía de su boca, volviéndole loco. Sus manos se aferraban a la camisa, sus jadeos inundaban la habitación. Estaba tan hambrienta y necesitada como él.

Introdujo una mano bajo la camisola y la deslizó hasta los pechos. La espalda de Jasmine se tensó como el acero y adelantó el pecho, duro, contra él. Luego echó la cabeza hacia atrás, interrumpiendo el beso y gimiendo mientras los masculinos dedos acariciaban el firme pecho. Que el cielo le ayudara, era tan dulce, sabía tan dulce.

De repente la habitación se vio inundada por una brillante luz blanca. Ella abrió los ojos y lo miró fijamente, espantada. Adam soltó

un juramento y miró hacia la puerta. Un hombre que no recordaba haber visto en la fiesta estaba de pie, iluminado por la luz del pasillo.

Los dos hombres se miraron, aunque en realidad Adam lo miraba furioso, el hombre miraba a Jasmine y Jasmine, tras un rápido vistazo al intruso tenía la mirada fija en la garganta de Adam mientras sus labios se movían en una silenciosa exclamación de sorpresa.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Adam sin ocultar el tono amenazador en su voz que dejaba bien claro que no le importaría ayudarle a atravesar la ventana cerrada. A regañadientes recuperó la mano que tenía bajo la camisola de Jasmine, apartándola del glorioso pecho que seguía ascendiendo y descendiendo aguadamente.

Ese hombre era una versión envejecida del de la foto en el dormitorio de Jasmine. Adam estudió su pálido y sorprendido rostro, esperando impacientemente una explicación. ¿Qué estaba mirando?

—No estoy seguro —dijo el recién llegado con voz desesperadamente ambigua—. Pensé que había encontrado a mi novia, pero no puede ser ella porque tienes tu boca y tus manos por todo su cuerpo.

Capítulo 5

Jasmine cerró los ojos desesperada. ¡Ian! ¿Qué más podía sucederle? ¿Y por qué había dicho eso?

Apartó las manos de la camisa de Adam, temblorosa ante la insatisfecha pasión, el susto y la vergüenza. Empezó a estirarse la ropa mientras decidía a cuál de los dos hombres estaba menos dispuesta a mirar a la cara. Sintió la presencia de Adam que se volvía hacia ella y se humedeció nerviosa los labios.

—¿Qué ha dicho? —preguntó él en voz baja.

Jasmine se cubrió la boca con una mano y dejó escapar el aire. Las excusas se agolpaban en su mente: «No había querido decir tal cosa, era una broma, te lo iba a contar…», dio un paso hacia atrás y miró a Ian que parecía tan confuso y avergonzado como ella. El corazón se le encogió de simpatía. Se dirigió rápidamente hacia él, apoyó las manos en sus hombros y le besó la mejilla.

—¿Por qué no estás en Suiza?

—Mi padre me llamó para decirme que habías vuelto —Ian la miró detenidamente con cierto gesto de alivio—. Podrías haberme avisado. No me resultó nada fácil conseguir un vuelo en esta época del año.

Jasmine se apartó de Ian y miró a Adam que tenía los ojos fijos en ella y mantenía una ceja enarcada. Parecía a punto de estallar.

—No estamos prometidos —habló a la habitación mientras suspiraba presa de la agitación. Odiaba sentirse agitada. No podía mirar a ninguno de los dos.

—¿Conmigo o con él?

La voz era tan dulce… como una soga de terciopelo.

—Bueno, técnicamente… —empezó Ian.

—No es lo que piensas —ella lo miró airada, dispuesta a hacerle callar mientras le hablaba al furioso hombre que la taladraba con la mirada.

—No quieras saber lo que pienso.

Mordaz, enfadado, disgustado. La joven se sintió acribillada por las flechas de la ira. Aparte de conocer todos los secretos familiares, aquélla podría ser su última oportunidad.

No soportaría no volver a verlo, no volver a ser abrazada o besada por él…

—Me marcho, ya que estoy de más —él dio un paso al frente mientras le dirigía otra mirada cargada de dureza.

—Adam, te lo puedo explicar.

—Ya he tenido explicaciones tuyas de sobra —pasó junto a ella y se paró al llegar al lado de Ian—. Es toda tuya, amigo. Incluso te la he

calentado ya.

La vergüenza impulsó a Jasmine a correr tras él, pero Ian la detuvo agarrándola del brazo.

—¿Por qué tuviste que decir algo así? —ella se volvió hacia su amigo.

—Tenemos que hablar. Tu padre se muere. No puedes seguir aplazándolo.

Jasmine se soltó sin quitar los ojos del hombre alto y muy enfadado que se marchaba pasillo abajo.

—Háblame, Jane.

—Tengo que alcanzarle —la agitación en la voz de Ian la obligó a detenerse en la puerta, pero no se volvió—. Por favor, Ian, espérame aquí.

—Llevo esperando toda mi vida —él dejó escapar un petulante suspiro—. ¿Cuándo va a acabar todo esto?

—Unos minutos más —contestó ella vuelta de espaldas—. Te lo prometo.

Jasmine encontró a Adam en su dormitorio llenando la pequeña bolsa de viaje con sus pertenencias. Tenía que haberse marchado aquella mañana, tal y como había esperado que hiciera. Su hermético rostro reflejaba un profundo enfado. Apenas podía reconocer en él al hombre que escasos minutos antes la había besado tan apasionadamente, como si se fuera a morir si no lo hiciera.

—Por favor, no te vayas —ella se paró en la puerta y retorció nerviosamente el pañuelo con las manos—. No ha sido más que un error.

—Desde luego que sí —él se quitó la chaqueta prestada y la dejó sobre la cama—. Dale las gracias a Gill y a tu padre por su hospitalidad.

—Escucha —se apresuró ella. Había terminado de empaquetar sus cosas y empezaba a ponerse la chaqueta de cuero—, lo que dijo… no es verdad. No fue más que un estúpido pacto que hicimos hace cinco años antes de que me marchara a Nueva Zelanda.

—Jasmine, Jane, a ver si consigues meterte esto en tu preciosa cabecita: no me importa. Ya he tenido bastante de tus estúpidos jueguecitos y tus secretos y tus mentiras. He desperdiciado mi tiempo.

—Tienes todo el derecho a estar enfadado, pero —ella cruzó la habitación y le tomó las manos—, por favor, déjame que te lo explique.

Tenía un aspecto peligroso y distante con el rostro encendido de ira y la chaqueta de cuero negra, pero había que intentarlo. Le

estimaba demasiado para dejarle marchar así, quizás para siempre.

Además, tenía que pensar en su trabajo, en caso de que el enfado de su hermano llegara a oídos de Nick. De repente se sintió agotada. Habían sido demasiadas revelaciones para un día tras años de guardar el secreto.

—Mi padre siempre ha querido anexionar las tierras de la familia de Ian a nuestra propiedad —empezó Jasmine con un profundo suspiro—, sobre todo porque le preocupa que los especuladores pongan sus manos encima. Ian es granjero y quiere dirigir una granja. En cualquier caso, como ya te expliqué en tu despacho, mi padre necesita un heredero masculino para que conserve la propiedad tras su muerte.

—¿0 qué? —interrumpió bruscamente Adam.

—O pasará a manos de Stewart —al menos parecía escucharla. Le había confesado lo más difícil. Ya sabía lo irreconciliables que eran las diferencias entre los hermanos. ¿De qué utilidad podría serle ella? Adam se movió nervioso. Si no continuaba, lo perdería—. Cuando conocí a Vincent, mi padre desaprobó airadamente nuestra unión. Aparte de sus contactos, según mi padre no era más que un codicioso oportunista —una apreciación que se había revelado cierta poco tiempo después—. Debido a su interés para la prensa, me convertí en objeto de curiosidad, pero no fue hasta después de su huida con mi mejor amiga que… —Jasmine cerró los ojos para no ver ante ella los titulares de prensa—. Todo lo que has oído esta noche sobre el tío Stewart y el triángulo amoroso, sobre mi madre que me abandonó y se volvió loca. «La pobre Jane, todo el mundo la abandona», decían. Me convertí en un objeto de burla nacional.

Respiró hondo mientras revivía el horror de los *paparazzi* pegados a la puerta y el recuerdo de ser perseguida a todas partes.

—Mi padre se sentía locamente humillado —había necesitado años para perdonarle por la crueldad con que la había tratado en aquellos tiempos—. Dijo que lo único que podía hacer para solucionarlo era casarme con Ian. La prensa nos dejaría en paz, y la finca quedaría a salvo de Stewart.

No obstante, debió de haber quedado una pequeña chispa de vida en ella, pues aunque no pudo soportar la idea de quedarse allí y ser presa de los tabloides toda su vida, tampoco pudo soportar la idea de despertar cada día junto a un hombre al que no amaba. Las acciones de su madre y de su amante le habían hecho mucho daño, pero algo en su interior no le permitía renunciar a la vida o al amor, aún.

—Intenté amar a Ian, lo intenté de veras, pero no podía seguir adelante con la boda. Había acabado mis estudios y tenía la intención de trabajar en el campo de la historia, o al menos seguir estudiando,

pero la publicidad no cesaba. Al final opté por la solución más cobarde. Huí de aquí.

¿Era su imaginación o la mano de Adam, sujeta entre las suyas, estaba menos rígida?

—Cuando me marché, Ian y yo nos hicimos la estúpida promesa de que, si ninguno de los dos estuviera casado a los veinticinco, nos casaríamos el uno con el otro —a los veinte años, los veinticinco habían parecido estar a años luz. Sabía que Ian sentía por ella más de lo que ella sentía por él, pero tampoco la amaba, no del modo en que ella quería ser amada. Eran amigos y él codiciaba la propiedad—. Sinceramente pensé que encontraría a alguien en mi ausencia.

—Pero no lo hizo.

Ella levantó la vista y comprobó que el gesto de enfado no había desparecido del rostro de Adam.

—Fue un acuerdo estúpido, hecho en un momento en que yo me sentía muy emotiva y sólo quería marcharme lejos —apretó con más fuerza la mano que tenía entre las suyas implorándole con la mirada que la creyera.

—Pues él parece tomárselo en serio —contestó Adam sin conmoverse lo más mínimo.

—Hablaré con él esta noche —Jasmine tragó con dificultad.

Adam le dedicó otra mirada llena de dureza antes de apartarse para dirigirse a la pequeña ventana. Descorrió las cortinas. La nieve seguía cayendo y ella se aferró a la esperanza de que no se fuera a marchar por culpa del mal tiempo.

—Eres una caja de sorpresas, ¿verdad… Jane?

—La única mentira que te dije fue la de asegurarte de que podría organizar una reunión con mi tío.

—Pues yo creo que has sido muy ahorrativa con la verdad —él la miró con gesto sombrío—. Estos pequeños jueguecitos, haciéndote la dura hace unas semanas, haciendo promesas que no tenías modo alguno de cumplir, contándome medias verdades. No lo esperaba de ti.

—Para mi padre siempre he sido un fracaso —ella sintió que el desánimo la invadía—. Tan sólo quería agradarle por una vez antes de su muerte.

—No es que me guste especialmente el modo en que te trata —Adam se encogió de hombros y se volvió hacia la ventana—, pero si quieres agradarle definitivamente, y desperdiciar tu vida, cásate con Ian —hizo una pausa mientras contemplaba el reflejo de la joven en el cristal—. Como bien sabes —continuó—, no estoy dispuesto a casarme y, desde luego, no te impediré hacerlo.

Ella sacudió la cabeza pesarosa. No sería justo, ni para ella ni

para Ian.

La desilusión de Adam le partía el corazón. Desde el comienzo había estado decidida a no relacionarse con él, pero él había hecho caso omiso de sus reticencias y se había dedicado durante semanas a seducirla. Lo cierto era que le había encantado la atención, y su compañía. Incluso mientras lo rechazaba con toda la amabilidad de que era capaz, soñaba con él. Habían sido unos sueños vividos, tórridos y adictivos que le habían dejado una incómoda sensación de soledad. Sin embargo, la realidad, cuando al fin dejó de apartarlo de su lado, fue mucho mejor que los sueños.

Aunque Adam fuera un conquistador profesional, siempre lograba hacerle sentir especial, como si mereciera la pena la espera. Sin embargo, en esos momentos ya no tenía ningún poder sobre él. Había probado el género y, por culpa de su comportamiento, se sentía desilusionado con respecto a ella.

—Lo siento, Adam —Jasmine abandonó todo coraje para luchar y agachó la cabeza con la mirada fija en el suelo—. Y también te estoy agradecida por todo —los hombros se alzaron y descendieron en un gesto de impotencia—. Ojalá pudiera compensarte por ello.

Dos grandes zapatos negros aparecieron en su campo de visión. Levantó la vista sorprendida y se encontró con unos fríos ojos y unos labios fuertemente apretados.

—Ya lo creo que me vas a compensar —dijo Adam en voz baja —. Te deseo, que Dios me ayude —acarició con el pulgar la comisura de los labios de Jasmine y siguió por el labio inferior—. Y no te molestes en aumentar tu letanía de mentiras negando que tú también me deseas.

Ella respiró hondo y se estremeció mientras la excitación la agarrotaba.

—Y tengo intención de ser compensado —continuó él sin dejar de acariciar el rostro de la joven con el pulgar hasta el hueco de la garganta.

Jasmine echó la cabeza ligeramente hacia atrás con todos los sentidos centrados en los severos y fríos ojos, en la seductora boca y en el dedo que trazaba una línea de fuego sobre su pecho.

Los ojos color caramelo jamás abandonaron el rostro de Jasmine, pendientes de los esfuerzos que hacía por respirar, por contener el creciente deseo que sólo él podía invocar. Tomó el femenino rostro con sus manos ahuecadas y lo estudió.

—El jueves al mediodía enviaré un coche a buscarte —habló en tono profesional—. Llevarás contigo el pasaporte y todo lo necesario para pasar dos días fuera.

—¿Dónde…? —ella lo miró perpleja. Su mente era un torbellino

de nervios, deseo y confusión.

—No tengo ni idea, aún —Adam sonrió con amargura. Las caricias se hicieron más intensas y la sonrisa se volvió más dura. Inclinó la cabeza hasta que sus bocas casi se rozaron—. Pero ten por seguro que, pase lo que pase, estaremos juntos —la caricia se hizo más suave y al fin la soltó—. Ni se te ocurra dejarme plantado.

Jasmine intentó formular una respuesta, pero su mente era un torbellino. Lo más exasperante era la excitación que anulaba sus sentidos, paralizando su lengua, enviando un grito de júbilo por todas sus venas. No había indignación, desafío, ni siquiera miedo. Yeso no era bueno.

—No hay duda de que has sufrido mucho en la vida —Adam le echó un último vistazo antes de disponerse a marcharse—. Nadie te culparía por tener problemas con el abandono —hizo una pausa y la miró con ojos despiadados—. Pero, por el amor de Dios, si no tienes intención de casarte con él, acaba de una vez con el sufrimiento de ese pobre imbécil.

Capítulo 6

Tres días más tarde, Jasmine se encontraba a bordo de un *jet* privado preguntándose qué demonios hacía allí. ¿Dónde estaba Adam? El coche había ido a buscarla puntual al mediodía y la había llevado a un aeródromo a las afueras de Londres. Un auxiliar de vuelo la había conducido a toda prisa escaleras arriba y se había llevado su pasaporte para sellarlo. En esos momentos, los motores del avión empezaban a rugir, pero él seguía sin aparecer.

Aquélla no había sido su intención. Tras abandonar la fiesta había comprendido que Adam estaba en lo cierto. Había mantenido a Ian a su lado con falsas esperanzas, temerosa de perder al único amigo que tenía si se sinceraba con él. A fin de cuentas, ¿acaso no le había defraudado todo el mundo?

La emotiva conversación mantenida con Ian le había convencido de que estaba a punto de ser humillada de nuevo. Su amigo había «calado» a Adam, acusándole de ser un *playboy* de la misma categoría que Vincent. El propio Adam le había confesado que no estaba dispuesto a casarse.

Empezó a temer seriamente que podría perder la cabeza, y el corazón, ante Adam Thorne. Había que atajar de raíz aquella locura antes de que alguien, ella, resultara seriamente herido. De modo que el día anterior había decidido agarrar el toro por los cuernos y había ido a ver a su tío. Únicamente Gill había estado al corriente de sus intenciones.

La auxiliar de vuelo regresó con el pasaporte y comprobó que el cinturón estuviera abrochado.

—¿Ha llegado ya el señor Thorne? —preguntó Jasmine.

—Usted es nuestro único pasajero hoy —la mujer sacudió la cabeza.

—Pero… —Jasmine se quedó boquiabierta—. ¿Adónde vamos?

—A Viena —fue la respuesta.

¿Viena? En un segundo la excitación la invadió. Nunca había estado allí y aun así tenía la sensación de conocer aquella ciudad a fondo. Por obra y gracia de su amor al baile de salón, en especial al vals, había soñado durante años con asistir a un baile en la capital austriaca. Viena celebraba unos trescientos bailes por año y ese día, el día de Año Nuevo, se celebraba el que marcaba el inicio de la temporada, el Kaiserball, el mayor de todos. La emoción casi le hizo desmayarse mientras recordaba haberle comentado en una ocasión a Adam que se moría por asistir a ese baile.

Lo había recordado. Sintió un nudo en la garganta. Emociones que se negaba a admitir surgieron y reclamaron su atención.

Sin embargo, únicamente había acudido a la cita para hablarle de su tío. Había cumplido con su parte del trato y cuando el coche había ido a buscarla a Pembleton se había sentado en el asiento trasero sin más, sin intención de alargar el asunto durante el fin de semana. Decidida a no verse tentada, ni siquiera había llevado ropa de repuesto. A fin de cuentas, él obtendría lo que había deseado desde el principio. Ella no era más que el premio de consolación.

La bienvenida que le había ofrecido Stewart Cooper le había sobrecogido. Lejos de mostrarse rencoroso o iracundo ante su imprevista visita, había parecido ávido de su compañía. Ávido de alguna conexión con su madre. No había vuelto a amar a nadie después de ella.

Le había gustado su tío. A pesar de todo su dinero, parecía una persona triste y solitaria. Le había dicho que había ido a visitar a su madre todas las semanas durante los diez años que había permanecido recluida en el centro psiquiátrico.

—Me sentaba y le tomaba la mano —había dicho él con tristeza —, y contemplaba su rostro mientras ella miraba por la ventana. Jamás me miró y nunca habló. Creo que estaba tan destrozada por el remordimiento, el accidente de coche, haberte abandonado, herir a Nigel, que no soportaba verme. Pero yo tampoco soportaba no verla a ella.

Jasmine había llorado, atormentada por la idea. No había conocido bien a su madre y tenía buenos motivos para despreciarla. Pero la idea de ese amable caballero de ojos tristes sujetando la mano de su madre, semana tras semana, año tras año, a pesar de que ella se negaba a mirarlo o a hablarle… era terriblemente triste.

Stewart se había despedido con la esperanza de volver a ver a su sobrina. También había prometido echar un vistazo al negocio de Adam. Si los informes resultaban favorables, se pondría en contacto personalmente con él.

Se reclinó en el asiento mientras el avión despegaba y su mente se desbordaba de excitación y confusión. ¿Estaría Adam allí? Rogó para que fuera el Kaiserball el destino. De ser así, ¿cómo podría negarle cualquier cosa que le pidiera? ¿Y qué iba a ponerse?

—*Danke schoen.*

Adam abandonó la *boutique* en la que había comprado el vestido y dispuso que fuera entregado en el hotel. Después, consultó el reloj. El avión aterrizaría en una hora. Tenía tiempo para ducharse, vestirse y dejarle una nota. Y el vestido.

No había podido resistirse. La intención inicial había sido la de

llevarla de compras, dado que ella no tenía ni idea de la clase de acto al que acudirían. Por suerte conocía a un experto agente de viajes que no sólo había conseguido invitaciones para el cotizado evento sino que, gracias a una tardía cancelación, le había conseguido una *suite* en ese hotel. Considerando, además que era Nochevieja, ese tipo se merecía una medalla.

Por puro azar había visto en el escaparate de una *boutique* un vestido que le había dejado sin aliento, sobre todo cuando se imaginó las curvas de Jane Cooper dentro de él. Dios era testigo de que no se lo merecía, pero, a fin de cuentas, iba a servir a su placer, no al de ella.

Lo había vuelto loco con sus desgarradores secretos. Quizás, y sólo quizás, se sentía un poco culpable por cobrárselo con sexo. Aunque no demasiado culpable, pero en cuanto hubo iniciado los preparativos las cosas empezaron a rodar solas. Iba a preparar un escenario para el sexo, nada más, y le ofrecería una noche que jamás olvidaría.

Se moría de ganas de verla con el vestido. Entró en el opulento Hotel Imperial con paso ligero y una sonrisa fácil y se dirigió hacia los ascensores. Impulsivamente, dio media vuelta y con su rudimentario alemán le pidió a la recepcionista que reservara un coche de caballos para aquella noche. La princesa iría al baile con estilo.

Jasmine permanecía ante la puerta del fabuloso hotel Imperial con la boca abierta. Se suponía que era uno de los hoteles más románticos del mundo. El día no hacía más que mejorar.

El vuelo había resultado rápido y sin incidentes, aunque a lo mejor era su mente la que había ido rápida y no el avión. El único problema había surgido al entrar en el aeropuerto, llena de incertidumbre, preguntándose dónde estaría Adam. Preguntándose si aquello no sería nada más que una broma macabra.

Sin embargo, enseguida vio a un hombre con un cartel que rezaba: *Fraülein Cooper*, y tras un breve trayecto en coche se encontró ante la puerta del hotel presa de una excitación apenas soportable.

Al registrarse le informaron de que alguien la esperaba. Con el corazón dando saltos pidió un plano de la ciudad y un directorio de tiendas de ropa. Aunque intentaba no olvidar la posibilidad de que a lo mejor no irían al baile, necesitaba ropa interior, productos de aseo y algo que ponerse al día siguiente.

Un botones la escoltó hasta la habitación reservada a nombre de Adam. Al llegar le abrió la puerta con muchas florituras y la dejó sola.

Jasmine estaba demasiado impresionada para preguntarse por el

paradero de Adam. Sin moverse del sitio, dejó caer el abrigo, el bolso y los zapatos y caminó por el suelo de parqué dedicando varios minutos a impregnarse del entorno. ¡Era excesivo! Aunque muriera en ese mismo instante, no podría ser más feliz.

Una opulencia que jamás había conocido la transportó a otra época. De los altos techos colgaban candelabros de cristal. Las paredes estaban cubiertas de lujosas sedas sobre las que colgaban preciosas pinturas al óleo, del siglo XIX, con marcos dorados. También había varias *chaise longue* muy antiguas, jarrones con flores y fruta. Estuvo a punto de soltar un grito al ver el impecable armario Biedermeier. Dondequiera que mirara, su vista era deleitada con un nuevo tesoro.

Después de un buen rato entró en el dormitorio con el pulso acelerado. Tanta perfección no podría ser superada. Pero se equivocaba. La enorme cama con dosel no empequeñecía la habitación, seguramente gracias a los altísimos techos o al enorme espejo con marco barroco que colgaba enfrente. Las elegantes ventanas abatibles inundaban de luz el dormitorio y se abrían al Musikverein, una de las mejores salas de conciertos del mundo, y sede de la filarmónica de Viena.

Para cuando llegó al cuarto de baño tenía todos los sentidos saturados ante tanto lujo. Allí encontró una evidencia de la presencia de Adam: una toalla húmeda y sus productos de aseo. Una comprobación más exhaustiva reveló su ropa colgada del armario, una taza usada en el fregadero y un periódico inglés abierto sobre el sofá.

Se sentó en una *chaise longue* y sacó el teléfono para llamarle, dando por hecho que el número sería el mismo que tenía en Nueva Zelanda. Sin embargo, un impulso le hizo marcar el número de Gill.

—Jamás adivinarás dónde estoy.

Gill soltó un grito de alegría al saberlo. Jasmine hizo otro recorrido por la *suite* mientras intentaba describírsela. Al fin se acordó de preguntar por su padre.

—Hoy no tiene un buen día —contestó Gill tras una larga pausa —. Estuvo hablando con Ian quien le hizo una descripción bastante despiadada del carácter de Adam y también le dijo que le habías dado esperanzas de que os casarais algún día.

Jasmine suspiró. Su padre se disgustaría al saber que no había ninguna posibilidad de boda entre Ian y ella. ¿Por qué no comprendía lo irracional que resultaba que intentara obligarla en los tiempos que corrían y a sus años?

Soltó un bufido y miró a su alrededor. ¿En qué tiempo y a qué edad se encontraba?

—¿Gill? —de repente alguien llamó a la puerta—, tengo que dejarte. Creo que Adam ha vuelto —tras informar a su madrastra de

que estaría de vuelta en un par de días, abrió la puerta y se encontró con el botones que llevaba una caja plana muy grande.

—*¿Fraülein Cooper?*

—*Ja.*

Jasmine contempló la caja y le entregó una propina al hombre. Después, la abrió presa de una gran excitación. Al ver el color del vestido se quedó sin aliento. Sólo podía describirlo como color cardo, morado pálido, aunque de una intensidad que sobrepasaba el lila. No llevaba tirantes y el escote era plisado, elevando la sobrefalda que revelaba una gasa de color lila. El cuerpo estaba bordado con cristales de Swarovski. Era la prenda más hermosa que hubiera visto en su vida. Lo alzó con delicadeza y corrió al dormitorio para contemplarse en el espejo.

Los ojos, habitualmente de color gris, parecían casi índigo. Una mano sujetaba el vestido contra su cuerpo mientras que con la otra se había recogido improvisadamente los cabellos. Su felicidad era ilimitada. Adam le había comprado un vestido. ¿Qué otra cosa podía pensar salvo que Cenicienta iría al baile?

¿Sería él su príncipe? Recordó que tenía que llamarle y a regañadientes colgó el vestido en el armario. Acababa de salir del dormitorio cuando llamaron a la puerta otra vez. Era el mismo botones con otra caja. Sorprendida, se quedó mirándolo con expresión bobalicona y el pobre hombre tuvo que entrar en la *suite* y dejar la caja sobre la mesa antes de cerrar la puerta al marcharse.

Se trataba de una capa de piel blanca. Más bien de piel sintética. Y tampoco era exactamente blanca sino más bien de un tono gris pálido ahumado. El accesorio perfecto para el vestido.

Accesorios. Necesitaba guantes, zapatos, un sujetador sin tirantes. Quizás unos pendientes… ¿cuánto tiempo tenía? Fue entonces cuando se fijó en el sobre que estaba en el espléndido escritorio barroco. Por supuesto, él había dado por hecho que su amor por las antigüedades le haría mirar ese escritorio primero, pero la *suite* estaba tan llena de tesoros… Sacó una gruesa hoja de papel del sobre. La nota era breve y estaba escrita a mano.

El carruaje te espera abajo a las siete en punto. Te veré junto a la escalinata. A.

Jasmine consultó el reloj y se puso en marcha.

Un par de horas más tarde entró a trompicones en la *suite* cargada de bolsas. Una ducha, maquillaje, el pelo… no había tiempo para pedir cita en la peluquería del hotel, especializada en peinados de bailes.

Tendría que arreglarse ella sola. Mientras tarareaba *Die Fledemam*, se lanzó a los preparativos.

Abandonó la *suite* cinco minutos antes de las siete. Salió del hotel y fue conducida hasta un coche de caballos. Por supuesto…

Se dirigieron lentamente por Ringstrasse hacia el palacio Hofburg. Caían unos ligeros copos de nieve y la ciudad resplandecía. Todo resultaba tan perfecto que Jasmine temía morir de felicidad. Ante la perspectiva de volver a ver a Adam, los nervios le mordían el estómago. No podía olvidar lo enfadado que había estado con ella.

Lo último que hubiera esperado era que se mostrara tan atento. Y tan generoso. Había oído que Adam era económicamente más que solvente, pero ese viaje debía de haberle costado una pequeña fortuna. ¿Cómo iba a poder recompensarle por ello?

Una cierta inquietud se instaló bajo su manto de felicidad. Sabía exactamente qué quería él a cambio. Sin embargo, Adam también debería saber que todas aquellas molestias y gastos eran innecesarios. Adam Thorne conseguiría su rendición con algo tan sencillo como una caricia o una mirada suya.

De repente surgieron entre la nieve las luces del palacio y todo rastro de nervios se evaporó. El cuento de hadas continuaba. Lentamente se aproximaron al gran palacio en el que parecían brillar miles de ventanas. Jasmine avanzó flotando hacia la entrada junto con cientos de personas, todas vestidas de gala. Y al fin estuvo dentro.

¿Cómo iba a encontrarlo? Allí debía de haber unas dos mil personas esperando ansiosamente.

Miró hacia la escalinata y empezó a contar. Los hombres iban todos vestido de traje de etiqueta negro o blanco. Se acercó a las escaleras y, milagrosamente, allí estaba. Les sacaba más de una cabeza a los demás, a pesar de estar apoyado contra la pared. Su imponente físico fue como un imán para ella. Perfecto, salvo por el hecho de que aún les separaban unas mil personas.

Por suerte, la guardia imperial eligió ese instante para realizar el cambio de la guardia y la multitud se quedó quieta permitiéndole abrirse paso aunque tuviera que comprobar periódicamente su ubicación. A medida que se acercaba a él sentía crecer su ansiedad. ¿Le gustaría cómo le quedaba el vestido? ¿Seguiría enfadado? En cualquier caso le costaba creer que hubiera soportado tantas molestias y gastos si no tuviera la intención de que ella disfrutara.

A unos tres metros de su objetivo se paró para admirarlo. El elegante traje negro se ceñía a su cuerpo, alto y musculoso, acariciando sus anchos hombros y finas caderas. Con su moderno corte de pelo y estudiada barba de tres días, no encajaba con el perfil de un miembro de la familia imperial, pero destacaba sobre todos con

su presencia y vitalidad como si se tratara de un emperador. El conjunto lo completaba una corbata perfectamente anudada. Tras deleitarse con la visión, decidió almacenarla en su mente para atesorarla el resto de su vida.

Como si hubiera sentido su presencia, Adam se volvió. Estiró el cuello como si olfateara el aire y de repente sus ojos la encontraron dejándola sin aliento. Aunque se irguió al verla, no hizo el menor ademán de dirigirse a su encuentro. Su presencia dominaba sobre el mar de asistentes. La multitud, la opulencia, incluso la orquesta desapareció para Jasmine. Allí sólo había dos personas. Le sostuvo la mirada y sintió resurgir su confianza mientras avanzaba hacia su príncipe como si estuviera en un sueño. Se miraron fijamente y el serio semblante de Adam pareció suavizarse un poco. Por fin, pudo respirar de nuevo.

Se sentía más hermosa de lo que se había sentido en su vida. Con esa profunda mirada le había devuelto su orgullo, su autoconfianza, su fe en sí misma como mujer deseable. Todo aquello que había perdido años atrás. Él le tomó ambas manos enguantadas y la miró como si la viera por primera vez.

Sonó una fanfarria y todo el mundo quedó en silencio a la espera de la bienvenida oficial por parte de los actores que interpretaban el papel del emperador Francisco José y la emperatriz Sissí. El hechizo se había roto. Adam inclinó la cabeza y le ofreció su brazo. Se abrieron paso por las escaleras de mármol hasta los salones de estado mientras la joven devoraba cada detalle a su alrededor: miles de brillantes luces, mesas hermosamente dispuestas, enormes floreros con claveles. Un camarero vestido con librea gris les condujo hasta su mesa y, al fin, pudo sentarse, quitarse la capa y saludar al hombre que lo había hecho posible.

Adam le ofreció una copa de champán.

—Estoy… no sé qué decir —dijo ella y, decidida a aclararlo todo y poder disfrutar de la velada, le preguntó si seguía enfadado.

—De momento, es tu noche —él sacudió la cabeza sin dejar de mirarla a los ojos.

—No sufras —aunque la indirecta era evidente, a Jasmine no le importó. Era demasiado feliz para importarle que estuviera allí para pagar una deuda—. Te prometo no convertirme en una calabaza a medianoche.

Él la miró con gesto aprobatorio.

—Adam, todo esto —ella alzó una mano enguantada para señalar a su lujoso alrededor—, es demasiado. Esto, y el hotel. Es como un sueño. Aún no me creo que esté aquí.

—Esta noche vamos a darnos hasta el último capricho —él se

volvió en la silla y la miró fijamente.

Una burbuja de deseo estalló en las venas de Jasmine. Cada uno de sus músculos se tensó y empezó a arder. Era evidente que Adam se había dado cuenta porque su mirada se agudizó y recorrió todo su cuerpo con ella. Se moría de ganas de rodearle con sus brazos, de sentir la áspera barba contra su suave piel, la fuerza de los musculosos brazos abrazándola.

—No lo pienses —susurró él—. Limítate a disfrutar.

—Es perfecto, Adam —ella se inclinó hacia delante y rozó con sus labios los de él—. Gracias.

—No me darás las gracias después de que te haya pisado —él soltó una carcajada.

Se llenaron los platos en el opulento bufé y presenciaron la polonesa que abría el baile y en la que hermosas chicas vestidas de blanco, y chicos con frac, bailaban en perfecta formación.

—Es una especie de baile de debutantes —explicó ella—. Fue al leer sobre este ritual previo a los principales bailes de Viena cuando sentí el impulso de aprender a bailar mientras mis amigos se divertían en la discoteca o practicando algún deporte. Y ahora es la única vida social que me queda.

—Pobre solitaria bailarina —él sonrió—. Quizás deberías apuntarte a clases de *surf* o empezar a asistir a partidos de *rugby*.

—Típico neozelandés. No bailo para conocer hombres. Lo hago porque me permite salir de casa.

—A lo mejor no has bailado con los hombres adecuados —dijo Adam con una nota de misterio en la voz.

Mientras ella se preguntaba a qué podía referirse, el maestro de ceremonias pronunció las palabras que todos esperaban:

—*Alies Waltzer!*

—¿Bailamos? —Adam se puso en pie y le ofreció una mano.

—Me encantaría, caballero —la sonrisa de Jasmine se hizo más amplia.

Entre plato y plato bailaron al son de la música de Strauss y Mozart en cada uno de los siete salones de baile. El vals vienes era mucho más rápido que los demás, pero una vez se dominaba, los otros valses perdían su encanto.

Desde el instante en que Adam la tomó en sus brazos, ella fue consciente de que ese baile no se parecería a ningún otro. No es que fuera el mejor compañero de baile que hubiera tenido jamás, aunque de todos modos la cantidad de gente bailando impedía realizar los pasos correctamente. Sin embargo, bailar con ese hombre era como hacer el amor con él. Era incapaz de ver o sentir otra cosa. Los ojos color caramelo jamás abandonaban su rostro, impregnándola con tal

intensidad que tuvo que poner el piloto automático, algo que, afortunadamente, era lo bastante experta como para poder hacer. Se olvidó de los pies y se concentró en sentir la música por dentro y en absorber su presencia por fuera. Las masculinas manos, una en la palma de su mano y otra en la parte baja de la espalda, estaban calientes y secas y se deslizaban sobre su cuerpo con cada movimiento de aproximación entre ellos, provocando una deliciosa fricción que se extendió hasta la última de sus terminaciones nerviosas.

Recordó cómo se había sentido tras haber hecho el amor con él por primera vez. Sensible, pletórica de energía, estallando en pequeños latidos de sensaciones que hubiera deseado que continuaran para siempre. Sintió su aliento sobre el rostro, los músculos tensos bajo sus manos y las largas piernas que, de vez en cuando, se frotaban contra las suyas. Su cuerpo se convirtió en un instrumento para que él lo tocara, dirigiera, hiciera girar a su antojo, como una extensión del suyo.

La anticipación creció de un baile al siguiente. Adam Thorne exudaba sexualidad y era capaz de volverle loca incluso en medio de una multitud de miles de personas. Si lo hacía intencionadamente, entonces estaba cobrándose la deuda muy temprano. Sin embargo, descubrió sorprendida que no era ni más ni menos que lo que deseaba entregarle.

Capítulo 7

Adam no podía quitarle la vista de encima. El placer que obtenía al verla disfrutar de la velada era superior a cualquier cosa que hubiera experimentado, lo cual le desconcertaba dado lo egoísta de sus motivos. Decidió apartar ese pensamiento de su mente por si se volvía adictivo, en cuyo caso, ¿adónde le llevaría?

La dicha de Jasmine era lógica. Lo inesperado era lo encantado que se sentía al ver el brillo en sus ojos, sin rastro de tristeza, la preciosa boca curvada en una encantadora sonrisa ante la música que sonaba.

Su instinto sobre el color y el estilo del vestido había acertado de pleno. La pálida piel y los oscuros cabellos y cejas conferían al delicado tono de la tela una riqueza que cualquier otra persona hubiera ahogado. Los ojos grises y los cabellos recogidos en un clásico y elegante moño completaban una imagen que permanecería en su recuerdo mucho tiempo.

Sentía una enorme anticipación ante la noche que les aguardaba. Jasmine estaba espléndida con ese vestido, pero a cada minuto que pasaba deseaba cada vez más verla sin él. Su cuerpo no dejaba de recordárselo.

Justo antes de la medianoche, la orquesta dio paso a las campanadas de la gigantesca campana de San Esteban que despedía el viejo año. Adam se colocó a la espalda de Jasmine y al sonar la última campanada, cuando todo el mundo prorrumpió en aplausos y vítores, apoyó las manos en sus hombros mientras ella se volvía sonriente. Todos sonreían, algunos se besaban y abrazaban, otros se estrechaban la mano y otros habían empezado a bailar al son de los primeros compases del vals *El Danubio azul*, para saludar al nuevo año.

Jasmine y él se contemplaron en silencio. En los ojos de la joven se reflejaba el deseo que él sentía por ella. Unos ojos que habían adquirido un tono más oscuro que el vestido. Al fin comprendió por qué lo había comprado. Dio un paso al frente y agachó la cabeza.

—Feliz Año Nuevo, Jasmine.

Ella alzó la cabeza para encontrarse con él. Susurró algo con labios suaves, fragantes y perfectos. Él saboreó el labio superior con la punta de la lengua, dibujando con ella el contorno de su boca antes de acercarse un poco más y, con un suspiro, pegar sus labios a los de ella. La mano se apoyó con más fuerza en la parte baja de la espalda, atrayéndola hacia sí, y se besaron hasta quedar sin aliento.

Cuando Adam se apartó de ella se sentía más equilibrado a pesar de que respiraba entrecortadamente y que su miembro estaba duro como una piedra. La normalidad había vuelto. Ella lo deseaba. Él la deseaba. Ella le seguiría a cualquier parte, como en la pista de baile.

Todavía se quedaron para disfrutar de la opereta del Año Nuevo y la danza de *Fledermaus*, una de las favoritas de Jasmine. Era tarde y el baile aún duraría horas, pero Adam se sintió de repente harto de tanta gente y abandonaron el palacio imperial. La noche era fresca, aunque clara, y decidieron caminar de vuelta al hotel.

La emoción no le había permitido a Jasmine comer casi nada en el bufé, de modo que tenía hambre. Pararon en el *Wurstelstand* para deleitarse con la versión vienesa del perrito caliente. Las calles estaban llenas de gente y ella se sentía un poco embriagada de champán y excitación, y a ratos canturreaba alegremente. Adam la sujetó con fuerza del brazo para que no tropezara con los altos tacones en el pavimento adoquinado ni resbalara con la ligera nevada caída.

Los bares estaban casi todos abarrotados, y no muy lejos del hotel fueron atraídos por una hermosa voz. Jasmine se dirigió por un callejón adoquinado hasta un diminuto bar donde una mujer negra cantaba espléndidamente una balada de Tina Turner.

—Entremos —Jasmine tiró del brazo de Adam.

—¿Con la boca toda manchada de mostaza? —él alargó una mano, pero se lo pensó mejor y se inclinó para lamerle la mancha con la punta de la lengua.

Bajo la oxidada farola de la vieja calle, Jasmine se movió inquieta e inhaló entrecortadamente el gélido aire. Su rostro adquirió una expresión mágica.

Adam se quedó inmediatamente quieto, violentamente excitado por la repentina oleada de consciencia que oscurecía los bellos ojos grises. Todos sus sentidos exigían más y volvió a inclinar la cabeza tomándole el rostro con las manos y saboreando sus labios. Percibió el gusto picante de la mostaza, ajo y especias de la salchicha, con un toque afrutado de champán. Su deseo no hizo más que aumentar por lo que intensificó el beso.

Jasmine entreabrió la boca y cerró los ojos. Aunque estaba inmóvil, él sentía claramente la reacción de su sangre, sus músculos y cada una de sus células intentando alcanzarlo, tan palpable como si hubiera extendido sus brazos hacia él. Sin soltar su rostro introdujo con fuerza la lengua dentro de su boca siendo recibida por la de ella.

—Será mejor que no —fue al fin la respuesta a la propuesta de ella de entrar en el bar.

Sentía un desesperado deseo y no era capaz de aguantar ni un minuto más. La abrazó con fuerza y luego la empujó hacia el hotel.

Otra pareja entró con ellos en el ascensor del Hotel Imperial y se intercambiaron los habituales buenos deseos para el nuevo año. Sin

dejar de mirarla a los ojos, Adam empezó a quitarle discretamente uno de los guantes. Jasmine se apoyó contra la pared, incapaz de apartar la mirada, estremeciéndose de anticipación y nervios.

Aún en la calle, durante un instante habría preferido que no tuvieran que volver al hotel. No porque no lo deseara, que lo deseaba desesperadamente, sino porque significaría que el cuento de hadas habría terminado. Se acercaban al verdadero motivo de su presencia allí. La devolución de un favor. Había hecho un trato con el rey de los tratos.

Sabía que iba a ser generosamente compensada. No era la primera vez que disfrutaba de sus proezas en un dormitorio y sabía bien cómo reaccionaba su cuerpo ante él. Sin embargo, durante unas horas había elegido creer que estaba viviendo ese sueño porque sentía algo por ella y no porque deseara hacer cumplir una parte del contrato.

Adam le rodeó el cuello con el guante y ella ocultó una sonrisa con la mano. Tenía serios problemas. Le gustaba y disfrutaba enormemente con él. Aunque debería huir para salvar su vida, la anticipación que sentía cuando él la miraba a los ojos y le sujetaba el rostro entre las manos hacía que mereciera la pena cualquier pago que le exigiera.

Adam abrió la puerta de la *suite* y se hizo a un lado mientras ella entraba con la espalda rígida y el estómago encogido a causa de los nervios. Él contempló con interés las bolsas de las tiendas de complementos esparcidas por el suelo. Azorada, empezó a recogerlas, pero se lo impidió una fuerte mano. Las bolsas se quedaron donde estaban.

Él le tomó la mano y, sin interrumpir el contacto visual, tiró del guante hasta que la seda se deslizó suavemente por el brazo, haciéndole cosquillas.

—¿Quieres que llame al botones para que te ayude con el vestido? —preguntó él con un brillo malicioso en los ojos.

—Creo que podremos arreglárnoslas —ella sonrió con dulzura—. ¿Te ayudó con la corbata?

—Mis labios están sellados —Adam sonrió mientras enganchaba la capa con un dedo y tiraba de ella hasta que la joven chocó contra su pecho—, pero se llevó una buena propina.

Tomó el precioso rostro entre sus manos y agachó la cabeza para acariciarle suavemente los labios con su boca al mismo tiempo que abría la capa. Luego metió las manos bajo la falsa piel y las deslizó por la espalda hasta los desnudos hombros. Por último le deleitó con un profundo beso que le hizo estremecerse hasta los dedos de los pies.

Jasmine adoraba su forma de besar. Una compleja mezcla de

seducción y autoridad. Un placer para sí mismo y, al mismo tiempo, una invitación para ella. Su beso le invitaba a mostrarse pasiva, libre para disfrutar y dejarse hacer. Pero también la incitaba a gemir de placer, a dar rienda suelta de su impaciencia, a arrancarse la capa y arrojarla sobre el sofá. Al día siguiente se avergonzaría al recordarlo, pero en ese momento no quería que hubiera ningún obstáculo entre ellos.

Adam utilizó los muslos para empujarla, andando de espaldas, hacia el dormitorio sin despegar los labios de los suyos. Los dedos se deslizaron por los desnudos brazos hasta agarrarle una mano e iniciar un baile que les acercaba con cada giro más y más a la cama. El baile continuó, en una versión mucho más íntima de lo que podría haberse imaginado el señor Strauss.

Cuando la parte trasera de las piernas de Jasmine chocaron contra el borde de la cama, Adam se echó a un lado y encendió una de las lámparas de la mesilla. Tras contemplar el laborioso peinado, suspiró presa del desánimo y procedió a quitarle las horquillas una a una.

—Lo siento —una risita culpable escapó de los femeninos labios. ¿Por qué no se había peinado los cabellos sueltos? Afortunadamente, el vestido llevaba una cremallera y no cientos de botones.

—Jamás te disculpes por esforzarte en agradarme —él sonrió distraídamente y prosiguió con su labor.

«Lo mismo digo», quiso decir ella, pero en lugar de hablar extendió las manos, consciente de que también tenía un arduo trabajo por delante. Una corbata era una prenda añadida a las ya demasiadas que llevaba. La corbata era fácil, pero aún quedaba el chaleco, los tirantes y la camisa almidonada cuyos botones se negaban a colaborar con los temblorosos dedos. Las manos de Adam abandonaron sus cabellos y la ayudaron a hacer pasar los botones por los malditos ojales al tiempo que se las arreglaba para quitarse la chaqueta junto con el chaleco.

Después terminó de deshacer el moño. Los cabellos cayeron sobre sus expertas manos antes de que los alisara sobre la nuca, hombros y canalillo. Allí donde él la tocara, la piel entraba en combustión. Jasmine respiró entrecortadamente e intentó afianzarse al sentir las rodillas peligrosamente a punto de doblarse. Y no sólo eso. Los tensos pechos amenazaban con salirse del escote del vestido. De poca ayuda sirvió el que él se agachara para volver a besarla en la boca. Un beso intenso y sensual que desató una tormenta en su interior. Cuando esa boca descendió por el lóbulo de la oreja y los hombros hasta el canalillo, estuvo a punto de desfallecer, casi temerosa de respirar.

—Respira —le ordenó él en un susurro.

Ella obedeció y su mente se aclaró un poco.

—Debo confesarte —Adam se irguió y volvió a deslizar las manos por su espalda—, que jamás había deseado nada tanto como verte fuera de este vestido —encontró el cierre de la cremallera que bajaba todo lo largo de la espalda. Lenta, muy lentamente, empezó a bajarla mientras le acariciaba la espalda con los nudillos y le rozaba el pecho con su cuerpo.

Antes de celebrar el hecho de haber adquirido lencería nueva, ella aún tuvo tiempo de pensar en tocarle. Las suaves manos se deslizaron bajo la camisa abierta sobre el torso y el abdomen. Se inclinó hacia delante y lo besó en el esternón mientras deslizaba las manos sobre el largo y curvado músculo pectoral y le mordisqueaba los pezones.

El vestido cayó al suelo con un suave murmullo de seda y ella levantó los pies, aún calzados con los zapatos de tacón. De repente se le ocurrió que no debería haber pisado el parqué con los tacones. Se descalzó y se agachó para recoger el vestido, pero Adam la sujetaba por las manos y le impedía moverse. Jasmine se quedó inmóvil mientras él le barría el cuerpo con la mirada con evidentes signos de incontrolable deseo. Hizo un repaso desde el sujetador color marfil con cierre delantero hasta las medias sin ligas que se sujetaban al muslo con una banda de silicona y que habían aguantado en su sitio todo el baile, tal y como le había prometido la vendedora.

Adam inclinó la cabeza y se humedeció los labios. El entrecejo estaba fruncido, más en un gesto de concentración que de desagrado. Jasmine levantó la cabeza, a punto de preguntar qué sucedía, pero cuando sus miradas se fundieron, se sintió de nuevo como en el baile. Hermosa. Deseable. Suya.

Él se quitó la camisa y desabrochó los pantalones. Sin tirantes que los sujetaran, cayeron al suelo formando un montón al que se unieron los zapatos. Jasmine reprimió una sonrisa al ver los ajustados calzoncillos grises, deformes y estirados más allá de los más estrictos controles de resistencia del fabricante. La visión la distrajo lo suficiente para impedirle preocuparse por las costosas vestimentas desparramadas con descuido sobre la antiquísima alfombra. Cuando Adam la abrazó con fuerza, moldeando su cuerpo contra el suyo, se olvidó de todo salvo de la sensación ardiente de su piel y de la textura de su lengua que se hundía ansiosa en su boca.

Las masculinas manos la acariciaron, rodeándole la nuca y extendiendo la sensación de placer hasta la espalda, sobre la curva de las nalgas y hasta las pantorrillas. Se revolvió inquieta. Necesitaba más, lo necesitaba todo. Él alzó la cabeza con ojos turbios y oscuros, dejando la delicada boca húmeda y sin aliento. Ahuecó las manos sobre los pechos y los apretó y sopesó hasta que ella sólo pudo

centrarse en la curva de sus pechos y en los pezones que ascendían y latían suplicando ser acariciados. Qué dulce paraíso cuando al fin su boca se cerró sobre uno de esos erectos pezones, cuando lo introdujo en su boca y lo chupó. La sensación era tan primitiva, tan profundamente arraigada que su mente gritaba: «¡Más!». No era posible estar tan cerca del orgasmo si ni siquiera la había tocado íntimamente, cuando sólo le había acariciado los pechos a través de la tela del sujetador.

De repente, Adam la reclinó contra él de modo que tenía la espalda apoyada en el atlético torso con las piernas estiradas. Un brazo estaba atrapado en su costado y el otro se aferraba al fuerte antebrazo. Sin embargo no hacía falta porque la tenía sujeta con suma facilidad mientras sus labios dibujaban una oscura sonrisa.

—Relájate —ordenó él en respuesta a los jadeos de Jasmine.

Con un ágil movimiento le desabrochó el sujetador y se lo quitó. «Ahora», pensó ella, «por favor, tócame…». La masculina mano se deslizó por su cuerpo llevándose a su paso las bragas y dejándola desnuda a excepción de las medias. Con mucha calma le besó los labios y el cuello, contemplándola tendida ante él, temblando para él. Jasmine respiraba entrecortadamente y él la sujetaba con un brazo, como si estuvieran bailando. Ella ordenó a sus piernas que se relajaran, pero todo su cuerpo estaba tenso, tensión que aumentó cuando empezó a deslizar los labios por sus pechos mientras sus manos hacían maravillas desde la rodilla hasta la cara interna de los muslos con caricias firmes y tórridas que le recordaron lo experto que era con las mujeres.

Con los ojos abiertos, Jasmine contempló el impresionante techo abovedado y se preguntó si sería la antigua capilla. Se sorprendió a sí misma con una sonrisa. La familia imperial que habría acudido allí a adorar a Dios no se sentiría muy feliz si viera cómo Adam la adoraba a ella. Quizás escucharían su súplica de liberación, de que él la tocara allí mismo, donde más lo necesitaba, el lugar que rodeaba con sus dedos volviéndola loca. Reclinó la cabeza contra el fuerte pecho que le servía de almohada. Era incapaz de hacer otra cosa que no fuera absorber los millones de sensaciones que él evocaba.

Un ahogado jadeo surgió de su garganta cuando él al fin cubrió con la mano ahuecada, pero con firmeza, el hueso púbico y empezó a juguetear con la punta de los dedos. Cuanto más presionaba, más tensión se acumulaba en su interior. Casi temerosa de la tormenta de sensaciones, del tormento que aguardaba al acecho, ella se retorció inquieta. Tuvo una ligera noción de su precaria posición con los talones apenas apoyados en el suelo. Los expertos dedos se deslizaron por su zona más íntima, infalibles, tomándose su tiempo, firmes aunque tiernos, aplicando presión allí donde más lo necesitaba. Por fin

alguien parecía haber oído sus oraciones.

Con las piernas en tensión y la garganta comprimida, dejó de respirar. Los hábiles dedos y la hábil boca intensificaron sus movimientos mientras ella llegaba a la cima de la liberación. El clímax estalló en su interior, obligándole a cerrar los ojos, decorando cada célula de su cuerpo con pinceladas de éxtasis, sujetándola tensa y temblorosa durante una esplendorosa eternidad.

Adam continuó aplicándole sus exquisitas caricias hasta que la sangre abandonó el cerebro de la joven quien poco a poco fue consciente de la frescura de los húmedos pezones, de los estremecimientos postrimeros que todavía recorrían su cuerpo, y del peso muerto sobre el brazo del hombre.

Abrió los ojos y lo descubrió mirándola con una inconfundible expresión. Tensó el brazo que aguantaba su peso y la levantó hasta dejarla de pie. Presa de una tremenda debilidad, no estaba segura de que sus piernas le aguantaran el peso.

A Adam le sorprendió que las piernas de Jasmine aún la sostuvieran. Por otra parte eran unas piernas hermosas, largas, fuertes y suaves. Las medias que llevaba puestas eran la cosa más *sexy* que había visto en su vida. El femenino suspiro había resonado de satisfacción y no pudo evitar sentirse orgulloso.

Deseaba más de esa satisfacción, deseaba sentir las bonitas piernas alrededor de sus caderas. Necesitaba estar dentro de ella, encima de ella, para ver y sentir su respuesta una y otra vez. Aquella noche le iba a permitir poner en práctica sus habilidades para la danza.

Se arrancó apresuradamente la ropa interior y agarró un puñado de preservativos de la mesita de noche. Al arrojarlos sobre la cama, los ojos de Jasmine se iluminaron. Extendió los brazos y le rodeó el cuello, presionando su cuerpo contra el suyo. Olía increíblemente bien, una mezcla de su elegante y sutil fragancia junto con el sexo, el punzante y narcótico aroma de su propio clímax en sus dedos.

Sin más preámbulo, la tumbó sobre la cama y rodó a su lado. Se apoyó sobre un codo para llenarse la vista y los sentidos de ella. Era fabulosa, una visión de pálida piel marmórea, bien proporcionada con unos gloriosos pechos, una diminuta cintura y sinuosas caderas que le conferían una delicada feminidad. La inmaculada piel brillaba muy suave, tanto que era incapaz de mantener los ojos, las manos y los labios apartados de ella. No conseguía comprender cómo el tarugo de su hermano no se había fijado adecuadamente en la sensual belleza que tenía al otro lado de la puerta de su despacho. Desde el instante

en que la había visto, supo que bajo los serios trajes de chaqueta y el severo moño se escondía toda una belleza, un cuerpo lujurioso hecho para el amor, y su reacción ante él lo volvía loco.

Jasmine sonrió lentamente. Sus ojos brillaban de anticipación y una diversión que nunca habría asociado con su persona. Le había confesado que era su tercer amante, y no había tenido ninguna duda al respecto, dada la timidez e inseguridad que había mostrado, poco habituada a enseñar su cuerpo o tocar a un hombre.

Mientras tenía su mente ocupada en esos pensamientos, de repente se encontró tumbado de espaldas. Ella se irguió, cual sensual Ave Fénix con sus largos cabellos cayendo sobre los hombros, sus perfectos pechos destacando sobre él, suplicándole sus caricias, y con esas medias malditamente *sexys* coronadas por una banda de satén que le rozaba la cintura.

—¿Quieres jugar, preciosa? —murmuró él mientras deslizaba las manos sobre sus caderas para posarlas en la diminuta cintura.

—Un poco —ella le apartó las manos y las colocó sobre la cama.

«Lo que la dama desee», pensó él con los ojos entornados. Jasmine empezó a deslizar sus eficaces y aventureras manos sobre él y en un lapso de tiempo vergonzosamente breve le hizo agitarse de impaciencia. La excitación aumentaba demasiado deprisa. Empezó a contar para distraerse. Una elegante uña describía círculos alrededor de sus pezones y diez uñas le arañaban el estómago. Un lujurioso par de labios saboreaba su boca con la punta de la lengua seductoramente torturadora mientras él se alzaba lo suficiente para que la fuerte erección rozara el bonito trasero. Ayudándose de las manos, le empujó las caderas hacia abajo.

La boca de Jasmine recorría todo su cuerpo, provocando incendios a su paso. A pesar de disfrutar enormemente con la visión, Adam no pudo evitar echar la cabeza ligeramente hacia atrás, el esfuerzo por contenerse era inmenso. Los oscuros cabellos le hacían cosquillas en el pecho con cada movimiento de la cabeza. Ella estaba inclinada hacia él y descendía cada vez más a medida que él ascendía hacia la cima. Él no pudo más y alargó la mano en busca de un preservativo cuyo envoltorio rasgó con los dientes.

Jasmine alzó la vista, sorprendida por el sonido.

—Pónmelo —dijo él con voz ronca. Ya no podía aguantar más. La próxima vez irían con más calma…

Ella se irguió y tomó el envoltorio de sus manos, extrayendo lentamente el contenido y sujetándolo primorosamente entre el índice y el pulgar. Adam cerró los ojos. Aquella mujer lo estaba matando con diminutas y crecientes torturas.

La joven se arrodilló y se deslizó un poco hacia abajo hasta que

la erección quedó entre ambos cuerpos. Después arrojó el preservativo sobre el masculino estómago y empezó a alternar pequeñas y juguetonas caricias con movimientos lentos y firmes con ambas manos. La mente de Adam se quedó en blanco. El aire escapó de sus pulmones y rompió a sudar. Ya no soportaba más la dulce tortura, y cuando ella continuó, pensó que explotaría en sus manos.

—Pónmelo —él agarró el preservativo y se lo tendió antes de sujetarle los muslos y separarlos para aplicar su propio castigo sobre ella hundiendo los dedos en su cálida cueva, sintiendo cómo se cerraba en tomo a él. Los músculos de los muslos estaban tensos y duros. Bien. Había llamado su atención. Le gustaba jugar tanto o más que cualquiera, pero la deseaba desde hacía demasiado tiempo. Tenían toda la noche para jugar.

Ella deslizó el preservativo en su sitio con exasperante lentitud y él apretó los dientes con fuerza. Al fin se irguió sobre él y le facilitó la entrada a su cuerpo y Adam creyó que iba a morir cuando se paró, se acomodó y se estiró mientras él se llenaba las manos con sus pechos. Había algo tan perfecto en todo aquello, en la manera en que lo miraba, en su tacto, en cómo reaccionaba ante él.

Jasmine empezó a moverse de cintura hacia abajo en movimientos circulares desesperantemente lentos. Sus caderas se retorcían mientras que los pechos se mantenían firmes y su cuerpo lo enguantaban con firmeza.

Aquello era el paraíso, pero se sentía abrumado por la necesidad de empujar, de tomarla, de embestir. Tomó impulso y giró hasta tumbarla de espaldas ahogando el grito de sorpresa con su boca. Al mismo tiempo que se lanzaba en su interior, hundió la lengua en la femenina boca. Ella arqueó la espalda mientras la llenaba y pronunciaba su nombre entre jadeos al tiempo que acompasaba sus movimientos a los suyos rodeándole la cintura con esas gloriosas piernas. Toda gana de jugar desapareció y sus ojos brillaron con una determinación de acero, tan intensa como la suya propia. La liberación se convirtió en la única meta para ambos. Aunque intentó contenerse un poco más, su necesidad de liberación lo atrapaba con fuerza.

En un último movimiento agarró una almohada y la deslizó bajo las caderas de Jasmine. El nuevo ángulo resultó eléctrico, profundo, increíble. Ella abrió los ojos desmesuradamente, jadeó y apretó las piernas con más fuerza alrededor de su cintura. Él volvió a embestir, transportándoles a otro nivel, más alto y ardiente, y más agotador que nada de lo que hubiera experimentado jamás. Sintió las femeninas paredes abrazando su masculinidad con perfección absoluta. Y sintió cómo esas paredes empezaban a estremecerse. Apartó los labios de su boca y la observó estallar, engullendo su placer y su liberación, y

después la siguió en un interminable placer.

Capítulo 8

Adam se sentó en una silla a pocos centímetros de la cama para poder observar a Jasmine mientras dormía. Eran más de las diez. Al abrir las cortinas había descubierto una ciudad cubierta de nieve y un sol brillante en el cielo despejado.

Le había despertado un mensaje de John, su amigo y socio de Londres. Al parecer había recibido una llamada telefónica de un hombre que aseguraba ser Stewart Cooper. Al ser informado de la ausencia temporal de Adam, el hombre había prometido volver a llamar.

Jasmine seguía durmiendo plácidamente. A lo largo de los últimos dos meses, había enviado varios mensajes y correos electrónicos sin conseguir abrir una brecha en el círculo más próximo del excéntrico solitario. No quería despertarla ya que no se habían dormido hasta pasadas las cuatro de la madrugada, pero se moría por saber si tenía algo que ver en el repentino cambio de opinión de multimillonario.

Tampoco le importaba seguir contemplando el bonito rostro. Tenía serias dudas de que fuera a conseguir olvidar el aspecto de aquella mujer la noche anterior con ese bonito vestido, o sin él. Sus cabellos color avellana con las puntas curvadas se esparcían por el rostro y la almohada.

Adam inclinó la cabeza e hizo un listado mental de los muchos rostros de Jasmine Cooper. En el poco tiempo transcurrido desde que se conocían la había visto desaliñada tras un paseo en moto, haciendo gala de un conservador *glamour* durante el baile, fresca y recatada en el trabajo, elegante y regia la noche anterior, y fogosa, desnuda y agitada pocas horas antes.

Jasmine Cooper con sus distintos rostros, sus secretos y su sensual cuerpo era una dama muy interesante. ¿Quién se hubiera imaginado que la asistente personal de Nick pudiera metérsele tan profundamente bajo la piel? Quizás demasiado profundamente. Adam no podía permitirse el lujo de la distracción que le provocaban los secretos, los distintos rostros y los sensuales cuerpos, con la excepción de lo último. Durante los siguientes meses no podría despegarse del trabajo.

Afortunadamente, ella volvería a Nueva Zelanda en breve. Aunque, entre el falso noviazgo, su tío y el hecho de que trabajara para Nick, parecía que se enredaba cada vez más en su vida.

Lo cual debería preocuparle más de lo que le preocupaba…

El móvil sonó y Adam soltó un juramento en voz baja antes de leer el mensaje. John quería conocer la hora exacta de su regreso.

—¿Trabajando el día de Año Nuevo? —preguntó Jasmine con voz somnolienta.

Adam levantó la vista. Ella tenía la cabeza alzada sobre la almohada y su aspecto era fresco y rosado. Terminó el mensaje y cerró el móvil antes de tomar una taza de café, que se enfriaba sobre la bandeja que había llevado el botones, y acercarse a la cama para ofrecérsela.

—¿Hablaste con tu tío sobre mí? —él se sentó en el borde de la cama y refrenó la tentación de retirarle un mechón de cabellos del rostro.

—Sí —Jasmine pestañeó, tomó un sorbo de café y tras hacer una mueca de desagrado le devolvió la taza antes de sentarse en la cama —. ¿Por qué?

—Al parecer me ha telefoneado —Adam observó divertido el rostro hermético de la joven.

—Eso es estupendo, ¿no? —ella asintió y lo miró con recelo.

—Es más que estupendo —él le sujetó la barbilla con una mano —. ¿Lo has hecho tú por mí?

—Te lo debía —ella asintió.

—Y aun así, viniste a Viena —él escuchó en sus propias palabras el deseo de esos labios, su desprecio por la noche que habían compartido.

—Yo… no tenía intención de venir —una rosada lengua asomó entre los sensuales labios para humedecerlos—. No traje conmigo nada salvo la ropa que llevaba y el bolso.

Eso explicaba las bolsas tiradas por el suelo.

—¿Ibas a dejarme plantado? —él enarcó las cejas—. ¿Te importaría explicarme por qué?

Ella alzó la vista y sus miradas se fundieron durante largo rato. Al fin negó con la cabeza.

Adam soltó un suspiro, extrañamente aliviado. Algo en los preocupados ojos grises le decía que no quería conocer el motivo. Al menos no mientras estuvieran manteniendo esa conversación.

—¿Por qué cambiaste de idea?

—Le pregunté a la auxiliar de vuelo cuál era el destino —ella bajó la vista hasta las manos y respiró con cautela. El tono entre marfil y rosado de su rostro se inclinó claramente a favor del rosa—. Era Nochebuena…

—Y tú llegaste al aeródromo y… —Adam estaba a punto de sonreír.

—Contaba con que estuvieses allí —intervino ella.

—…al aeródromo —continuó él—, con la intención de decirme dónde podía meterme el fin de semana porque ya habías hecho lo que

yo te había pedido.

El tono rosado más intenso confirmó sus sospechas.

—Pero al descubrir que el destino era Viena…

—Tenía la esperanza… recordaba haberte dicho en Nueva Zelanda que siempre había querido asistir al Kaiserball —ella se mordió nerviosa el labio inferior.

—¿Y no pudiste resistir la tentación?

Ella sacudió la cabeza.

—Y yo que pensaba que era por mi irresistible *sex-appeal* y chispeante encanto —Adam la miró con severidad, disfrutando de la evidente incomodidad de la joven antes de echarse a reír.

—En cuanto a lo del encanto, no estoy muy segura —Jasmine dejó caer los hombros y lo miró a los ojos—, pero puede que lo del *sex-appeal*…

—Gracias —se sonrieron y él le tomó nuevamente la barbilla en la mano. Sabía lo preocupada que estaba por la delicada salud de su padre. Arriesgarse a disgustarle no debía haberle resultado sencillo—. No debe de haber sido fácil ir a ver a tu tío.

—No resultó tan malo —la sonrisa se hizo más tenue—. Me cayó bien.

—Te lo agradezco —Adam depositó un ligero beso en sus labios —. Vístete. Hoy es tu día de visita turística. Elige lo que quieres ver.

Varias horas más tarde abandonaron el mundialmente conocido museo Kunsthistoriches.

—Otro deseo concedido —suspiró feliz Jasmine—. ¡Es el mejor Año Nuevo de mi vida!

No había dejado de parlotear durante horas, demostrando sus conocimientos sobre el arte barroco austríaco y su escultura, y los muchos otros tesoros que albergaba el enorme museo. Miró de reojo a Adam y sintió un poco de lástima por él. Seguramente hubiera preferido encontrarse en un bar o en el hipódromo. O, su corazón le dio un vuelco, encerrado en la habitación del hotel con ella.

—Perdóname si te aburres por mi culpa —ella empezó a ponerse los guantes—. Me imagino que los museos no son lo tuyo.

Por lo que había oído decir de Adam, la cultura, la historia y la tradición no encabezaban su lista de entretenimientos favoritos. Sin embargo, había soportado con buen humor la desafortunadamente corta visita a ese maravilloso museo.

—En absoluto —contestó él con altivez—. Verlo a través de tus ojos ha sido como una revelación. Tus conocimientos me impresionan.

Jasmine se pavoneó ligeramente. Se hizo el firme propósito de

incorporar a sus conocimientos algún curso de postgrado en arte o algo similar.

—Ya te lo dije en Navidad —Adam se subió el cuello del abrigo para protegerse del frío—. Eres una apasionada de la historia y sin embargo trabajas para una empresa financiera, escribiendo cartas y recogiendo la ropa de mi hermano de la lavandería.

Al llegar a la plaza Maria-Theresien, ella deslizó un brazo alrededor del suyo mientras intentaba no ofenderse por los comentarios de Adam sobre su trabajo. Hacía mucho más que escribir cartas y hacer recados. Nick y su padre viajaban mucho y había que reseñar vuelos y hoteles, inscribirles en conferencias, organizar veladas y funciones. Sin embargo, si bien durante el primer año había resultado emocionante, en aquellos momentos era capaz de hacerlo con los ojos cerrados.

—Me gusta mi trabajo —insistió ella—. Me gusta ser organizada. Nick paga bien y los empleados son muy agradables.

Los empleados no se fijaban en los demás, y eso era lo más importante. Como la asistente personal del jefe, la trataban con respeto y se mantenían alejados de ella, y eso le gustaba. De ese modo no corría el riesgo de que se escapara algún secreto familiar en alguna reunión social.

—No estoy echando por tierra tu trabajo —Adam le apretó el brazo—, simplemente me intereso por tus motivos.

Sus motivaciones eran perfectamente razonables y no sentía ninguna necesidad de explicarlas. Durante toda su vida había soportado el escándalo, las miradas piadosas y ser señalada con el dedo. Quería intimidad. No podía ser tan difícil de entender.

—Tengo la impresión de que estás huyendo —continuó él tras darle el tiempo suficiente para que le contestara—. Te entierras bajo una carrera poco satisfactoria para escapar de la mala publicidad.

—¿Y cuál es la alternativa? —preguntó ella procurando no resultar demasiado irritable—. ¿Quedarme en Inglaterra y verme sometida al asedio de los medios de comunicación cada vez que salga de casa?

—Estás exagerando —él volvió a darle un apretón en el brazo.

—Tienes razón. Por supuesto —ella le dio una patada a la nieve que crujía bajo sus pies y suspiró ruidosamente.

Tenía la impresión de que lo sucedido había tenido lugar a millones de kilómetros de distancia y era una estupidez permitir que el pasado invadiera su cuento de hadas invernal. Jasmine decidió apartar los recuerdos de su mente. Tiró de Adam hacia la estatua de María Teresa para poder admirarla mejor. Se trataba de la sagrada emperatriz romana de la dinastía de los Habsburgo, y madre de María

Antonieta.

—¿Sabías que tuvo dieciséis hijos? —explicó Jasmine mientras su entusiasmo por la historia disolvía cualquier rastro de irritación.

Adam soltó un gruñido y echó la cabeza hacia atrás para contemplar la altísima escultura.

—Según los rumores —Jasmine convirtió el tono de voz en un susurro—, le pidió a su médico que hiciera algo para impedirle tener más hijos y él le dijo que se comiera una manzana. «¿Antes o después?», preguntó ella, y el médico contestó: «En lugar de».

—Pues no parece que tenga intenciones de huir de los chismorreos —Adam rió mientras daba unos golpecitos a los pilares de piedra que rodeaban la estatua.

Jasmine soltó una carcajada. Sus miradas se fundieron y el calor aumentó mientras su mente se llenaba de insanos pensamientos de reproducción y control de natalidad, y de Adam desnudo con una manzana en la mano. A Freud le hubiera encantado la analogía: Adán, manzana, pecado…

Algo en la expresión de su rostro debió de haber reflejado sus pensamientos, pues los ojos de Adam se oscurecieron hasta adquirir un seductor tono de caramelo fundido. La sonrisa se borró del femenino rostro mientras un incontrolable deseo la asaltaba y hacía que le flaquearan las piernas. Se quedaron de pie en medio de la plaza, sin dejar de mirarse a los ojos mientras la gente caminaba a su alrededor, ignorante del deseo que latía entre ellos.

Jasmine volvió la cabeza y miró en dirección al hotel. Estaban a tan sólo tres o cuatro manzanas y sentía un sudor frío en la nuca ante la necesidad de tocarlo.

—Hotel —Adam apretó su brazo con más fuerza—. Ahora.

Recorrieron el relativamente corto trayecto sin decir una palabra. En cuanto las puertas del ascensor se cerraron, Adam la atrajo hacia sí y la besó con ansias. Ni siquiera la noche anterior había percibido tanta necesidad.

—Date prisa —susurró ella con los labios pegados a su boca mientras ascendían lentamente. Al fin se abrieron las puertas y salieron a la carrera. Sin embargo su camino quedó bloqueado por el carrito de la camarera. Habían abandonado la *suite* pasado el mediodía y aún les estaban arreglando la habitación.

Se miraron a los ojos, jadeando como si acabaran de correr la maratón mientras que la camarera, con los ojos muy abiertos, aguardaba instrucciones. Lo más educado habría sido bajar a la cafetería y tomarse algo sentados en los antiguos sofás mientras la mujer terminaba su trabajo. Pero Jasmine no podía esperar y por la expresión de impaciencia y angustia en los ojos color caramelo, Adam

tampoco. Echó una ojeada hacia el dormitorio… al menos la cama estaba hecha.

Adam entregó a la camarera una generosa cantidad de euros tras lo cual ella asintió y se marchó no sin antes entregarle un juego de toallas limpias.

—Pobre mujer —solos al fin, Jasmine soltó un bufido—. Se ha quedado sin habla.

—Le di una buena propina —murmuró él mientras la empujaba contra la pared, al parecer más interesado en desnudarla. Le arrancó la bufanda y había desabrochado la mitad de los botones del abrigo cuando ella por fin consiguió dejar de reír.

Ella se preguntó a qué se debería tanta urgencia, ese abrumador deseo. Después de las horas que habían pasado haciendo el amor de todas las formas imaginables, le sorprendió la desesperación que sentía.

Sintió un estremecimiento mientras Adam le arrancaba la ropa, dejándola únicamente con las bragas y los botines. Con cada prenda que arrojaba triunfalmente al suelo, le daba un apasionado y lujurioso beso en los labios. Con ambas manos le deshizo el peinado en un alarde de actividad.

—A la cama —ordenó mientras la agarraba de los hombros y la empujaba hacia delante al mismo tiempo que se quitaba el abrigo. Al llegar junto a la cama, la empujó sobre el colchón y Jasmine, a cuatro patas, empezó a gatear hacia el cabecero. Sin embargo, los fuertes dedos le agarraron un tobillo. Al girar la cabeza el corazón le empezó a latir desbocado al ver la rabiosa necesidad dibujada en el masculino rostro. Una ligera aprensión la asaltó. Aquello era oscuro y peligroso, no la refinada seducción que había esperado. Fugazmente pensó en el indecoroso aspecto que debía de tener con el trasero apuntando hacia arriba, vestida únicamente con unos botines cuyos tacones amenazaban con destrozar la colcha de la cama.

Los dedos de Adam se cerraron sobre el tobillo mientras que con la otra mano se bajaba la cremallera del pantalón tras lo cual, lentamente, empezó a tirar de ella.

La visión de su cuerpo casi desnudo a cuatro patas y con las botas aún puestas estuvo a punto de hacerle perder el control. Los oscuros cabellos caían sobre los hombros en una cascada de ondas retorcidas por la trenza que había llevado. Giró la cabeza y lo miró con unos ojos que reflejaban deseo y recelo. Adam contuvo la respiración e intentó hacer acopio de toda su capacidad de autocontrol para relajarse. Tenía que bajar el ritmo, tranquilizarla, pero, por Dios que su deseo era salvaje.

Sin dejar de sostenerle la mirada, y el tobillo, bajó del todo la

cremallera antes de extraer, con la misma mano, un preservativo del bolsillo del pantalón. Durante un instante la soltó para colocárselo antes de arrastrarla poco a poco hacia el borde de la cama donde la aguardaba con la camisa puesta y los pantalones caídos a la altura de los tobillos.

Jasmine arqueó la espalda con las manos apoyadas sobre la cama y Adam le soltó el pie, se inclinó sobre ella y deslizó sus frías manos bajo el femenino cuerpo provocándole un respingo. El estómago se contrajo y los pechos se deslizaron directamente en las fuertes manos.

Él apoyó casi todo el peso de su cuerpo sobre las piernas mientras se acomodaba sobre el cuerpo de ella. Haciendo acopio de su maltrecho autocontrol, enterró el rostro entre los fragantes cabellos y le mordisqueó el cuello. Sintió como ella se estremecía ante sus caricias y sus nalgas empujaban contra él, distrayéndolo. De algún modo consiguió frenar el ritmo mientras le acariciaba los pechos hasta que ella empezó a gemir y a realizar movimientos ondulantes como el mar. Deslizó una mano hasta la pierna y la acarició desde la pantorrilla hasta la nalga, con especial atención a la corva, una zona, en su caso, excepcionalmente sensible tal y como había comprobado la noche anterior.

Jasmine pronunció su nombre entre gemidos y lo que le quedaba de autocontrol saltó por los aires. Nada más importaba, ni sus metas, ni su negocio, sólo importaba aquello: tomarla, hacerla suya, rendirse a la irreflexiva pasión y llevarla con él. Le separó las piernas y la acarició íntimamente mientras mascullaba un juramento al sentir el tórrido calor que emanaba de su cuerpo.

Ella oyó el juramento y sintió sus dedos sobre el cuerpo, dentro de ella. Estaba perdida. En lo más profundo de su ser algo se rompió, algo que contenía su razón, su dignidad, y soltó un alarido gutural y prolongado. El cuerpo se arqueó agarrotado por una oleada de sensaciones tan intensa que no pudo contenerla. Y cómo sabía Adam prolongar y alimentar el éxtasis, extrayendo todo el jugo de lo que podría haber sido un minuto, o diez. Cuando al fin volvió a algo parecido a la consciencia, temblaba por dentro y por fuera debido a la dulce liberación.

Él deslizó las manos por su cuerpo hasta entrelazar los dedos con los suyos y empezó a hacerle el amor desde atrás. Jasmine ronroneaba y se pegaba contra él, saciada aunque deseosa de complacer. El ángulo poco familiar, la sensación del latido del masculino corazón contra su espalda, la rapidez con la que su propio deseo volvió a encenderse, igualándose al de Adam, colisionó en la cima de la incredulidad cuando, de repente, él se apartó y la volteó.

—Quiero verte —gruñó mientras enterraba las manos en los sedosos cabellos y le inmovilizaba el rostro.

Jasmine lo recibió nuevamente, mirándolo a los ojos, y sintió el estallido del corazón que la dejó unos segundos a la deriva. Algo le inquietaba, algo iba mal en su interior y, aun así, todo parecía perfecto. Rechazó la molesta sensación y se unió a Adam en cada embestida sintiendo aumentar el clímax, deseándolo desesperadamente. Pero cuando él la miró a los ojos tuvo la sensación de poder ver en su interior, en su alma, o en la suya propia, o en ambas. Poco a poco se fundían en un solo ser. Y con desconcertante certeza, supo que se había enamorado.

Los irregulares bordes de su mente preorgásmica la llenaron de esperanza, pero también de un presentimiento. Sin embargo, su cuerpo se rindió a una marea de doloroso placer que barría con su dicha todo lo demás de su mente.

Tumbado sobre ella, Adam se convirtió en un único y rígido músculo antes de desplomarse con una mezcla de aullido y rugido rompiendo al fin el contacto visual. Después de un minuto, ella pudo al fin despegar las uñas del masculino bíceps.

Adam la sujetó con fuerza contra su cuerpo mientras esperaban a que sus respiraciones volvieran a la normalidad. Pero, por mucho que lo intentara, Jasmine no podía evitar que su mente se inundara de errantes nociones de amor. Para distraerse, hizo una lista que incluía el restaurante al que podrían ir a cenar y el museo que quizás tendrían tiempo de visitar antes de tomar el avión al día siguiente… pero no sirvió de nada.

¿Por qué no era capaz de separar el sexo de las emociones? La totalidad de la población masculina lo hacía sin pestañear. De todos modos no era amor. Era lujuria. Las personas decían y pensaban muchas tonterías en la cima de la pasión.

No podía enamorarse de Adam Thorne. Sencillamente no podía.

Él se movió ligeramente y volvió el rostro hacia ella, que intentó concentrarse en la fila de medias lunas que habían quedado grabadas en su brazo.

—Lo siento —dijo mientras le frotaba el músculo con la punta de los dedos—. Te he arañado.

—Me siento orgulloso de soportar una herida a consecuencia de un rato de diversión —él rió.

Ella no sonrió. No dejaba de pensar en lo relajado que parecía estar y en cómo le gustaba verle así. En cómo no debería dejarse llevar.

—¿Qué sucede? —Adam le levantó la barbilla hacia él.

—Nada —ella fingió estar concentrada en los arañazos del brazo

que lamía y frotaba con la punta de los dedos—. Todo es perfecto.

Él emitió un sonido de satisfacción y empezó a juguetear con sus cabellos, enrollando un mechón alrededor de su dedo.

Jasmine presintió que su mente daba vueltas a algo.

—¿Alguna vez Nick y tú habéis…?

—¿Cómo se te ha ocurrido semejante idea? —ella lo miró sorprendida.

—Tendrás que reconocer —Adam le sostuvo la mirada sin dejar de acariciarle los cabellos—, que parecéis hechos el uno para el otro.

—Puede que su prometida no estuviera muy de acuerdo con eso —la indignación de Jasmine aumentó.

—Jordan es estupenda —Adam no se inmutó ante el tono de frialdad—, pero superficialmente no parece su tipo.

—Quieres decir que sería más tu tipo —el comentario le había dolido. Había sido una indicación bastante precisa de que ella no lo era. Jordan era preciosa, elegante, le encantaba alternar y no parecía molestarle que cada uno de sus movimientos fuera seguido de cerca por la prensa.

—Quizás, suponiendo que tuviera un tipo —la sonrisa de Adam entristeció aún más a Jasmine—. Pero no has contestado a mi pregunta.

Ella emitió un suspiro, consciente de que su indignación estaba justificada a pesar del ramalazo de culpabilidad que empezaba a sentir. Reflexionó en profundidad antes de contestar. ¿De qué serviría admitir que, en efecto, había creído estar enamorada de Nick durante tres años? Incluso había rezado para que, un día, él levantara la mirada y la viera como algo más que su ayudante personal. Sin embargo, jamás le había alentado a ello.

Todo aquello había cambiado en el instante en que Adam Thorne había hecho su entrada en las oficinas de Thorne Financial Enterprises unos dos meses atrás. El corazón había iniciado un alocado galope, las palmas de las manos y la nuca habían empezado a sudar y había sido incapaz de hilar una frase completa, lo cual le había convencido de que lo que sentía por Nick era amistad, afecto y gratitud por ser un gran jefe. Se había confundido precisamente por ser tan su «tipo», conservador, sólido, una constante presencia. Además tenía que admitir que se sentía sola. Sólo contaba con un puñado de amigos en Wellington, y ningún amante.

No tenía sentido divulgar esa información en aquellos momentos, cuando Nick estaba felizmente prometido y ella se acostaba con su hermano.

—Siento un gran cariño por Nick —contestó con cierta rigidez—, y espero que me cuente entre sus amigos, pero ninguno de los dos nos

tomaríamos nuestra relación profesional a la ligera.

—Pues yo pienso que debería ir al psiquiatra si es capaz de verte a diario sin hacer nada.

El corazón de Jasmine le dio un vuelco mientras se preguntaba si se le habría notado algo.

—De todos modos, me alegro —continuó él—, porque no me haría ninguna gracia.

—¿No resistirías la comparación? —preguntó ella con un ligero sarcasmo.

—Al contrario —contestó él con voz cálida—. No me cabe duda de quién sería el vencedor —desenrolló el mechón de cabellos de su dedo y lo deslizó hasta el hueco entre los pechos.

A pesar de la instantánea y penetrante excitación que sintió mientras Adam deslizaba lentamente el dedo por sus pechos, le irritaba ser considerada como un peón de la eterna competitividad entre los dos hermanos. La rabia le vino bien, pues se sentía incapaz de enamorarse de alguien tan arrogante.

—Ha puesto el listón bastante alto con Jordan, ¿verdad? —insistió ella con fingida dulzura antes de perder el hilo al sentir el dedo de Adam describir círculos alrededor de su pezón. El durísimo pezón.

—No me importa que me gane en cuanto a lo del matrimonio —Adam se humedeció los labios con la lengua mientras miraba el pecho con deseo—. Al menos durante los próximos diez años.

Inclinó la cabeza y Jasmine cerró los ojos como signo de aceptación. Jamás le había dado motivos para esperar algo más que una aventura temporal.

Adam deslizó la lengua por un pezón y, a pesar de la pena que sentía en el corazón, ella se estremeció de placer.

—Yo te diré qué es perfecto —continuó él en un tono casual mientras ahuecaba las manos alrededor de los pechos—. Estos son perfectos. Tienes permiso para arañarme.

Más tarde aquella misma noche, Jasmine convenció a Adam para tomar un taxi hasta Grinzing, el barrio vienes de los vinos.

—Quiero ir a un *Heuriger*, una especie de taberna con bodega. Venden la cosecha más reciente.

—Mientras haya algo para comer.

Entraron en la rústica taberna que destilaba un agradable olor a cerdo asado, pasta y sopa con pimentón. El menú consistía en un bufé y las mesas estaban hechas de troncos de árbol. Todo muy lejos de la suntuosidad del Hotel Imperial y sin embargo a ella le gustó el

contraste. En el rincón más oscuro del local, un anciano tocaba *El Danubio azul* con un acordeón. Comieron sin prisas y terminaron con la inevitable *apfelstrudel*. Jasmine estaba decidida a que su desánimo no le estropeara la última noche que pasarían juntos. El cuento de hadas aún no había terminado.

—El avión sale mañana al mediodía, ¿verdad?

«No», pensó ella mientras asentía.

—Tengo que ir a la oficina nueva, pero ¿por qué no te quedas a pasar la noche en mi casa?

El corazón le dio un vuelco a pesar de su intento por no emocionarse. «Lo único que quiere de ti es un poco más de ese sexo salvaje».

Adam había pasado toda la tarde bromeando a costa de la recatada y formal señorita Cooper, arrodillada sobre una cama que debería haber estado en un museo, vestida únicamente con unas botas de tacón alto. Le había asegurado que era la cosa más *sexy* que había visto en su vida.

—Muy bien —contestó ella con la esperanza de que en la penumbra de la sala no se le notara el rubor—. Siempre que mi padre se encuentre bien.

Hablaron de cuánto tiempo más se quedaría ella en Inglaterra y de cuándo tenía él previsto viajar a su hogar.

—¿Irás para la boda de Nick?

—Por supuesto —él asintió—. Es en abril, ¿verdad?

Adam se reclinó en el asiento. El saludable moreno de su piel destacaba sobre la camisa blanca. Era la clase de hombre que hacía que la gente volviera la cabeza a su paso. Para Jasmine era una bendición que durante un par de días sólo hubiera tenido ojos para ella.

—Supongo que serás el padrino.

—Por supuesto —él sonrió.

—Entre Nick y tú siempre ha habido mucha competencia, ¿verdad? —Jasmine sacudió la cabeza con gesto serio.

—Papá siempre nos enfrentaba el uno al otro. Todo era una competición. Es más, nos pagaba por ganar: los mejores ensayos en el *rugby*, las mejores notas —Adam sonrió—. El mayor número de huesos rotos, las chicas… aunque en esto no necesitábamos que nos animara mucho. Así se comportan los chicos cuando les dejan sueltos.

—¿Sueltos? —ella enarcó una ceja.

—Mis padres casi nunca estaban en casa —él se encogió de hombros—. Nos dejaban al cuidado de niñeras o canguros. Papá viajaba mucho por culpa del banco y a mamá le pasaba lo mismo con su cadena de salones de baile. Nos pasábamos la semana entera sin

saber nada de ellos, y el fin de semana, después del partido de *rugby* o lo que fuera, nos arrastraban hasta sus respectivos imperios comerciales para que nos divirtiésemos mientras ellos seguían trabajando.

Era la primera noticia que tenía Jasmine sobre su vida familiar. Conocía a su padre, Randall, bastante bien y le gustaba a pesar de que rugía como un oso cada vez que algo iba mal.

—No te equivoques —Adam debió de haber leído la expresión en su rostro—, teníamos una buena vida. No nos faltaba de nada y sabíamos que nuestros padres nos amaban. Simplemente no compartíamos las cosas como una familia.

Ella sabía bien a qué se refería. Al ser hija única, sobre todo chica, su padre prácticamente ignoró su existencia, aunque desde la llegada de Gill no había tenido motivo de queja.

—La paternidad ha cambiado mucho desde entonces —Adam miró a su alrededor y señaló dos mesas con niños—. Estoy convencido de que nuestra generación, o la siguiente, lo hará mucho mejor.

«Pero seguramente jamás lo sabrás», pensó ella con tristeza mientras lo miraba. Desde luego no sería así si no tenía intención de casarse en la siguiente década.

—Me pregunto si Nick decidió sentar la cabeza y formar una familia por todo ese asunto de la adopción —Adam se rascó la nuca con expresión de perplejidad.

No hacía más de un mes que Nick había descubierto que había sido adoptado por sus padres, convencidos de no poder tener hijos biológicos. La posterior llegada de Adam había desmentido el diagnóstico.

—¿Tan en contra estás del matrimonio que no puedes creerte que a otras personas les apetezca sinceramente? —exclamó Jasmine—. ¿Que quieran compartir sus vidas con alguien especial y que quieran tener hijos con ese alguien?

La mirada de él hizo que Jasmine lamentara haber iniciado la conversación.

—No estoy en contra del matrimonio y los críos y todo eso —dijo él lentamente—. Pero sé que lo haré mucho mejor que mis viejos. Ni siquiera pienso considerarlo hasta que disponga de una seguridad financiera que me permita no tener que trabajar. Mi familia será lo primero.

—¿Y tu meta se sitúa dentro de diez años? —Jasmine se humedeció unos labios repentinamente resecos. Aquello marcaba sin duda el final para ellos dos.

—Pienso expandirme internacionalmente. Aunque se trate sólo de, digamos, cinco países más después de Inglaterra, me llevará al

menos uno o dos años ponerme en marcha en cada uno de ellos. Mientras tanto no pienso considerar la opción del matrimonio.

Jasmine ya tenía su respuesta y tuvo que reconocer que no había esperado otra cosa.

Capítulo 9

Jasmine contemplaba el monótono paisaje gris al otro lado de la ventanilla del avión mientras recordaba el maravilloso y soleado día al que habían despertado en Viena escasas horas antes. Sabía que el mágico fin de semana quedaría grabado en su corazón para siempre.

Adam había pedido un coche y, mientras el chófer cargaba las maletas, el móvil empezó a sonar.

—Se acabaron las vacaciones —suspiró él—. Bienvenido a casa.

Su expresión se iluminó segundos después cuando su socio le informó de que Stewart Cooper deseaba verlo en su casa a las cuatro en punto.

—No te recibiría si no le hubieran interesado los informes de los asesores que te habrán investigado —dijo Jasmine entusiasmada.

—Te dejaré en mi casa —Adam le entregó una llave y se inclinó hacia delante para conversar con el chófer—. Tengo un buen presentimiento y quiero que estés allí para celebrarlo juntos.

—Cruzaré los dedos por ti —dijo ella tras el beso de despedida una vez hubieron llegado a la casa de Adam.

Jasmine abrió la puerta y dejó caer el bolso al suelo. Al fin sola, se permitió bailar por todo el salón mientras revivía los maravillosos recuerdos de Viena. El hotel. El baile. La música.

Adam.

Rezó para que la reunión fuera bien, aunque tenía la sospecha de que no harían falta sus oraciones. No le cabía la menor duda de que Adam triunfaría en la empresa. Tenía tal decisión, y las metas tan claras, que las alcanzaría todas, aunque sólo fuera por restregárselo a su hermano ante sus narices.

La música de su mente se acalló al tiempo que los pasos de baile se ralentizaban. Él aún tenía una vida que encarrilar y ningún tiempo para el amor. ¿Soportaría una relación temporal cuando sentía por él lo que sentía?

Recorrió el salón del elegante piso de tres dormitorios de West Greenwich. Nunca habría imaginado al *playboy* urbanita en una casa con jardín y patio. Claro que era un kiwi, y si se parecía a los neozelandeses que ella conocía, debía de haberse pasado casi toda la infancia al aire libre. La mayoría de los hombres neozelandeses eran unos fanáticos del deporte y al inspeccionar el pulcro césped encontró un juego de blancos para jugar al críquet clavados en la tierra.

Un *playboy* urbanita. ¿Acaso no era lo mismo que Vincent? Estaban a años luz en cuanto al carácter, pero había aprendido bien la lección. No les bastaba con una única mujer.

A continuación inspeccionó la nevera. Desde luego, Adam no era

aficionado a la cocina. Estaba vacía salvo por una botella empezada de chardonnay neozelandés. ¿Por qué no? Encontró una copa y se sirvió un poco mientras su mente organizada hacía un listado de los pros y los contras de acostarse con Adam Thorne.

Sexo. ¡Caramba! Doble caramba.

La generosidad demostrada en Viena. La diversión, algo que no abundaba en su vida. Conocía casi todas sus desgracias, los asuntos comprometidos de los que jamás hablaba con nadie. Se le daba muy bien escuchar. Siempre dispuesto a hacerle sentirse especial y admirada. Bastante buen bailarín, y muy *sexy*. En breve volvería a su país, y su familia le caía bien.

No le quedaban más dedos, por lo que empezó a pensar en los contras, sin embargo fue interrumpida por el teléfono.

Era Gill y parecía alterada.

—No, no, tu padre está bien —contestó a la angustiada Jasmine —. Bueno, no está bien. Está inquieto. Quiere hablar contigo.

Jasmine suspiró aliviada.

—Lo siento, querida, he metido la pata —continuó Gill en un susurro.

Al parecer, Stewart había llamado a su casa y preguntado por ella. Por un extraño capricho del destino, *sir* Nigel había contestado la llamada, algo que casi nunca hacía, y así había descubierto que su hija había ido a visitar a su tío. Para él era toda una traición. Gill le había explicado que el propósito de la visita de Jane no había sido el de reconciliar a la familia, ni tramar algo a su espalda. Tenía algo que ver con el negocio de Adam.

—Y ahora está preocupado porque, si te casas con Adam, y éste se asocia con Stewart, podría manipular a tu marido hasta conseguir que le entregue la propiedad.

Jasmine se apretó las sienes con las manos. El plan para darle una satisfacción a su padre antes de que muriera se había vuelto en su contra. ¿Por qué había mentido? Se sentó en el sofá y esperó nerviosa a que su padre se pusiera al teléfono.

Un par de horas más tarde seguía sentada en el mismo sitio. La casa estaba a oscuras y hacía un frío suficiente para provocarle escalofríos. Se puso en pie con dificultad mientras en su mente luchaba contra el remordimiento, los anhelos y el arrepentimiento.

—Me muero —le había recordado su padre—. No tardaré mucho. Menos de un año.

Ese «bastardo», su hermano Stewart, le había robado a su esposa. Había arruinado sus vidas. A través de Adam se haría con la propiedad y, en cuanto lo consiguiera, echaría a Jane y a Gill de la casa como si no fueran más que basura acumulada de varios días.

—Ten cuidado con sus tentáculos —le advirtió su padre cuando Jasmine se había atrevido a asegurar que su tío no haría tal cosa—. Te envuelve cariñosamente con ellos antes de empezar a apretar sin soltar jamás. Fíjate en tu madre.

Jasmine le prometió que no volvería a ponerse en contacto con su tío. Al menos, pensó, hasta que hubiera fallecido.

A continuación, su padre empezó a sermonearle sobre los hábitos de conquistador de Adam, aludiendo a lo que llamó «frecuentes», reseñas en la prensa sobre sus conquistas. Sin duda había estado hablando con Ian.

—Te humillará, del mismo modo en que lo hizo Vincent.

«Sí», pensó ella. Lo haría. Era un hombre peligroso por los crecientes sentimientos que albergaba hacia él. Ya le había revelado más sobre su vida de lo que jamás había hecho con nadie. También le había entregado más de su cuerpo que a nadie y sospechaba que faltaba poco para envolver su corazón en papel de regalo y entregárselo dentro de una cajita decorada con un lazo.

Su padre concluyó proclamando que, con cáncer o sin él, quemaría toda la casa hasta los cimientos antes de permitir que su hermano pusiera las manos sobre ella.

La sensación de pena y culpabilidad de Jasmine se hizo más profunda. Debería haberle dicho a su padre la verdad sobre el falso noviazgo. Deseaba tanto que, por una vez, se sintiera orgulloso… Pero algo se lo había impedido, una estúpida y pequeña parte de ella se aferraba a la esperanza de que Adam se diera cuenta de que también la amaba.

Dos horas de reflexión en la oscuridad consiguieron aclararle las ideas. ¿A quién quería engañar? Su padre tenía razón. Adam Thorne no era hombre de una relación permanente. Y ella no era la persona que conseguiría que se replanteara su vida. Le gustaba tal y como era: el desafío del trabajo, la diversión, la competencia. Le haría pedazos el corazón y, después de todo lo que ya había padecido en la vida, no creía poder soportar nada más.

Jasmine apuró su copa y se acercó al escritorio de la esquina del salón. Encendió la lámpara y encontró un papel para escribir. Le dejaría una nota, aunque seguramente ni le importaría. Después se marcharía a su casa y encontraría la forma de contarle a su padre la verdad sobre el falso noviazgo.

Adam sujetaba la botella y el maletín bajo el brazo mientras intentaba introducir la llave en la cerradura cuando la puerta se abrió desde el interior. Jasmine estaba al otro lado con el abrigo abrochado,

una bufanda de color mostaza enrollada alrededor del cuello y uno de los dos guantes puesto. Tenía los ojos muy abiertos con expresión de sorpresa.

—Siento llegar tarde, la reunión se prolongó más de lo esperado, pero… —alzó la botella en el aire—, espero que el champán sirva para hacerme perdonar.

Ella se quedó atrás mientras se dirigía a la cocina. A lo mejor se había puesto el abrigo para salir a comprar algo de comida. Se sentía agotado aunque exultante y no se le ocurría nadie más con quien quisiera celebrarlo.

—Hace mucho frío aquí. ¿No vas a preguntarme qué tal me fue?

—¿Qué tal te fue? —preguntó ella obedientemente desde el otro extremo del salón.

—¡Trato hecho! —declaró mientras dejaba la botella en la encimera.

—¿Entonces está contigo? —Jasmine sonrió al fin, pero sin conseguir iluminar el firmamento—. Eso es maravilloso, Adam.

—¿Eso es maravilloso, Adam? —no podía decirse que hubiera saltado de alegría—. Creo que podemos hacerlo mejor, ¿no? —le reprochó mientras se quitaba el abrigo y lo arrojaba sobre un taburete —. Al fin y al cabo fuiste tú la que lo puso todo en marcha —su tío se había mostrado amigable, pero había ido directamente al grano sin mencionar a Jasmine—. ¿Champán?

De repente vio una hoja de papel doblada por la mitad sobre la encimera, pero le distrajeron los descarados esfuerzos de Jasmine por ampliar su sonrisa.

—¿Qué es eso? —algo iba mal. Frunció el ceño mientras miraba de reojo la nota al mismo tiempo que intentaba alcanzar dos copas de la estantería a su espalda. Cuando se volvió, ella estaba a su lado con los ojos fijos en la nota.

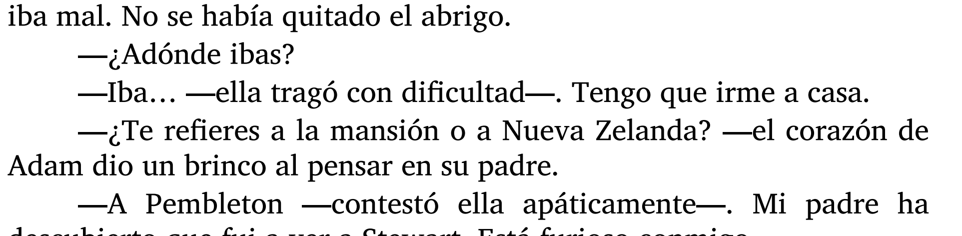
Pero Adam estaba más cerca. Dejó las copas y la botella sobre el papel y, sin ninguna prisa, descorchó la botella mientras se preguntaba sobre la expresión de desasosiego en el bonito rostro. Había esperado una reacción más entusiasta por su parte. Sin duda debía de saber lo importante que era que Stewart Cooper formara parte de su negocio.

—Por el inmediato lanzamiento de Thorne-Hadlow Investments —brindó sin dejar de mirarla a los ojos mientras le ofrecía una de las copas.

Jasmine alzó la copa y brindó con él.

—A primera hora de la mañana me pondré a organizar la fiesta de lanzamiento. ¡El espectáculo va a comenzar!

Los ojos de Jasmine se apartaron de los suyos. Desde luego algo



iba mal. No se había quitado el abrigo.

—¿Adónde ibas?

—Iba… —ella tragó con dificultad—. Tengo que irme a casa.

—¿Te refieres a la mansión o a Nueva Zelanda? —el corazón de Adam dio un brinco al pensar en su padre.

—A Pembleton —contestó ella apáticamente—. Mi padre ha descubierto que fui a ver a Stewart. Está furioso conmigo.

—Lo siento —Adam se preocupó de inmediato—. Iré contigo y le contaré que todo fue culpa mía.

—Me temo que no escuchará —Jasmine esbozó una sonrisa triste —. Cree que, si te asocias con Stewart, te utilizará para apoderarse de Pembleton tras la muerte de papá.

—¿Y cómo iba a poder hacer tal cosa? —preguntó él perplejo. Era evidente que se había perdido algo.

—Después de que nos casemos… —ella contempló las burbujas del champán que aún no había tocado.

—¿Después de que nos casemos…? —a la preocupación y la confusión, Adam añadió el desconcierto.

No era posible que esa mujer albergara esperanzas de que el noviazgo se convirtiera en una realidad, ¿o sí? Seguramente fantaseaba. Había disfrutado del fin de semana tanto como ella y ya empezaba a planear el siguiente, pero ¿matrimonio?

—Por eso me voy —ella apretó los labios con fuerza—. Tengo que limpiar mi conciencia. Aclarar todo este asunto del falso compromiso.

—Por un momento me habías preocupado —él se relajó ligeramente mientras tiraba de la bufanda—. Ya lo harás mañana.

Se suponía que aquello era una celebración y tras concluir la reunión, había dedicado la hora siguiente a planear exactamente cómo quería celebrarlo. Si una cosa tenía clara era que jamás lograría saciarse de ella.

—Quítate el abrigo —le ordenó—. Saborea unas cuantas burbujas y celebrémoslo —se inclinó hacia ella y frotó la punta de la nariz contra la comisura de sus labios.

—No —Jasmine resopló y desvió el rostro—. Yo… no lo hagas, Adam.

—Apuesto a que podría convencerte… —él apenas la escuchó, concentrado en saborear de nuevo sus labios. Olía increíblemente bien, estaba resplandeciente. Estar tan cerca de ella hacía que su sangre burbujeara más que el mejor champán francés.

—¡No! —Jasmine dio un salto hacia atrás como un gato escaldado y alzó las palmas de las manos a la altura de su pecho.

La brusquedad de la reacción les sorprendió a ambos y Adam fue

consciente de que aquello era algo más profundo que un sentimiento de culpa por haber mentido a su padre.

—¿Qué es esto? —dejó la copa a un lado y se fijó de nuevo en la nota.

—¿Me la devuelves, por favor? —Jasmine respiró hondo y extendió una mano.

—¿Por qué? —él le sostuvo la mirada mientras levantaba la botella y tomaba el trozo de papel.

—Ahora que estás aquí, ya no importa —ella hizo un intento por recuperar la nota, pero él la sostuvo fuera de su alcance.

—Veamos… ¿alguna dulce nadería? —desdobló la hoja de papel y se aclaró la voz mientras un mal presentimiento oscurecía su buen humor—. «Adam» —leyó en voz alta—, «gracias por celebrar conmigo la Navidad y por el inolvidable fin de semana. Me encantó cada instante. Sin duda volveremos a vernos de vez en cuando en Nueva Zelanda» —contempló de reojo el ruborizado rostro de la joven—. «Con mis mejores deseos, Jasmine».

¿Mejores deseos?. Eso era un golpe bajo. Durante los dos últimos días habían sido más íntimos de lo que podrían ser dos personas, ¿y todo lo que se merecía era un «mejores deseos»?

Ella no dijo nada, su rostro era la viva imagen de la culpabilidad.

—Plantado por escrito —murmuró él con un tono de tranquilidad que ocultaba la ira que empezaba a correr por sus venas —. ¡Cuánta elegancia!

El carísimo champán le había dejado un regusto amargo mientras la satisfacción por haber logrado uno de los mejores acuerdos comerciales posibles se esfumaba.

—Lo siento —susurró Jasmine—. No sabía cuándo volverías.

—Y pensaste que podrías escabullirte como un vulgar ladrón…

Para Adam, ser abandonado era una novedad y decidió que escocía. No le gustaba. Creía haber hecho todo lo necesario para que ella se divirtiera y le pagaba con esa moneda. Peor aún, le abandonaba durante la que debería ser una de las mejores noches de su vida.

—Eres todo un personaje, ¿lo sabías?

—Conseguiste lo que buscabas, ¿no?

Adam alzó la vista y la miró furioso. Pudiera ser que se lo tuviera merecido. El viejo «me lo debes» le abofeteó en el rostro. Pero ¿qué pasaba con Viena? No es que se lamentara de uno solo de los céntimos gastados, pero había sido muy generoso. La falta de reconocimiento por parte de esa mujer le ponía furioso.

—En todos los aspectos. Sí —él inclinó la cabeza y la miró de arriba abajo. Jamás se lo había pasado tan bien. El sexo había sido

sublime.

—Bueno, ésas fueron tus palabras —Jasmine suspiró—. Dijiste que tomarías lo que desearas, y lo hiciste, y fue… —su voz se hizo más aguda y los ojos reflejaron un extraño brillo que Adam no percibió a causa de la rabia que sentía—, realmente maravilloso.

—Mi objetivo es siempre el de agradar —espetó él mientras su mente se llenaba de recuerdos del aspecto que había tenido con el vestido que le había comprado. Y sobre todo de la risa, la excitación y la magia que habían reflejado sus ojos.

Esos mismos ojos lo observaban como si esperaran algo. ¿Acaso pensaba que iba a intentar hacerle sentir mejor con la típica frase de: «Oye, no te preocupes, no fue más que sexo»?

—Adam, me gustaría que nosotros… que tú… —ella desvió la mirada y empezó a ponerse nuevamente los guantes.

—¿Sigamos siendo amigos? —preguntó él con una ligereza que no sentía. Alzó la copa y se bebió el contenido de un trago—. Claro, nena.

El tono de voz, la respuesta despreocupada, la nota sobre la encimera, hicieron que ella se estremeciera. ¿Acaso le importaba? En el fondo era un alivio. Terminadas las fiestas, debía dedicar todas sus energías a la empresa.

—Por favor, no le cuentes… todo a Nick —tras un tenso silencio, ella habló de nuevo.

Las palabras fueron como una bofetada para el orgullo de Adam. De modo que aquélla era su principal preocupación, después de su padre. No quería que Nick averiguara que su casta ayudante personal había caído tan bajo con su deshonroso hermano. Como si deseara que Nick, de entre todas las personas, supiera que ella lo había abandonado. Sobre todo después de que le hubiera advertido reiteradamente que no jugara con sus sentimientos.

—Considera tu deuda completamente saldada —¿a quién le importaba? Él se había salvado por los pelos.

Menuda celebración. Mientras Jasmine salía por la puerta, Adam se llenó nuevamente la copa.

Capítulo 10

Adam, su socio John, y la nueva recepcionista aguardaban sentados en un rincón del despacho del primero. Acababan de abrir el negocio, pero, lejos de mostrarse entusiasmado, Adam reprimió un bostezo. Había trabajado durante veinticuatro horas para tenerlo todo a punto, además de organizar la fiesta de lanzamiento de la semana siguiente, abrir las cajas de material, contratar a la plantilla y devolver llamadas.

Un montón de llamadas. Se había extendido la voz de que Stewart Cooper era el principal inversor de Thorne-Hadlow Investments y eso había despertado el interés de algunos de los empresarios más ricos del país que suplicaban ser incluidos en el negocio. De seguir al mismo ritmo iban a quedarse cortos con las acciones ofertadas, lo cual demostraba la razón que había tenido Adam al suponer lo importante que sería el espaldarazo de Stewart.

—Promoción para el lanzamiento… —dijo John tras consultar sus notas—. Afortunadamente todo está controlado gracias a Lettie —se dirigió a la joven con gafas sentada a su lado—. Irás hoy a firmar el contrato y a pagar el depósito del salón, ¿verdad?

—En cuanto terminemos aquí —ella asintió—. ¿Has acabado ya con la lista de invitados?

El restringido, aunque elegante, evento iba a celebrarse en una de las salas de fiestas más prestigiosas de Londres. Adam suponía que muchos de los que habían aceptado la invitación para asistir a la inauguración lo habían hecho únicamente con la esperanza de poder ver al famoso Stewart Cooper. Pues iban a sufrir un desengaño. El antiguo mánager de las estrellas del pop no se había mostrado en público desde hacía una década.

También había invitado a Jasmine en un gesto de disculpa por la mala educación con que se había comportado la semana anterior. O para agradecerle la intervención con su tío.

O simplemente para ver de nuevo su rostro, oír su voz. Tocarla, en cualquier parte, por todas partes.

—Está a punto de llegar el periodista del *Mail* para la entrevista de promoción. Prepárate para la foto.

—La oficina está hecha un desastre —Adam hizo un gesto de desagrado. Las cajas de embalaje estaban esparcidas por todas partes, los empleados sentados en sus puestos rodeados de cables, pero sin teléfonos, y la entrada de la calle abierta de par en par—. ¿Dónde está la gente de seguridad?

—Les llamaré antes de irme —dijo Lettie.

—Roma no se construyó en un día —John sonrió—. Las piezas

terminarán por encajar. Siempre lo hacen cuando tú intervienes.

Adam soltó un gruñido mientras su amigo se marchaba del despacho. Los elogios resultaban agradables, pero lo que les había llevado tan lejos era sobre todo la confianza de John en su habilidad para atraer inversores. Unos cuantos meses atrás, muchos de los magnates que en esos momentos llamaban a su puerta habían huido en dirección contraria. Estaba en deuda con John por conservar la fe.

También estaba en deuda con Jasmine. Sin ella dudaba que su tío hubiera mostrado algún interés por ellos. Tras el lanzamiento, y en cuanto las cosas hubieran empezado a calmarse un poco, le llamaría. No le gustaba la idea de que se volviera a Nueva Zelanda con un mal concepto de él.

Miró por la ventana de su despacho, con vistas al O2 Arena a lo lejos y al fin tuvo que admitir que la echaba de menos. Había herido su orgullo masculino, algo a lo que no estaba acostumbrado. Y al final se había pasado de la raya con ella.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una voz profunda y atronadora, seguida de la sorprendida voz de John. Se giró justo a tiempo para ver entrar al mismísimo Stewart Cooper en su despacho, seguido de cerca por John.

El hombre que jamás salía de su casa, prácticamente un ermitaño, evitado por su familia y desposeído de sus derechos de primogenitura, estaba ante la puerta de su despacho. Y no parecía muy contento.

Adam se acercó para saludarlo, pero no sonrió. Era evidente que el magnate no estaba de humor para halagos. Comparado con ese robusto hombre, el padre de Jasmine, a pesar de ser más joven y alto, parecía enormemente frágil.

—He venido para decirte que, si te casas con mi sobrina antes de que muera su padre, no habrá trato —Stewart apoyó los brazos sobre el escritorio y clavó la mirada en Adam.

Durante un segundo, Adam se sintió desfallecer. Reprimió una expresión de protesta que se alojó en su garganta y relajó los puños que tenía fuertemente cerrados. ¿Quién demonios se creía que era ese tipo para decidir con quién podía o no casarse?

Detrás del corpulento magnate, John permanecía con la boca abierta. Adam lo ignoró mientras por dentro estaba a punto de estallar. Esa mujer y sus secretos habían logrado convertirse en un auténtico grano en el trasero. Ojalá pudiera pasar siquiera medio día sin pensar en ella.

—¿Y bien?

Adam se obligó a centrarse en los hechos y en dejar de pensar en Jasmine. Recordó que su padre necesitaba un heredero masculino a

quien traspasar la propiedad. De lo contrario, lo más seguro sería que pasara a manos de Stewart, el pariente más cercano. ¡Malditos legados familiares! Su propia familia acababa de vivir un infierno en Nueva Zelanda por culpa de una estúpida herencia. ¿Es que la gente no tenía nada mejor que hacer con su tiempo?

Stewart Cooper y John no dejaban de mirarlo expectantes. El fino sentido de los negocios de Adam se impuso. La palabra «no» era la que menos le gustaba del mundo, pero Stewart era esencial para su éxito. Sin su dinero y, sobre todo, sin su implicación, Thorne-Hadlow no sería más que otra de tantas compañías de inversión. A John y a él no les interesaban los negocios a pequeña escala, iban a invertir millones de libras en la puesta en marcha de empresas innovadoras que pretendían lanzarse al mercado internacional. El *marketing* y la gestión de la tecnología de la información a escala global requerían enormes inversiones, y enormes riesgos.

—Estoy esperando oírte decir que este compromiso no seguirá adelante —Stewart lo miraba con sus fríos ojos grises, de un color muy parecido a los de su sobrina, pero sin una pizca de la vida que había en ellos.

¿Cómo se había enterado? Seguramente Jasmine ya le habría contado a su padre que todo había sido una pantomima.

John apareció desde detrás del corpulento invitado y Adam se cuadró de hombros para enfrentarse a su deber. Si le echaba del despacho estaría arruinando cinco años de planificación y trabajo duro, por no mencionar la fortuna que había invertido en el proyecto. También tenía que pensar en John, un buen tipo con dos hijos pequeños y una gran hipoteca. ¿Y para qué? ¿Por un noviazgo fingido que ella, Jasmine, había instigado?

Además, ¿acaso no le había dejado plantado la semana anterior?

—El compromiso se ha anulado, Stewart —Adam se aclaró la garganta—. No voy a casarme con tu sobrina.

—Buen chico —los penetrantes ojos del hombre mayor lo taladraron durante unos segundos antes de asentir—. Espero que entiendas que no es nada personal.

En un instante su actitud cambió por completo y volvió a ser el hombre afable que Adam había conocido la semana anterior tras volver de Viena.

—Mi abogado se pondrá en contacto con vosotros en un par de días —estrechó la mano a ambos socios—. Muchachos… —tras lo cual se marchó tan inesperadamente como había aparecido.

—¿Estabais prometidos? —John se volvió hacia su socio con expresión de desconcierto.

—Es una larga historia —Adam sacudió la cabeza.

Aunque se dijo que, dadas las circunstancias, era lo mejor que podía haber hecho, le sorprendió una profunda sensación de repugnancia. Era como si hubiese deshonrado a Jasmine al acceder a las exigencias de su tío. Lo cual era ridículo. Jasmine jamás querría que su negocio se hundiera. Y no existía tal noviazgo. No habían anunciado el enlace. Únicamente Gill y su padre estaban al corriente, y quizás también Ian. En cualquier caso, a esas alturas ya habría aclarado todo con su familia, y no era Stewart quien fuera a abrir la boca sobre la conversación que acababan de mantener.

Consciente de que no iba a recibir ninguna explicación de su socio, John consultó la hora y frunció el ceño.

—¿Dónde estará ese maldito periodista?



El teléfono empezó a sonar a las siete de la mañana. Jasmine se despertó sobresaltada mientras el rugido de desagrado de su padre atronaba en cada rincón de la casa, devolviéndole a los tiempos del desastre de Vincent. No era una buena señal.

Corrió a la pequeña salita de dibujo amarilla donde su padre pasaba la mayor parte del día y arrugó la nariz ante el olor a enfermedad que empezaba a impregnarlo todo.

—Aquí está —exclamó el anciano mientras con gran agitación apartaba los periódicos esparcidos por la mesa—. Mi deshonrosa hija.

El corazón de Jasmine dio un vuelco. ¿Qué había hecho?

El enfado por la reunión celebrada con su peor enemigo se había aplacado ligeramente al saber que el compromiso con Adam había sido anulado. Tal y como había esperado, dedicó cada instante posterior a elogiar las virtudes de Ian.

El hombre arrojó un periódico hacia Jasmine. Ella bajó la vista y leyó:

—«La pobre Jane abandonada… otra vez».

—Prueba con otro —insistió su padre con sarcasmo mientras le arrojaba más periódicos.

Jasmine cerró los ojos y dejó caer los hombros. «Mi peor pesadilla…».

—«La heredera y el *playboy*: la historia se repite» —Jasmine se estremeció al leer el titular siguiente—: «Pobre pequeña Jane abandonada otra vez» —mientras Gill intentaba calmar a su padre.

Se dejó caer en una silla sin dejar de ver los titulares de prensa. Su padre le puso al día y dejó claro que opinaba que Adam le había humillado, les había humillado a todos. Su tío había amenazado con cortar la inversión si él no cortaba con ella. Y eso era lo que se había

apresurado a hacer.

Jasmine apenas oyó el «te lo dije» de su padre mientras su mente y su corazón se sumían en una profunda angustia. No estaba segura de poder soportarlo. Había enfadado a Adam con su torpe nota de despedida y no debería sorprenderle su falta de consideración hacia sus sentimientos. Pero ¿por qué elegir la prensa? Sabía de sobra lo herida que estaba por su pasado y hasta dónde había llegado para alejarse de todo aquello.

«Creo que estás huyendo», le había dicho en Viena.

—¡Cuándo aprenderás! —se lamentó su padre—. El amor es para los idiotas. Cualquiera con un poco de cerebro lo sabe.

Tal y como era de esperar inició una nueva campaña a favor de Ian. Ian jamás la defraudaría, siempre la protegería de todo aquello. Al fin, Gill le persuadió para que lo dejara estar y el hombre abandonó la salita mientras murmuraba que Jasmine era tan mala como su madre.

—No le des demasiado crédito, querida —Gill se sentó al lado de Jasmine y señaló los periódicos—. Hablan de «fuentes anónimas». Apuesto a que nadie ha hablado con Adam, o que han entendido mal algo que han oído y ni siquiera se han molestado en confirmarlo con él.

Ella asintió despacio. Una prudente esperanza era mejor que nada, aunque el resultado fuera el mismo. A lo mejor no la había humillado a posta. Podía ser frío, pero ¿cruel? Se negaba a aceptar que hubiera entregado su corazón a un hombre cruel.

«Acuérdate de Vincent», le recriminó su memoria.

Se reclinó en el asiento y miró por la ventana, sin ver nada, mientras esperaba a que el dolor le aferrara las entrañas con sus oxidadas garras.

—Supongo que tú también opinas que debería casarme con Ian —susurró.

—Desde luego hay mucho que decir a favor de la compatibilidad, la seguridad —Gill le apretó el brazo.

—Tú no amas a mi padre, ¿a qué no? —dijo Jasmine tras contemplar a la otra mujer durante varios segundos y, de repente, ver lo que no había visto en años.

Sir Nigel jamás había demostrado afecto, salvo quizás hacia sus caballos, y se preguntaba si sería siquiera capaz de amar. Siempre había dado por hecho que Gill había visto algo admirable en él. Desde luego tenían que compartir alguna clase de vínculo para haber permanecido juntos tantos años.

—La primera vez me casé por amor —la mirada de Gill reflejaba una dulce comprensión—. Él me abandonó. Cuando vine aquí, supe

que Nigel y yo podríamos sernos de utilidad. Yo podría criarte como era debido y gestionar parte del trabajo. A cambio él me daría seguridad, prestigio, ciertos lujos —ella sonrió y a Jasmine se le encogió el corazón—. Y te conseguí a ti, querida, y pude verte crecer. Eso ya compensaba el precio a pagar.

Una lágrima rodó por la mejilla de Jasmine y, Gill, la maravillosa y reconfortante Gill, se la secó con una mano.

—No es un mal hombre. Sufrió mucho por culpa de tu madre y, a su manera, no quiere verte sufrir a ti también.

«Demasiado tarde», pensó Jasmine. De todos modos, ya no había motivo para preocuparse. Su corazón había quedado estéril para el amor.

Durante todo ese día fue incapaz de evitar seguir las noticias en Internet y televisión. Al comprobar el correo electrónico de su trabajo se sintió desolada al ver que la noticia estaba en la portada de los principales periódicos de Nueva Zelanda. Allí era medianoche, pero se imaginó a su jefe y a sus compañeros de trabajo, así como al par de amigos con los que había llegado a compartir una taza de café, averiguando por los periódicos que no era la persona que se suponía debía ser. La verdadera Jane Cooper era mucho más interesante que la eficiente y reservada Jasmine.

Todo estaba narrado con grotesca precisión: la relación de su madre con Stewart, las dudas sobre la paternidad de su hermano fallecido, el accidente de coche, el abandono y el último compromiso anulado.

Perder un novio es mala suerte, proclamaba jovialmente una reseña, *dos es un descuido.*

Fuera cual fuera la participación de Adam en la historia, el comportamiento de su tío le había herido. Creía haber congeniado en cierto modo con él, había tenido la sensación de que deseaba ahondar en la relación. Pero, al parecer, Stewart sólo perseguía la propiedad y su venganza.

Cuando Ian apareció, no quiso recibirlo y Gill le despidió. El teléfono no dejó de sonar. La noticia, aunque no hubiera ninguna novedad con que alimentarla, parecía crecer: comentarios de cualquiera que la hubiera conocido en el colegio, del personal del centro psiquiátrico donde había estado su madre, e incluso de una pareja que había asistido a la fiesta de Navidad y que parecía encantada de ser entrevistada en televisión.

Jasmine estaba segura de una cosa. No podía volver a Nueva Zelanda y enfrentarse a Nick o a sus compañeros de trabajo. Con profunda tristeza redactó y envió sendos mensajes a Nick y a una empresa de mudanzas para que embalaran todas sus pertenencias de

la casa.

Gill hizo pasar a Adam a una de las habitaciones que no solían utilizarse y donde Jasmine desembalaba algunas de las antigüedades olvidadas de la mansión. Por la expresión en el rostro de su madrastra supo que no era el hombre más popular de Gran Bretaña en esos momentos. La atmósfera reinante en la casa era gélida.

Encontró a Jasmine sentada en el suelo y rodeada de baúles y cajas, espuma y virutas de madera. En sus manos tenía un pequeño objeto cuadrado de plata que inspeccionaba con sumo cuidado. Llevaba una sudadera negra con capucha y unos pantalones grises, ambos tachonados al azar de polvo y virutas.

Al oírle entrar levantó la vista y lo fulminó con la mirada mientras adoptaba una postura envarada. Adam se paró en seco, impresionado por el dolor que reflejaban sus ojos. No soportaba ser el causante de tal expresión.

—Estuche de plata maciza, época victoriana, de principios de 1850 —empezó tras devolver su atención al tesoro que tenía en la mano—. Hecha por Alfred Taylor, un orfebre de Birmingham.

Con sumo cuidado depositó el estuche dentro de una caja abierta.

—¿Qué puedo hacer por ti? —Adam se acercó apresuradamente.

De inmediato se sintió avergonzado ante el destello de sorpresa que mostró Jasmine ante sus desvelos. ¿Acaso le creía tan cruel?

—No deberías estar aquí —dijo ella con calma—. Si alguien te ve, será mucho peor.

Ni la voz ni la mirada de la mujer demostraban censura alguna, pero Adam sentía la necesidad de explicarle que no había sido intencionado, que no se había dado cuenta.

—Un periodista vino a nuestras oficinas para realizar una promoción cara al lanzamiento. Sospecho que vio entrar a Stewart y decidió escuchar a escondidas nuestra conversación antes de desaparecer.

Con la recepción desierta y Lettie ausente, nadie se había fijado en alguien merodeando fuera del despacho de Adam durante la conversación mantenida con Stewart. Había tantas publicaciones hablando del tema que era difícil reconocer la fuente original. El hecho de que el periodista que debería cubrir el lanzamiento no hubiera aparecido sugería que era el culpable, pero el editor se negaba a admitir nada.

—Me enteré de todo por la prensa.

La precavida aceptación en la mirada de Jasmine le hizo sentirse

aún más culpable. Y era una culpabilidad que aumentaba con cada reseña aparecida en la prensa, televisión o Internet. ¿Cómo había podido exponerla a todo aquello? Sabía lo que le había hecho sufrir en el pasado. Por mucho que le hubiera fastidiado su abandono, jamás le habría deseado semejante pesadilla, ni aunque fuera su peor enemiga, porque sabía bien hasta dónde había llegado para poner tierra de por medio en la ocasión anterior.

Jasmine empezó a desenvolver otro objeto mientras Adam caminaba por la estancia, sin mirarla, pero atento a cada uno de sus movimientos y gestos, aparentemente concentrados en el objeto de bronce, aunque sabía que todos sus sentidos estaban puestos en él.

—Cásate conmigo —Adam se giró bruscamente y se postró en cuclillas ante ella.

—¿Có-cómo? —Jasmine estuvo a punto de dejar caer la pieza de bronce.

—No puedo cambiar lo sucedido, pero sí puedo mejorar las cosas.

Los ojos de color gris azulado estaban ligeramente enrojecidos, evidenciando lágrimas recientes.

—¿Cómo? —preguntó ella—. ¿Cómo podrían mejorar las cosas casándome contigo?

—No te estaría abandonando —él suspiró. A lo mejor no servía de nada, pero era mejor que sentirse tan inútil. Le apretó afectuosamente los muslos, sin estar muy seguro de a quién de los dos intentaba convencer más.

—Has estado hablando con Nick —había un tono de acusación en la voz de la joven.

Adam no lo negó. Tanto su hermano como su padre habían llamado para abroncarle en cuanto la noticia se había sabido. Por turnos, le habían censurado su irresponsabilidad, su imprudencia a la hora de herir a una mujer tan estupenda como Jasmine. ¿Cuándo aprendería que no podía ir por el mundo defraudando a las personas y sin pensar en las consecuencias?

En algunas cosas no les había faltado razón. Debería haber tenido más cuidado tratándose de Jasmine. Su hermano jamás habría provocado una situación semejante, pero, de haberlo hecho, habría aceptado plenamente su responsabilidad.

—Podría irnos bien. Somos amigos, ¿no?

Lo eran. Y no sólo eso, el sexo era increíble. Muchos matrimonios sobrevivían con menos.

—¿Y cuando mi tío descubra que has faltado a tu palabra? ¿Qué pasará con tu negocio?

El corazón se le encogió en el pecho. Ese asunto le había

mantenido despierto toda la noche. Sin embargo, aquel lío era obra suya y tenía el deber de solucionarlo.

—No creo que pase nada, pero en cualquier caso sería problema mío.

—¿Por qué, Adam?

La sencilla pregunta le recordó todo lo que había pasado por su mente cuando Stewart le había planteado su exigencia. Las noticias publicadas le habían hecho comprender que no era mejor que la madre de Jasmine, o que su ex. A pesar de no haber sido intencionado, la había expuesto públicamente igual que habían hecho ellos antes.

—Porque no soporto haberte complicado la vida, ser la causa de tu tristeza. Ya has sufrido bastante.

—Gracias, Adam —ella sonrió—. Eres muy amable, pero no será necesario.

—Espero que no vayas a cometer ninguna estupidez —el alivio al ver su sonrisa fue sustituido por un ramalazo de sospecha—. No permitiré que te cases con Ian…

—Tú no eres quién para opinar —espetó ella.

Ya le había contado las presiones a las que su padre le había sometido tras el abandono de Vincent para que se casara con el vecino. De ninguna manera lo permitiría.

—De todas formas, no —continuó ella más calmada—. No voy a casarme con nadie. No me debes nada, Adam. El noviazgo fue un intento desafortunado por mi parte de agradar a mi padre antes de su muerte.

Adam se preguntó cómo se lo habría tomado el anciano y, como si le hubiera leído la mente, Jasmine sonrió con amargura.

—Ya te puedes imaginar lo contento que está hoy.

—Lo supongo.

—Estamos en paz —insistió ella—. Yo te hice un favor y tú me hiciste otro. Fue mi estúpida idea la causante de todo este lío. Es mi culpa, no tuya. Tú sólo hiciste lo que yo te pedí que hicieras —posó una mano sobre la de Adam—, y más. Me regalaste Viena.

Jasmine retiró la mano y se cepilló la sudadera con ella. El pálido rostro, los cabellos tirantes peinados hacia atrás y las oscuras sombras bajo los ojos le hacían parecer pequeña. No menos bella que la noche del baile, pero más pequeña. Adam sintió que se le encogía el corazón. Le recompensaría por ello, se prometió. De algún modo…

—Nick dijo que habías dimitido —se puso en pie, por primera vez en su vida no muy seguro de qué decir.

Jasmine se limitó a sonreír.

—¿Por qué, Jasmine? Adoras tu trabajo y te encanta Nueva

Zelanda.

—Es cierto —ella suspiró y miró por la ventana antes de contestar—. Pero esa Jasmine no es la verdadera yo. No era más que una fachada tras la cual escondía mis problemas —lo miró con ojos brillantes—. Aún no lo he planeado del todo, pero necesito quedarme aquí por mi padre. Sería un error abandonar Inglaterra en estos momentos. Dejé muchas cosas sin terminar aquí —hizo una pausa y eligió sus palabras con cuidado—. En realidad, en mi vida hay muchas cosas inacabadas. Creo que es hora de enfrentarme a ello.

Capítulo 11

Adam consultó el reloj por décima vez. ¿Dónde estaban? Los invitados de honor habían volado desde el otro extremo del mundo para estar allí aquella noche. Sin embargo, la fiesta había empezado hacía más de una hora y no había señales de ninguno de ellos. John y el director de eventos del Café de París no dejaban de mirarle con expresión inquisitiva, recordándole que en ese mismo local se celebraría otra fiesta en una hora.

Había sido el hombre más feliz cuando Nick había confirmado su asistencia. Había hecho un comentario en el sentido de que debía vigilar su inversión, pero sabía que su hermano le apoyaba en todo el proceso. Presentarse en Thorne Financial Enterprises para pedir humildemente un aval sobre la deuda de la nueva empresa, por si acaso algún inversor, o todos, se echaban atrás no le había resultado tan difícil como había imaginado.

—¿Por qué iban a hacer tal cosa? —había preguntado Nick.

—Porque voy a decirle a Stewart Cooper que puede meterse su inversión por donde le quepa —había sido la contestación de Adam.

Tras despedirse de Jasmine la semana anterior supo que había perdido una oportunidad de oro. Le había llevado un poco de tiempo acostumbrarse a la idea de que la amaba, y todavía sentía algunos vestigios de su empedernida soltería. Ella tendría que haberse vuelto loca para aceptar su patética propuesta.

—Los nativos se inquietan —dijo John a su lado.

Tras echar una última ojeada a su alrededor, Adam siguió a su amigo. Se sentía desilusionado porque Nick no había conseguido llegar a tiempo, pero aún más porque Jasmine tampoco había aparecido. Lo cual no debería sorprenderle dada la cantidad de medios de comunicación presentes allí.

Mientras subía al pequeño escenario, acarició la cajita que llevaba en el bolsillo. Antes de que acabara la noche tendría una charla privada con ella y, con suerte, una segunda oportunidad ofrecida por la generosidad de Jasmine.

Alguien le pasó un micrófono y pidió silencio al público.

—Soy Adam Thorne y éste —le dio una palmada en el hombro a su socio—, es John Hadlow. Estamos encantados de darles la bienvenida al lanzamiento internacional de Thorne-Hadlow Investments.

Tras una última ojeada a los hombres de negocios, amigos y prensa invitada se lanzó al bien ensayado discurso que tenía preparado. Hacia la mitad, suspiró de alivio cuando divisó a su hermano y a su padre al fondo de la sala.

—Debo dar las gracias a muchas personas. El camino ha sido largo, pero sin el apoyo de mi familia, y el de unos cuantos amigos selectos, hoy no estaríamos aquí.

Terminado el breve discurso se hizo a un lado para que John pudiera pronunciar algunas palabras. Su antiguo mentor, Derek Bayley, de Croft, Croft and Bayley fue el siguiente en hablar tras lo cual concluyeron las formalidades. Los invitados continuaron degustando la comida y la bebida y Adam se abrió paso a través de la multitud. Les saludaría rápidamente, antes de saltarse la cena familiar que había organizado, para dirigirse a Pembleton Estate y concluir cierto asunto pendiente. Lo iba a hacer bien y ofrecerle argumentos sólidos que ella pudiese aceptar.

Miles de *flashes* iluminaron la parte posterior del salón. Adam estiró el cuello y vio a su hermano y a su padre que destacaban sobre las cabezas de los demás. Un revuelo de telas doradas y rizos rubios a la altura del hombro de Nick explicaba el interés de los fotógrafos. La novia de Nick, Jordan Lake, era capaz de parar el trafico.

De repente se paró en seco y sus ojos se fijaron en un vestido rojo sin hombros cerca de su padre. Se estiró todo lo que pudo, pero con el movimiento de la gente que curioseaba sólo veía la escena a trozos: unos pendientes largos y rojos, unos dientes inmaculadamente blancos, unos brillantes cabellos oscuros recogidos en un elegante moño. Las cámaras volvieron a accionar los *flashes* y Adam sintió que el corazón le daba un vuelco.

Jasmine. De repente tuvo un fuerte impulso de fundirse entre la multitud y desaparecer. ¿Estaba preparado? ¿Matrimonio? ¿Amor? Iba totalmente en contra de sus planes en la vida, de las metas que se había establecido, de su visión de futuro. Era el razonamiento que había invadido sus pensamientos con regularidad durante los últimos días.

Se hizo el silencio entre la multitud y un pequeño pasillo se abrió a su paso. Todos miraban de Jasmine a Adam con expresión fascinada. Él se sentía bajo los focos, deseando estar en cualquier otro lugar, cuando la joven se volvió y lo miró.

Una pequeña y tímida sonrisa se dibujó en el hermoso rostro y el corazón de Adam se inflamó y ralentizó su ritmo ya que, por primera vez desde el día en que la conoció, se sentía en paz.

No resultaba fácil hacer una entrada discreta en el Café de París. La opulencia del decorado, la impresionante escalera, y el aire de grandeza que impregnaba todo, lo exigía. Jasmine se obligó a mantener la cabeza alta aunque lo cierto era que, si no se hubiera sentido protegida por Randall a un lado y por Nick y Jordan al otro, habría huido ante el primer *flash*. Con todo, se encogió al dispararse el segundo.

—Estoy aquí, niña —le susurró Randall al oído mientras la sujetaba con fuerza del brazo. Al otro lado, la espectacular belleza de Jordan logró apartar algunas cámaras de ella, lo cual agradeció inmensamente.

Habían llegado tarde. Por culpa suya. Había protestado largo y tendido, pero los visitantes que habían acudido a Pembleton por sorpresa no admitían un «no» por respuesta. Habían llegado al discurso de Adam, aunque ella apenas había captado una palabra. El dolor era demasiado reciente, los nervios demasiado tensos ante la perspectiva de ser denigrada públicamente en la prensa del día siguiente.

Durante la semana anterior se había mantenido ocupada para no pensar en Adam y su amable proposición de matrimonio. Aquella misma tarde, Nick había echado un vistazo, y dado su visto bueno, al proyecto que pensaba presentar en el banco. Había dedicado horas a elaborar listas, a hablar con su padre y con Gill y a idear el mejor modo de llevar a Pembleton al siglo XXI.

Cuando Adam finalizó su discurso y bajó del escenario, dirigiéndose hacia ella, pensó en lo irónico que resultaba que le hubiera ofrecido aquello que más deseaba, casarse con él, y que ella lo hubiera rechazado. Aceptar una proposición basada en la culpa y la piedad sería tan malo como casarse con Ian, que sólo la deseaba por la propiedad. Así pues había decidido olvidarse del amor, el matrimonio y los hijos y concentrarse en su padre a corto plazo, y en Pembleton a largo plazo.

De repente, los imitados se hicieron a un lado y Adam se dirigió hacia ellos, alto, seguro de sí mismo, imponente y con los ojos clavados en ella. Se obligó a respirar y se dijo que podría con ello, que podrían ser amigos para aquella ocasión especial. Sin embargo resultaría mucho más fácil sin tanta gente a su alrededor, sin los estúpidos periodistas que no paraban de preguntar a gritos por su relación, y sin las cámaras que se disparaban por doquier. Por el bien de las relaciones públicas sonrió cuando él le tomó del brazo.

—Me alegro de que vinieras —murmuró él antes de volverse hacia los demás—. ¿Nos vamos? He reservado una mesa abajo —miró a Jasmine a los ojos—. Estaremos más tranquilos.

Celebraron una cena relativamente privada con un par de amigos y la familia. Randall, como siempre, fue el más ruidoso y la mejor compañía. Jasmine se emocionó al ver el cariño con que trataba a su futura nuera. Después de la tirantez entre Randall y el padre de Jordan, Syrius, costaba creer lo unidos que parecían haber conseguido estar.

En cuanto finalizaron los postres, Nick empezó a bostezar y a culpar al desfase horario, tanto que Jasmine enseguida percibió la

pantomima. Su jefe estaba decidido a que Adam y ella se quedaran solos. A lo mejor esperaba que su hermano le convenciera para volver al trabajo.

Una vez se hubieron marchado todos, Adam le ayudó a ponerse el abrigo y sugirió dar un paseo. La noche era fría y sin viento.

—¿No ha venido el tío Stewart? —preguntó ella mientras se ponía los guantes y empezaban a caminar lentamente hacia Trafalgar Square.

—No esperaba que lo hiciera —Adam sacudió la cabeza.

Una llamada de su tío un par de días atrás había sembrado la duda en Jasmine. Le había hecho una promesa a su padre, pero Stewart le había suplicado que fuera a verlo. Se sentía fatal por la publicidad que había ocasionado.

Mientras hablaba con él se había dado cuenta de que se sentía solo y que deseaba pertenecer a una familia. Decidió contarle a Adam algo sobre la historia de Stewart.

—Su padre lo echó de casa siendo muy joven porque quería hacer carrera en la música, nada apropiado para un caballero inglés.

Su tío había descubierto la que fuera la mayor banda de *rock* de los años setenta, convirtiéndose en su mánager.

—Conoció a mi madre a mediados de los años setenta cuando ya estaba en la cresta de la ola —continuó ella—. Lógicamente, sus padres no le permitían salir con alguien tan vanguardista, de modo que tenían que verse a escondidas y ella fingió que en realidad salía con mi padre. Después se quedó embarazada y mi padre se casó con ella.

—¿Sabía él quién era el padre?

—Nunca he tenido valor para preguntárselo —contestó Jasmine. Con su padre no se solía hablar de asuntos personales—. Stewart lo perdió todo: su familia, el amor de su vida, su hijo. No me sorprende su amargura. Está muy solo.

—¿Vas a mantenerte en contacto con él?

—Sí —ella asintió—, pero tendré que ser discreta. No quiero disgustar a mi padre. Jamás hará las paces con Stewart.

—Eso no lo sabes. Papá y Syrius han hecho un esfuerzo por el bien de Nick y Jordan. Al menos lo suficiente para sentarse juntos en la cena de compromiso.

Eran las mismas palabras que había empleado Jordan. Syrius y Randall habían sido amigos íntimos hasta el accidente que se había llevado al hijo de Syrius y dejado a su esposa en una silla de ruedas.

Siguieron caminando por Trafalgar Square con la mirada inevitablemente puesta en el lugar en el que había estado el árbol de Navidad hasta hacía unos días. Jasmine suspiró.

—He barajado la posibilidad de que Stewart se traslade a Pembleton cuando mi padre fallezca, siempre que Gill esté de acuerdo. Me siento desleal, pero también era el hogar de Stewart. Creo que tiene el mismo derecho que yo a vivir allí.

Su tío no tenía ninguna intención de echarlas a ella y a Gill de la mansión tras la muerte de su padre, a pesar de no haberse casado ni proporcionado un heredero masculino. Miró a Adam de reojo. Mejor no mencionar la palabra «matrimonio» delante de él.

—¿Y qué te dijo? —Adam frunció los labios pensativo.

—Le encantaría volver a ver Pembleton —los ojos de Jasmine se humedecieron—. Creo que le gustaría implicarse y a mí me sería de gran ayuda.

Durante la cena le había explicado a Adam las mejoras que había ideado para el desarrollo de Pembleton. Ya había contratado la construcción de un campo de golf y estaba centrada en desarrollar el nuevo centro de antigüedades.

—Le he pedido que me hable de mi madre, que me permita conocerla a través de él, porque yo en realidad no la conocí.

Stewart había aceptado a cambio de poder ver crecer a los hijos de Jasmine, pero decidió que Adam no necesitaba saber esa parte.

—¿Entonces te va a hablar de tu madre? —preguntó él.

—Puede que llene un hueco en la vida de ambos —ella asintió.

Jasmine reconocía haberse apartado del mundo, temerosa de llegar a la gente. Quizás era culpa del abandono de su madre, o no, pero era consciente de que tenía que crecer.

—Creo que aquí serás muy feliz —Adam se detuvo y se apoyó contra uno de los famosos leones de bronce—, rodeada de todas tus reliquias.

—Lo intentaré —susurró ella.

Adam había acertado sobre su pasión por la historia. Pembleton podría ser su museo. Le llevaría años desembalar, catalogar y restaurar los tesoros almacenados. Tras tomar la decisión de dimitir de su trabajo y de poner la casa de Wellington en venta, necesitaba mantenerse ocupada y curarse las heridas del corazón, una reliquia que guardaría a buen recaudo, quizás para no exhibirla nunca.

Lo cual no resultaría fácil dado el amor que sentía por el hombre que la miraba fijamente. En un intento de animarse, alzó la vista hasta la parte superior de la columna de Nelson.

—¿Sabes por qué hay un ron que se conoce como «la sangre de Nelson»?

Adam sacudió la cabeza y la miró con interés. Jasmine admiró su tolerancia hacia su verborrea histórica.

—Cuando el almirante Nelson fue asesinado —empezó—, los

oficiales del barco metieron el cuerpo en el barril de ron de la tripulación y les prohibieron tomar su ración diaria. Al llegar a Inglaterra, descubrieron que el cuerpo seguía en buen estado, pero el barril vacío. A espaldas de los oficiales, la tripulación se había negado a renunciar a su copita diaria y había llenado el barril de agujeritos.

—Vaya —Adam hizo un gesto de desagrado—. Qué escenario tan romántico.

Jasmine inclinó el rostro, pero la pregunta murió en sus labios al ver la expresión en los ojos de Adam, fijos en los suyos.

El corazón empezó a acelerarse. «Por favor, que no sea otra de esas maravillosas y adictivas oleadas de deseo». Había intentado acostarse con él sin perder el corazón, pero no había funcionado.

—Cásate conmigo —Adam le tomó una mano.

Jasmine cerró los ojos y atesoró las palabras. Hubiera preferido que surgieran del corazón y no de un equivocado sentido de la responsabilidad.

—Ya hemos pasado por esto —suspiró ella.

—No —murmuró él.

Cuando abrió los ojos, Adam estaba frente a ella con una cajita roja en la mano. En su mente gritó ante la injusticia. No estaba bien tentarla cuando se sentía tan débil. Respiró hondo y buscó toda su compostura para aplastar la esperanza que empezaba a estallar en su interior.

—Adam, ya lo hemos discutido. No me casaré por motivos equivocados. De lo contrario, ¿por qué no casarme con Ian?

—¿Y qué te parecen los motivos adecuados? —Adam le apretó la mano, hizo una pausa y respiró hondo—. ¿Por ejemplo, el amor?

Jasmine pestañeó. ¿Acaso insinuaba que la amaba?

—Ábrela —Adam le tendió la cajita.

Ella la miró temerosa antes de sacudir la cabeza. Había demasiado deseo, demasiada esperanza, para dar ese paso.

La abrió él. Ella intentó con todas sus fuerzas no mirar y se concentró en el masculino rostro en busca de alguna señal de simpatía, angustia o culpabilidad. Pero sólo vio tensión alrededor de los labios y la mirada seria y expectante.

Bajó la mirada y tuvo que pestañear varias veces. Se trataba de un enorme y perfecto diamante rodeado de diamantes redondos más pequeños. El anillo era de platino. Una antigüedad eduardiana o, al menos, una reproducción muy bien lograda. En cualquier caso, era el anillo más hermoso que hubiera visto en su vida.

Dio un paso hacia él, incapaz de desviar la mirada del anillo.

—Jasmine —Adam se aclaró la garganta—, la semana pasada no logré expresarme. Jamás me casaría con alguien por quien no

estuviera locamente enamorado. Pero lo hice fatal y tuviste razón en rechazarme.

Ella lo miró a los ojos y comprendió que hablaba en serio. Desbordada por la tensión ante el deseo de creerle, después de tantos secretos y jueguecitos, ¿sería verdad que Adam Thorne la deseaba por amor?

Adam bajó el brazo, lo que provocó que la cajita se cerrara de golpe. Ella no pudo reprimir un pequeño gemido de protesta.

Él sonrió al darse cuenta. Le tomó una mano y depositó la cajita en la palma antes de cubrirla con su propia mano. Ella lo miró y abrió la boca para hablar, pero él apoyó un dedo en sus labios para impedírselo.

—Déjame terminar.

Jasmine percibió con incredulidad el nerviosismo del hombre y tuvo que hacer un esfuerzo por no sonreír, por no darle una palmadita en el brazo y decirle que lo estaba haciendo muy bien. Increíble y maravillosamente bien.

—Al principio te deseé por lo fría e inalcanzable que parecías. Y porque Nick me dijo que no podría tenerte —sonrió—. Me gusta pinchar a Nick. Pero entonces te conocí, con todos tus secretos e intrigas, toda la tristeza y desilusiones. Y luego, Viena.

—Viena —suspiró ella. Allí se había lanzado de cabeza simultáneamente al orgasmo, y a la consciencia de que lo amaba desesperadamente.

—Accedí a la exigencia de Stewart porque me habías herido en el orgullo —continuó Adam—, aunque en el fondo sabía que estaba mal porque no era lo que yo quería. Pero no conseguía aceptarlo porque, de todos modos, ¿qué compromiso teníamos? No había sido más que una pantomima y, además, me habías dejado plantado. Había otras muchas razones válidas, pero sabía que no haría más que defraudarte tal y como habían hecho tu madre, y tu ex. Sabía que no podría vivir con ello.

Jasmine se enterneció al ver que él también había sufrido.

—Después del asunto de la prensa, supe que el matrimonio era lo más correcto, lo único que podía ofrecerte, pero seguía sin poder admitirlo, reconocer que te amaba. Lo siento.

—Pues estuve a punto de aceptar —Jasmine suspiró y apoyó una mano enguantada en su mejilla rugosa por la incipiente barba—. No tengo grandes expectativas, pero te amo tanto que no soportaba verte atado a un matrimonio por piedad.

—Entonces di que sí —en los ojos de Adam no había rastro de piedad o culpa—, porque el amor es el motivo adecuado. El único motivo.

La mano de Adam se cerró alrededor de la suya, y de la cajita. Una sensación de alegría y esperanza empezó a inundarla de pies a cabeza. Aun así, la prudencia, y una parte innata de su naturaleza, seguía susurrándole dudas.

—¿Qué pasará con Stewart? A lo mejor puedo hablar con él.

—Ya lo he hecho yo. Le he dicho que yo no hago negocios de esa manera. Se lo está pensando. Mientras tanto le he pedido a Nick que me avale, por si los demás inversores se echan atrás. Es un riesgo que estoy dispuesto a asumir, y para el que estoy preparado.

—¿Le has pedido ayuda a Nick? —Jasmine se quedó boquiabierta.

—¿No te lo dijo?

Ella negó con la cabeza.

—Seguramente aún no se ha recuperado de la impresión —Adam sonrió.

—Debe de haberte costado mucho —era increíble que le hubiera pedido ayuda a su hermano. Nick era la última persona a la que admitiría que no iba sobrado.

—Ni te lo imaginas —él se acarició una ceja.

A Jasmine le encantaba esa familia. Cuando se había negado a acudir a la fiesta, Nick se había impuesto con dureza.

—Aún no ha pasado tu tiempo de preaviso —le había advertido —. Aún soy tu jefe, y ahora, ¡vístete!

—Tengo la impresión de que Nick quiere que vuelva al trabajo —ella sonrió.

—Créeme, te prefiere cien veces más como cuñada —le aseguró Adam.

Cuñada de Nick. Sonaba maravilloso.

Una última cuestión le impedía lanzarse a su cuello y gritar de felicidad mientras se colocaba ese maravilloso anillo en el dedo antes de que él cambiara de idea.

—¿Dónde vamos a vivir?

—Supongo que en esa vieja y polvorienta mansión habrá un hueco para mí, ¿no?

—Por supuesto —ella parpadeó—, pero tu intención siempre fue la de volver a tu país y establecerte allí.

—Al principio habrá algunos problemas —él asintió—. Sé que dije que quería que todo fuera perfecto antes de casarme, pero ya nos ocuparemos de ello sobre la marcha —le tomó ambas manos—. Lo único que sé es que por el momento necesitas quedarte en Pembleton, y que yo necesito estar contigo.

—Además tenemos buenos apoyos, tanto aquí como en Nueva Zelanda —Gill era muy capaz de ocuparse de la gestión y, cuando su

padre falleciera, estaría Stewart—. Creo que una boda animaría a papá, le daría un motivo nuevo para refunfuñar.

—En cuanto tú quieras —Adam la atrajo hacia sí—. Antes incluso.

Se besaron con ternura. Fue un beso de amistad y perdón, de esperanza y amor. Jasmine sentía cómo los restos de su reserva y desconfianza se disipaban.

—Sólo hay una cosa más que me preocupa.

Él la miró con expresión de sufrimiento.

—A ti te gusta la emoción. Coches rápidos. Clubs y comida elegante. Los viajes y el dramatismo de la bolsa —ella inclinó la cabeza—. ¿No te aburrirás desempeñando el papel de un caballero en la campiña inglesa?

Adam puso los ojos en blanco a modo de respuesta. Le quitó un guante y deslizó el hermoso anillo en su dedo.

—Veamos —murmuró mientras sujetaba la delicada mano en alto y doblaba, uno por uno, los dedos—. Noviazgos falsos. Prometidos aristócratas. Un pasado escandaloso. Un multimillonario excéntrico —hizo una pausa, pero Jasmine ni siquiera se fijó, ensimismada por el brillo del diamante—. Verte vestida únicamente con unos botines tumbada sobre una cama antigua…

Ella levantó la vista a la maravillosa y adorable sonrisa, que igualó con la suya propia.

—Jasmine Cooper —Adam le apretó los dedos de la mano—, si prometes intentar vivir a un ritmo menos frenético, te prometo amor, adoración e intentar mantener tu ritmo.

Fin